
REC
LA
FOTÓGRAFA
QUE PUDO CAUTIVARME
ELINA AUSTINE

La Fotógrafa Que Pudo Cautivarme

GRACIAS POR COMPRAR ESTE EBOOK.

Otras obras de Elina Austine

- La Novia del Próximo Alfa
- El Otro Pretendiente de la Novia

© Todos los derechos reservados Elina Austine

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9

Capítulo 1

"¡Ayúdeme! ¡Auxilio!"

Katherine gritaba con toda su alma, al mismo tiempo que agitaba la linterna, tratando de llamar la atención del automóvil blanco que bajaba por la montaña. Un estremecimiento convulso la recorrió y agarró la linterna con más fuerza, consciente de que estaba a punto de ser presa del pánico. Tenía veintiséis años y casi nunca se dejaba invadir por el miedo, aunque jamás había vivido un terremoto. Su trabajo como fotógrafa la había llevado a correr ciertos riesgos, pero hasta la fecha, éste era el peor. Caerse por la ladera de una montaña que temblaba como gelatina bajo sus pies mientras las rocas caían a su alrededor, no era una experiencia que deseara volver a vivir. Y encontrarse aplastado el automóvil que había alquilado le parecía más desagradable. Durante una hora se quedó sentada allí, temiendo que el terremoto se repitiera. Y ahora la esperanza de que la rescataran se le presentaba de repente. Agitó la linterna en un amplio arco y gritó de nuevo.

El automóvil interrumpió su cauteloso descenso y Katherine contuvo el aliento, aliviada. Después, el automóvil continuó por el borde del camino y desapareció de su vista. Katherine apenas pudo contener las lágrimas. Dejó caer el estuche de su cámara y se arrastró por encima de las rocas, luego corrió hacia la curva donde se perdía el camino. El paisaje que descubrió era típico de la región salvaje y solitaria de Kalkidiki, al norte de Grecia. No había signos de vida humana por ninguna parte. El automóvil se desvaneció como si jamás hubiera existido, ocultándose sin duda detrás de uno de los montones de rocas que se divisaban más abajo.

"¡Maldición!" Exclamó Katherine.

"Maldición, maldición, maldición. Tendré que pasar la noche aquí. Ay, ¿por qué siempre

me suceden a mí estas cosas?”

Regresó a su automóvil y lo iluminó con la lámpara, frunciendo el ceño pensativo. Una enorme roca había aplastado el parabrisas, llenando de vidrios rotos el asiento delantero, y otra había abollado el techo. Aun así, no sabía si debía meterse al automóvil o pasar la noche fuera. Sacó una manta del maletero y se detuvo; si volvía a temblar la tierra, “¿qué sería peor?”, se preguntó.

“Oh, me encantaría que la tierra se abriera y se tragara al hombre del automóvil rojo” Declaró, apasionada.

“¡Un deseo muy civilizado! “ Comentó una voz profunda, con una nota de diversión. El acento griego puntualizaba las palabras en inglés.

Katherine se volvió y vio una figura contra el cielo. Esgrimiendo su lámpara iluminó el rostro del hombre. Debía tener unos treinta y cinco años y, aunque no podía decirse que fuera guapo, sí le pareció interesante. Cabello negro ondulado, ojos de color café, nariz recta, labios llenos, sensuales, que se esforzaban por sofocar una sonrisa. Sin embargo, a pesar de su ropa deportiva, algo en ese desconocido sugería poder y seguridad. Con un suspiro, Katherine sintió que parte de su nerviosismo la abandonaba.

“¿Por qué no paró?” Indagó, sin diplomacia alguna.

“Porque pensé que sería mejor dejar el automóvil bajo un saliente de la montaña para protegerlo si se producía otro terremoto Otro estremecimiento compulsivo sacudió a Katherine.”

“¡Ah! Tiene frío y está asustada” Murmuró, preocupado.

“Venga, sacaremos su equipaje y lo pondremos en mi automóvil. Con un poco de suerte, llegaremos al próximo pueblo. En caso contrario, acamparemos con más comodidad en mi automóvil.”

Sin duda, pensó Katherine desorientada cuando llegaron al automóvil rojo.

Su salvador abrió la puerta de los pasajeros, enseñándole el interior del vehículo, tan lujoso que ella sólo pudo abrir la boca, estupefacta. Los asientos estaban forrados de cuero, había un teléfono y un portafolio, además de un maletín. Katherine miró su bolsa de viaje, de una tela sucia, y la polvorienta cámara que sostenían aquellas manos morenas. Entonces él abrió el maletero y las arrojó al interior.

“Ahora” Anunció con satisfacción.

“Entre ponga la linterna en el compartimento de los guantes y tápese con la colcha. Le curaré la herida de la frente antes de que nos vayamos.”

“¿Qué herida?” Preguntó Katherine, asombrada.

“La de la sien. ¿No le duele?”

“No” Respondió, atontada.

De alguna parte del automóvil el hombre sacó un botiquín de primeros auxilios. Katherine experimentó escozor cuando él le aplicó un antiséptico, seguido por la suavidad de una pomada y la presión de una venda. Se sintió relajada y se apoyó contra el asiento, saboreando la sensación de estar a salvo. Ese hombre, se comportaba con una calma y una eficiencia extrañas en esa situación. Ni siquiera le sorprendió que sacara un termo y le sirviera una taza de café caliente.

“Gracias” Murmuró al aceptarla.

“Es usted una persona desconcertante, señor…Alcalá Diego”

“¿Y usted es la señorita…?

“Katherine. Katherine Andrea. Pero por lo general me llaman Katherine.”

“¿Katherine?” Ensayó el monosílabo, haciendo una mueca.

“Me parece una abreviación desagradable, que no conviene a una mujer tan hermosa. La llamaré Katy.”

La joven se pasó los dedos por el cabello y sofocó una risita.

“¿De qué se ríe?” preguntó.

“Lo siento. Es que me ha hecho gracia que me vea hermosa. ¡Debo estar horrible! Me caí por lo menos media docena de veces al bajar por la montaña, desgarré mi pantalón y mi blusa está asquerosa.”

“Ah, sí. Acepto que su ropa es de muy mal gusto, aunque no estuviera rota. Pero ese rostro ovalado, los ojos de un verde esmeralda y el cabello rubio… no me arrepiento de mi afirmación, señorita Andrea. La considero una mujer muy hermosa.”

“¿Qué debí ponerme para escalar por una montaña?” Indagó, molesta por el comentario.

“¡Ah, los ingleses!” Exclamó.

“¿Por qué nunca aceptan un cumplido? Le digo un piropo y se queja porque no me gusta la ropa.”

“No soy inglesa” Protestó Katherine.

“Soy americana.”

“Está bien, americana. Y para mantener la paz admitiré que su indumentaria era la adecuada para saltar por una montaña solitaria. ¿Y qué hacía aquí?”

“Tomaba fotos” Replicó Katherine, petulante.

“¿Qué hacía usted?” El hombre sonrió al captar la irritación de la chica.

“Invierto en centros turísticos” Contestó.

“Visitaré mi más nuevo hotel en Sintonía y escogí la ruta panorámica a través de las montañas, por fortuna para usted, ¡quizá Sí!” Admitió Katherine. Tomó una taza de café y sonrió.

“No puedo decirle lo feliz que me sentí al verlo bajar por la carretera, señor Alcalá. Por un momento llegué a pensar que Su voz se quebró y no pudo continuar. Un brillo compasivo se filtró en las pupilas del griego y el hombre le acarició el cabello”.

“Ahora estás a salvo, Katy” Murmuró.

“Y en estas circunstancias creo que debemos dejarnos de formalidades. Llámame Diego, ¿de acuerdo?”

“De acuerdo.” Asintió con poco entusiasmo.

“Termina tu café y nos iremos.”

“¿Hacia dónde te dirigías antes del terremoto?”

“A Nyssa, un pueblo a unos ocho kilómetros de aquí. ¿Lo conoces?”

“Sí. Dudo que lleguemos tan lejos, pero podemos intentarlo.”

Un momento después, Katherine le entregaba la taza vacía. Él se abrochó el cinturón de seguridad y puso en marcha el motor.

“Avanzaremos despacio” Le explicó a la joven.

“Llamé a mi secretaria y me dijo que el camino sigue abierto hasta la siguiente región, aunque encontraremos algunas rocas, desde luego”

“Ahora háblame de esas fotos. Te dedicas a la fotografía, ¿verdad?”

“Sí” Afirmó Katherine.

"¿Cómo lo has adivinado?"

"Mi querida Katy, es obvio. Tu equipo fotográfico vale una fortuna, mientras que el resto de tu equipaje no vale ni la décima parte. Así que o eres una tonta, o una fotógrafa muy profesional. ¿En qué estás especializada? ¿En paisajes?"

"No. Estaba haciendo fotos de las ruinas arqueológicas para la doctora Megan Saldivia, la jefa del grupo de Nyssa."

Su compañero alzó las cejas, extrañado.

"¿Un domingo por la tarde, en un lugar solitario y sola? ¿No te das cuenta de que hay lobos en estas montañas? ¿Y qué hace esa doctora Saldivia que no puede acompañarte?"

Su voz contenía una desaprobación evidente que molestó a Katherine.

"La doctora Saldivia, espera iniciar las excavaciones del Monte Panagia el próximo verano y me pidió que tomara unas fotos preliminares para ella. Está haciendo excavaciones cerca de Nyssa y yo pienso quedarme con ella unos días. Aunque no creo que sea de tu incumbencia con quién me quedo."

"Mmm". Murmuró Diego, meditabundo.

"Si esa doctora hubiera sido un hombre, no habrías alterado tus planes, ¿verdad?"

"No lo creo" Se encogió de hombros

"Si me ofreciera trabajo y confiara en él, ¿por qué habría de negarme?"

"Porque tu honor peligraría" Replicó Diego, grave. Katherine ahogó una risa incrédula.

"¿Hablas en serio?"

"Desde luego, pero no quiero pelear contigo. Háblame de tus fotos. ¿Por qué no fuiste a hacerlas un día entre semana?"

"Porque hoy es el primer día en que la luz tiene la claridad requerida" Repuso Katherine, contenta de cambiar el tema.

"¿Y la luz debe tener esa claridad exacta? Entonces, ¿eres una perfeccionista, Katy?"

La diversión volvió a infiltrarse en la voz del griego.

"¿Y sólo tomas fotos de ruinas arqueológicas o haces otra clase de trabajos?"

“Hago de todo respondió Katherine, Quiero establecerme como fotógrafa independiente, así que acepto cualquier trabajo que me ofrezcan. Catálogos de tiendas, periodismo, retratos. Aunque mi tema favorito es la fotografía artística: paisajes, estudios de luz y sombra, imágenes visuales evocativas.”

“Pero, ¿para qué venir a Grecia? ¿No podías ejercer tu vocación en Estados Unidos por ejemplo?”

“Sí y no” Se mordió un labio, pensativa.

“Intenté establecerme en Estados Unidos. De hecho, tenía un trabajo en una cadena de televisión de Chicago, pero después de tres años hubo recorte de personal y me despidieron. Al principio estaba tan desconcertada que no sabía ni para dónde volverme.”

“¿Tu familia no te ayudó?”

“Lo intentaron”. Admitió Katherine, haciendo una mueca

“Mi padre, que es abogado, me ofreció trabajo con él como secretaria, pero no lo habría soportado. Sé que nunca les agradó que me dedicara a la fotografía, así que al final se habrían alegrado de mi fracaso. Por lo tanto, preferí sacar mis ahorros del banco y venir a Europa.”

“Algunas personas considerarían eso una decisión muy arriesgada” Opinó Diego, en tono crítico.

“Algunas veces tienes que tomar decisiones arriesgadas, si no quieres conformarte con una vida mediocre” Replicó.

“Te considero mi mujer ideal” Afirmó!

“A pesar de que no eres griega.”

“¿Qué tienes en contra de los extranjeros?”

Preguntó Katherine.

Diego observó la carretera que se extendía ante ellos como si pudiera abrirse paso entre los obstáculos a fuerza de voluntad.

“No apruebo su moral”

Contestó

“Viví en Inglaterra durante tres años y me extrañaba la manera en que los jóvenes

iniciaban relaciones románticas. En especial las chicas humildes, sin responsabilidad, sin saber lo que sucedería en el futuro. En mi opinión, toda esa libertad no significa más que una tolerancia total para los hombres y un sufrimiento para las mujeres."

Katherine, se mordió un labio y permaneció en silencio. Recordando Su breve y desastrosa relación con el periodista León Matteus se adaptaba a esa descripción al dedillo. Tolerancia irresponsable para León, sufrimiento para ella. Katherine pasó saliva y volvió la cabeza.

Él extendió una mano y cubrió la de la joven.

"¿Te he ofendido? Lo siento." Murmuró con franqueza.

Katherine permaneció callada, sintiéndose conmovida y reconfortada por ese tibio contacto. Sintió el impulso de confiar en Diego y preguntarle qué debía hacer.

¿Debería regresar a casa mientras todavía le quedaba un poco de dinero o esperar a que sus magras finanzas desaparecieran por completo? Algo en él la animaba a exponerle sus problemas y esperar una solución, pero el orgullo se impuso. Apretando los dientes, contempló las líneas de los pinos que flanqueaban la carretera. La mano de Diego regresó al volante, igual que si algo lo hubiera golpeado.

"No dices nada, Katy. ¿Te he ofendido al atacar la moral de los extranjeros?"

Katherine pensó. Que no merecía la pena llorar sobre el hombro de Diego por la manera en que León la había tratado. Era mejor dejar que creyera que la había ofendido con su opinión.

"Sí" Respondió.

"Primero casi me mata un temblor de tierra y luego tú me echas un sermón. Es que soy muy protector con las mujeres, lo siento" Le explicó.

"Me parece horrible que una mujer sola se enfrente al peligro, como tú hace unas horas atrás."

Los labios de Katherine temblaron.

"Sólo por esta noche dejaré que me protejas" Le aseguró

"En este momento me encanta rendirme y apoyarme en ti."

Diego arregló la colcha acomodándola debajo de la barbilla de la joven y después, le rozó la mejilla con una caricia fugaz.

"Entonces hazlo me encantaría"

¿Por qué no te duermes y permites que yo resuelva los problemas de ahora en adelante?

Cuando despertó, Katherine oyó ladrar a unos perros. Abrió los ojos y vio que estaba en una callejuela iluminada. Miró a su alrededor y al descubrir que Diego se había ido, el pánico la invadió. Pero, mientras trataba de desenredarse de la colcha, Diego salió de una de las casitas y caminó hacia la joven. Un letrero sobre la puerta decía: Posada grekas. Se alquilan habitaciones, pensó Katherine al mismo tiempo que Diego abría la puerta del automóvil.

"Me alegra que hayas despertado" Sonrió.

"Estamos en Asía Sofía y no podremos continuar avanzando esta noche… las rocas bloquean el camino. Pero encontré un lugar para quedarnos; un tanto austero, aunque limpio. Sólo que hay un problema…"

"¿Cuál?"

Preguntó Katherine, sacando su linterna del compartimento.

"No tienen más que una habitación."

Lo anunció con tal gravedad que Katherine siguió el impulso irresistible de soltar una carcajada.

"¿En serio, Diego?" Exclamó.

"Pensé que ibas a decirme que habían pronosticado otro terremoto. No me importa compartir la habitación contigo… no será la primera vez que comparto habitación con un hombre."

"Creo que me gustaría que te importara un poco"

Replicó, apretando la boca con un gesto de desaprobación

"Por alguna razón me irrita que compartas la habitación con otros hombres. Las turistas llegan a nuestras playas y se acuestan con hombres que apenas conocen y yo no lo apruebo."

"Oye, espera un minuto"

Replicó Katherine, acalorada

"Al decir que he compartido una habitación me refería ¡sólo a eso! No a compartir una cama. Supongo que nunca has sido joven y pobre, pero muchas personas no pueden permitirse el lujo de viajar de otra manera."

"Quizás" Repuso, escéptico.

“Pero no me agradan esas costumbres. Sin embargo, esta noche no tenemos opción. Le dije a la dueña de la pensión que eras mi esposa y te tratará con el debido respeto. Está de más añadir que tu honor está a salvo conmigo.”

Hizo una pequeña reverencia formal y le tendió la mano para ayudarla a salir del automóvil. Cuando sus dedos se unieron, una corriente eléctrica los sacudió y una pregunta surgió en la mente de la joven: ¿qué sentiría si fuera la esposa de Alcalá Diego? No dudaba que se mostraría protector y considerado; pero, ¿también arrogante y celoso? De algún modo, la idea no le desagradó tanto como esperaba. En lugar de ello, experimentó una ola de excitación.

“Tienes frío”

Dijo Diego, cubriéndole los hombros con la colcha

“Métete en la casa mientras yo bajo las maletas.”

Una mujer morena, salió a recibir a Katherine. Con orgullo evidente le mostró a la chica un baño con agua corriente y ducha. Luego la llevó al dormitorio, escrupulosamente limpio, pero con sólo una mesita y una silla, además de la cama matrimonial, Katherine pasó saliva. De repente no se sentía tan experimentada como para compartir la habitación con Diego. Uno tendría que dormir en el suelo, decidió, mirando asustada a su alrededor. La mujer captó su gesto de ansiedad.

“¿Es en serio?” Preguntó.

La tranquilizó Katherine, sonriendo con desesperación. Todo estaba bien. Salvo que el suelo era de terrazo, frío e incómodo y no podía exigirle a Diego que durmiera allí; así que tendría que hacerlo ella.

De repente, se dio cuenta de que la mujer la observaba confusa.

“Me retiro” Repitió, con la mayor convicción posible.

Más tranquila, la mujer se retiró después de decirle a Katherine que pronto les enviaría una bandeja de comida. Ya a solos, la chica miró a su alrededor y clavó la vista sobre la cama. Las sábanas blancas y la colcha, con un diseño de rosas, le parecieron amenazadoras. O excitantes. Esforzándose por dominar la extraña emoción que la invadía, cogió una de las almohadas y la colocó sobre el suelo, en el rincón más alejado de la cama. Luego movió una alfombra verde y puso su colcha encima. Al fin. Por lo menos había fabricado algo parecido a una cama.

“¿Qué demonios haces?”

Preguntó una voz familiar a su espalda. Katherine giró sobre sus talones.

“Oh, Diego. Sólo preparaba otra cama para…”

Diego la interrumpió con una carcajada llena de desprecio.

“Yo no pienso dormir en el suelo” Afirmó, con voz ronca.

“No, claro que no. Dormiré yo.” ¿Qué… qué te pasa?

Sin una palabra Diego recogió la almohada. Dobló la colcha y la dejó en la silla, colocó la alfombra y terminó por sonreírle a Katherine de una manera encantadora.

“Ahora a cenar. Pero antes querrás lavarte, ¿verdad?”

“¡Diego! Tú… ¿Por qué has deshecho tú cama?”

Él la evaluó, pero no dijo nada, como si pensara que ese asunto era demasiado absurdo para comentarse. Después, silbando para sí, empezó a sacar sus útiles de aseo de su maletín y los puso sobre la mesita de noche. Furiosa porque la ignoraba, Katherine cogió la almohada de nuevo.

“¿Qué haces Katy?” Preguntó él.

“Mi cama respondió”, entre dientes.

“Oh, no, nada de eso. Dormirás conmigo.”

Un escalofrío de pánico y excitación recorrió la espalda de Katherine al oír tales palabras.

“Creí que habías dicho que mi honor estaba a salvo contigo.”

“¿Y si no lo está? “ Preguntó Diego.

Katherine miró el rostro moreno y casi cedió a la urgencia de extender los brazos y dejar que la poseyera. Ante ese pensamiento, se ruborizó de vergüenza. Era tan descarada como las turistas de las que él había hablado. Después de todo, acababa de conocerlo y no sabía nada de él.

“Diego… tú no harías eso “

Murmuró, trémula, parpadeando para no llorar. Él le quitó la almohada para lanzarla sobre la cama y la abrazó.

“No, jamás. Pero suponiendo que cambiara de opinión. ¿Qué podrías hacer para evitarlo? Si decidiera poseerte, serías mía.”

Katherine permaneció callada, consciente de los latidos desbocados de su propio corazón, de la cálida fragancia de su loción, de la nostalgia imperiosa que la invadía.

“Serías mía, ¿verdad?” Insistió, abrazándola con fuerza.

“Sí” Musitó.

Entonces supo que la besaría. Y el beso fue tan avasallador y apasionado como había temido. Diego la tomó de la barbilla y la acarició con los labios, con una ternura profunda y ardiente que despertó su ansiedad por recibir más besos. Los huesos de Katherine se derritieron bajo las manos de Diego, que le moldeaban los hombros y la espalda, oprimiéndola contra su musculoso cuerpo; gimió un poco y se relajó contra la seguridad agobiadora de ese abrazo. Por un instante, sintió que la excitación recorría a Diego, pero entonces él se apartó.

> “No creas que no me tientas. Pero estarás a salvo conmigo, tanto en la cama como en el suelo, y mucho más cómoda sobre un colchón. Además, Sofía Lopez entrará y saldrá de la habitación trayendo café y esas cosas. Y no quiero que piense que no puedo controlar a mi propia esposa.”

Katherine se rió, entre divertida e indignada.

“Supón que fuera tú esposa, ¿qué pasaría si hubiéramos peleado?”

“Entonces, la pelea se arreglaría en la cama, desde luego” Dijo con autoridad.

“Ahora ve a bañarte.”

El agua sólo estaba tibia, pero para Katherine fue muy relajante después de los rigores de esa tarde. Se lavó el cabello con vigor, para quitarse el polvo de la montaña. El baño era tan pequeño que tuvo bastante dificultad para poder vestirse, pero de algún modo lo logró. Y la vanidad la obligó a ponerse un vestido decente.

Diego también se había cambiado de ropa y la elegancia de su traje mostraba la marca indeleble de un sastre caro. Se puso de pie cuando Katherine apareció y se dirigió a su encuentro. Sofía Lopez que les había llevado una bandeja con comida, sonrió contenta cuando él plantó un beso en la mejilla de la chica.

“No te pongas tensa” La regañó.

“Recuerda que eres mi esposa y que nuestra vista es muy romántica. Quiere que te muestre la vista del mar.”

A Katherine le pareció romántico, no podía negarlo. La casa estaba construida sobre un acantilado y a sus pies se divisaba el pueblo.

“Buen apetito” Dijo la señora, con una sonrisa radiante.

“Gracias” Repitió Katherine, confusa.

“Espero que la comida sea muy buena porque la ofenderemos mortalmente si no nos

comemos hasta la última migaja.”

“En tal caso, consideraré un deber moral comérmelo todo” Sentenció Katherine.

“De cualquier modo, parece delicioso.”

Estaba exquisito. Cuando la mujer llevó unos platos con deliciosos manjares y el café turco para terminar, sonrió con aprobación al contemplar los platos vacíos.

Después de un día largo y cansado, Katherine se contentó con sentarse en silencio, sorbiendo su café y contemplando el mar plateado. En la sala encendió la radio y el ritmo penetrante de un baile griego llegó hasta la terraza. Katherine sintió ganas de reír y llorar.

“¿Qué sucede?” Indagó Diego.

“Es uno de esos momentos mágicos” Respondió extendiendo las manos.

“Una noche hermosa, la comida exquisita y esta música que te hace querer bailar. Algunas veces pienso que tengo mucha suerte de estar viva.”

“¿Es tan fácil complacerte?” Preguntó, incrédulo.

“Algunas mujeres que conozco se sentirían insultadas si las obligaran a quedarse en un albergue modesto y cenar una comida sencilla. Entonces, esas mujeres no saben disfrutar de los buenos ratos que la vida ofrece.”

Replicó Katherine.

“En ciertas ocasiones, cuando trabajo en la ciudad, en medio del ruido y el gentío, me invade la desesperación y la necesidad de escapar.”

Confesó, meditabundo

“Cuando eso sucede, abandono ese mundo sofisticado y me refugio en un sitio como éste, sencillo y coherente. En el fondo, es lo que deseo. Pero sigo preguntándome si las mujeres no son como las ciudades.”

¿A qué te refieres?

“Quizá haya de dos clases de mujeres”

Afirmó, críptico

“Una inquieta, ruidosa y elegante; otra, simple y coherente. ¿Quieres bailar, Katherine?”

Cuando se puso de pie, Katherine tropezó y Diego tuvo que sostenerla para evitar que

cayera.

"Lo siento" Se rió.

"Debe ser por la bebida. No estoy acostumbrada a beber."

"Dos vasos y no puedes sostenerte" Replicó Diego con una sonrisa.

"Sólo te relajarás y seguirás el compás de la música. Ahora toma mi mano y déjame guiarte."

Un momento después la chica se esforzaba en aprender los pasos, segura de que jamás imitaría los movimientos de su compañero. Pero unos segundos después, comprendió que él tenía razón. Algo vibró y de repente se amoldó a la cadencia de Diego, siguiendo los intrincados pasos de la danza.

"¡Bravo!" La felicitó Diego con admiración.

"Creo que eres griega en el fondo de tu corazón, Katy .Ven y vamos a sentarnos."

Katherine se dejó caer sobre una silla y se abanicó con una servilleta.

"¡Me encanta la música griega!" Exclamó.

"Sólo espero tener la oportunidad de oír una melodía en un piano en vivo antes de irme del país."

"¿En serio? " Preguntó Diego con interés.

"Si hubiera uno aquí en estos momentos, te concedería ese deseo."

"Vi uno en la sala de abajo" Declaró Katherine.

Seguro que Sofía Lopez me permitiría tocarlo. ¿Por qué no se lo pregunto?

"Hace un tiempo que no toco un piano" Titubeó Diego.

"Anda, me encantaría oírte y te prometo no criticarte."

Con un entusiasmo que apenas podía ocultar, Diego se dirigió a la sala. La música de la radio cesó y después de un par de minutos regresó a la terraza y le dijo a Katherine que le acompañara. Katherine no pudo evitar notar que acariciaba la madera dorada del instrumento con dedos amorosos, casi como si tocara a una mujer. Pulsó las cuerdas, inclinando la cabeza, para captar cada sonido.

"¿Qué te gustaría oír?" Preguntó.

“¿Conoces algo de Rock clásico?” Indagó Katherine.

Diego tarareó unos cuantos compases de Pobreza, la miró y ella asintió. Entonces, con una rapidez que la desconcertó y maravilló, empezó a tocar melodías hermosas que cobraban vida. Diego tocó con un fuego y una pasión que arrastraron a Katherine. Cuando al fin murió la última nota, la chica lo observó, enmudecida por la emoción.

“¿Y bien?” Katherine adivinó que esa indiferencia escondía una profunda ansiedad. Resultaba obvio que su crítica le importaba.

“¿Acaso necesitas preguntármelo?” Replicó, despacio.

“Ha sido estupendo, Diego. Magnífico. Nunca me había conmovido tanto en mi vida.”

“¿En serio?” Insistió.

“En serio.”

“Déjame tocarte una canción de amor” Le rogó.

“Me gustaría conocer tu opinión.”

Esta vez, la música fue más lenta, más suave, más perturbadora. Despertó un recuerdo doloroso en el pecho de Katherine: la dulce imagen de una noche, en un restaurante griego de Sídney, que se convirtió en tristeza; la noche en que León Matteus le confesó que estaba casado. Las lágrimas inundaron los ojos de Katherine, que se mordió un labio, mientras la voz profunda de Diego entonaba los versos de un amor no correspondido. Katherine volvió la cabeza justo cuando la canción terminaba.

“¿Katy?”

Ella guardó silencio, incapaz de hablar. Entonces Diego la tomó del hombro para obligarla a mirarlo. Horrorizado, contempló las lágrimas que brillaban en las pestañas de la joven.

“¿Qué sucede? ¿Te he molestado? ¡Soy un bruto, un idiota! Nunca debí tocar este estúpido instrumento.”

“¡No, no, Diego! No eres un bruto, eres un artista. Pero, me has traído recuerdos…”

“¿Del hombre que te hirió?” Preguntó con astucia.

Katherine asintió, conteniendo las lágrimas. Él le tocó la cara y entonces, con un gemido bajo, introdujo una mano por su cabello y la apretó contra su pecho. Katherine percibió los latidos tempestuosos del corazón de Diego y el calor que irradiaba su piel.

Suspiró. “Haces vibrar en mí una parte que creí muerta para siempre!”

El beso fue tan dulce como el nacimiento de una flor. Los labios de la chica temblaron y por un instante ella se abrazó a Diego, sintiéndose a salvo, en puerto seguro. Después, la cálida llama de la pasión que destellaba en los ojos de Diego, la trajo a la realidad. Nunca había conocido a un hombre que la hiciera sentirse tan tierna, tibia, vulnerable. Se quedó sentada allí, con las manos juntas, ignorando que sus emociones se reflejaban en su rostro. Desesperada, luchó por permanecer impasible. Al día siguiente se despediría de él y no volvería a verlo nunca.

“Gracias por esta encantadora velada, Diego” Expresó, de manera formal.

“Si me disculpas, me iré a la cama ahora.”

Diego la ayudó a ponerse de pie sin otro comentario y se hizo a un lado para dejarla pasar.

“Buenas noches, Katy” Replicó.

“No entraré hasta que estés dormida y no te molestaré. Te doy mi palabra. Oh, y quería preguntarte… ¿Tienes alguna de tus fotos? Me gustaría ver tu trabajo.”

“Desde luego” Contestó, con súbita timidez.

“Tengo varias en mi bolsa de viaje. Te las traeré.”

Después de que Katherine le entregó la carpeta, Diego empezó a ver las fotos, al principio con indiferencia, luego con creciente interés. Pronto las puso sobre la mesa y las estudió desde diferentes ángulos, apretando los labios, pensativo. Al fin se sirvió un vaso de vino y lo bebió despacio. Durante más de dos horas permaneció en la terraza,

Admirando el mar, bajo la luna. Sacó algunos documentos y una fotografía y los contempló durante largo tiempo. Acabó por lanzar una exclamación de impaciencia, los metió en el maletín y lo cerró de golpe. Llegó al dormitorio y abrió la puerta.

“¿Katy?” Susurró.

En sueños, Katherine contestó con un leve murmullo, como el ronroneo de un gato. Una oscuridad suave y aterciopelada la rodeaba y no sabía si estaba soñando o si realmente sintió el leve roce de unos labios tibios contra su mejilla. Tan leve que parecía la caricia de una mariposa.

“Buenas noches, Katy” Murmuró Diego.

Capítulo 2

Katherine despertó de un sueño profundo y sin imágenes. Un rayo de luz penetró por entre las cortinas e iluminó las mantas de la cama. Por un momento se quedó desconcertada, pero después recordó todos los detalles. El terremoto, su encuentro con Diego… Se sonrojó, volviéndose avergonzada, pero la cama estaba vacía. Diego se había ido.

Un torrente de emociones contradictorias estrujó a Katherine Alivio, desilusión, irritación, incredulidad. Después la razón se impuso. Diego no la abandonaría de ese modo, lo sabía. Quizá estaba en el baño o en la terraza. Pero algo atrajo su mirada hacia la mesita de noche y vio que estaba vacía. Se sentó y revisó la habitación. Todas las pertenencias de su compañero habían desaparecido: ropa, maletas, útiles de aseo… como si jamás hubieran existido.

El descubrimiento la sorprendió. Hacía pocas horas que conocía a Diego, pero confiaba en él como si le conociera de toda la vida. Pero había algo más. Ningún hombre la había besado como él, encendiendo una llama que todavía la quemaba por dentro. Jamás había conocido a alguien tan irresistible y tan irritante a la vez. Arrogante, autoritario, desdeñoso y, sin embargo, cálido, protector y apasionado. La había besado como si la amara, pensó Katherine con tristeza y ahora se había ido. ¿Y cómo iba a salir de ese maldito pueblo? El automóvil alquilado estaba averiado y apenas le quedaba dinero… Una llamada a la puerta interrumpió sus pensamientos.

> “Adelante” Gritó, incapaz de recordar una sílaba en griego. Sofía López entró sonriendo, con una bandeja en las manos.
>
> La saludó, alegre. “Buenos Días”

Repitió Katherine melancólica.

No se atrevía a preguntar. ¿Qué pensaría la mujer cuando supiera que Diego había desaparecido?

> “¿O… ¿El señor Diego?” Tartamudeó.
>
> “¿Mi esposo?”

La señora asintió, indicándole a Katherine que debía beber su café. Salió de la habitación y regresó con una carta que puso sobre la bandeja. Luego, con una palmada de aliento en el hombro de Katherine, salió de la habitación. Katherine se apoyó contra las almohadas, bebió un sorbo de café y se enfrentó a la carta de Diego.

Al abrir el sobre encontró un montón de billetes y una hoja doblada.

> Confundida, puso el dinero a un lado y abrió la hoja. Decía: “siento irme con tanta prisa. Un negocio urgente en Thessaloniki. Camino abierto, cuenta pagada y la reparación de tu automóvil ya organizada. Dejo dinero para emergencias. Diego.”

Una gran desilusión la inundó. Pero, ¿qué esperaba?, se preguntó. ¿Una proposición de matrimonio? No, eso no, admitió, pero sí algo más. Algún indicio de que él sentía una poderosa corriente de atracción, al igual que ella. Una invitación para cenar, la petición de su dirección; algo. Pero no fue así.

"Estás sola, Katherine Andrea." Se dijo en voz alta. "No lo olvides."

Tres días después, Katherine paseaba su melancolía por la terraza de la casa de Nyssa. A su alrededor florecía el caos controlado, típico de un sitio de exploración arqueológica. Cuatro griegas lavaban trozos de vasijas y un par de muchachas americanas estudiaban unos fragmentos de barro, tratando de unirlos. Ahora que Katherine había revelado sus fotos, no existía una razón para que se quedara. Debía buscar otro trabajo o regresar a su país. Diego había salido de su vida de manera tan abrupta como entró y sabía que jamás volvería a verlo. Entonces, ¿por qué no dejaba de pensar en él?

"¡Katherine!"

"¿Sí?"

La chica miró a Alexandra que, cansada de trabajar, hojeaba una revista norteamericana.

"¿Es él? Mira la foto de este asqueroso millonario griego, inversionista en hoteles, que tiene el mismo nombre que tu salvador. Supongo que se trata de una coincidencia, pero me parecería gracioso que fuera el mismo hombre."

"Déjame verlo."

Alexandra puso la revista sobre la mesa. Durante un momento, el mundo se detuvo. Con placer y asombro, Katherine vio los ojos oscuros de Diego que la contemplaban desde la foto. Entonces, un nuevo impacto la sacudió, pues la mano de Diego descansaba sobre el brazo de una sofisticada sirena y debajo de la foto, leyó: El magnate, Alcalá Diego, y su hermosa prometida, Loriana Mendez, saborean el almuerzo del hotel Atenas Hotel Plaza. Se rumorea que Alcalá, quien acaba de terminar un nuevo hotel de lujo en la región de Haikidiki, planea expandirse aún más después de su matrimonio. Se cree que está a punto de involucrarse en un proyecto que incluye viñedos, propiedades agrícolas y unidades turísticas en la península de Sithoniá…

Durante un instante Katherine permaneció inmóvil. Así que eso era, pensó. Una novia. Ahora no se maravillaba que hubiera desaparecido antes de que ella despertara. Y nunca volvería a verlo. Quería llorar, rabiar, gritar. Pero para su asombro, escuchó que contestaba con voz ligera e indiferente:

"Sí, es él. No tenía idea de que fuera rico y famoso."

"¿Quieres guardar la revista como recuerdo?" Preguntó Alexandra. Katherine la miró como si le ofreciera una tarántula.

Después se puso de pie y atravesó la terraza. Tenía que salir de allí antes de echarse a llorar.

"No, guárdala tú" Repuso, con voz ahogada.

"Después de todo, Diego no significa nada para mí y yo me iré dentro de poco. Quiero viajar con lo indispensable."

Al acercarse a la casa, se tropezó con el estudiante de arqueología Omar Pérez.

"Cuidado, Katherine. ¿Te sientes bien? Estás muy pálida."

"Tengo un ligero dolor de cabeza" Mintió.

"¿Estás segura? Entonces, ¿puedes ayudarme a colocar este plástico sobre las vasijas? No quiero que se mojen si llueve."

"De acuerdo" Aceptó Katherine.

De repente, Omar lanzó un silbido penetrante.

"Allí viene otro pobre tonto que tomó la curva equivocada. Ve a decirle que no siga, Katherine. Explícale que es un callejón sin salida y que debe retroceder."

Katherine abrió la reja, obediente, y corrió por la calle. Pero cuando se acercó al automóvil agitando la mano, sus piernas se convirtieron en gelatina. Había algo similar en ese brillante automóvil blanco; sin mencionar al hombre que salió del vehículo. Él se quedó inmóvil, jugando con las llaves mientras la contemplaba. Luego se dirigió hacia ella.

"¿Cómo está mi esposa?" Preguntó, en broma.

"No me parece gracioso."

Katherine se sorprendió al oír el enfado que se filtraba en su voz. Diego alzó las cejas.

"Pensé que te agradaría verme" Dijo, con un reproche

"Quizá me equivoco, pero creí que habíamos formado un lazo especial la noche del domingo. ¿Tú no lo sentiste así? Katherine sofocó la histeria que crecía en su interior."

"Pues, sí, creo que ocurre con frecuencia entre las víctimas de una catástrofe" Respondió, fría

"Tiene algo que ver con compartir el mismo destino, supongo. Pero la catástrofe ya terminó, ¿verdad?"

“Entiendo.”

Su voz se había tornado fría, casi hostil. Por instinto Katherine retrocedió un paso, pero él la atrapó con un movimiento ágil.

“¿A qué juegas, Katy?” Preguntó en un susurro.

Ella alzó la vista y descubrió a un grupo de interesados observadores que contemplaban la escena desde la terraza. Alexandra, Nancy y Omar. Estaban demasiado lejos para oír lo que decían, pero captaban los gestos, dándoles su propia interpretación.

“Diego” Le rogó, temblorosa.

“Por favor, no te alteres. Sí, hubo algo especial entre nosotros, pero no tiene futuro. Y tú lo sabes tan bien como yo.”

“Lo sé” Exclamo en forma sarcástica, apretándole los hombros.

“¿Y por qué supones que estoy aquí, Katy?”

Con el rabillo del ojo vio que Omar se apartaba del grupo y bajaba a la calle.

“¡Oh, Diego, ¡no sé! “ Exclamó desesperada.

“¿No?” Insistió.

La miró con una expresión de intensa nostalgia y a Katherine se le derritieron los huesos. Por un instante estuvo tentada a echarse en sus brazos, con o sin prometida. Pero conservó la calma suficiente para zafarse de sus manos y retroceder. Lo miró y sacudió la cabeza.

“He venido porque no podía sacarte de mi mente” Confesó Diego

“Hay algo fresco y hermoso en ti Katy y deseaba verte de nuevo.”

“¿Podemos al menos cenar juntos?”

“¿Cómo se atrevía a decirle esas cosas, cuando estaba comprometido con otra mujer?”

“No, Diego, no hay futuro para lo nuestro” Repitió, cortante.

“¿Por qué?”

Quiso decirle que sabía que él tenía novia, pero las palabras se le atoraron en la garganta. Sabía que se echaría a llorar si las pronunciaba. Entonces, Omar apareció a su lado; el alto, amable y compasivo Omar, a quien conocía desde que tenía seis años. A quien consideraba un hermano.

"¿Todo bien, Katherine?" Preguntó, colocándole una mano sobre el hombro.

La mirada de Diego se posó en el rostro airado de ella y luego en la pálida tez de la joven. Y, de repente, Katherine pasó el brazo por la cintura del estudiante.

"Omar, le estaba diciendo a Diego que no puedo cenar con él porque tú eres mi novio" Exclamo, nerviosa.

Omar captó la nota implorante en su voz.

"Oh, pues… sí, desde luego" Tartamudeó.

"Sin embargo, le agradezco todo lo que ha hecho por ella, señor Diego. Me llamo Omar Pérez."

Omar extendió la mano. Por un instante Diego la contempló con un gesto hostil; después, despacio, le tendió la suya. Katherine sintió un oscuro dolor. Frenética, volvió a hablar:

"Pues sí, le agradezco que me visitara para saber cómo estoy, señor Stefan; pero, como ve, me encuentro bien"

Terminó de prisa

"Y, si no se le ofrece nada más…"

Su voz se fue apagando hasta desaparecer bajo la intensa mirada de Diego.

"Oh, pero hay algo más, señorita Andrea"
Repuso Diego.

"Tengo una proposición de negocios que quiero discutir con usted."

"¿Una proposición de negocios?" Repitió Katherine, confusa.

Él inclinó la cabeza, sin quitarle la mirada de encima. Katherine empezaba a sentirse como un pajarillo atrapado, bajo la mirada hipnótica de una cobra. La palabra «proposición» resonaba en su cerebro.

"¿Qué clase de proposición?" Preguntó, nerviosa.

"Quiero que tome unas fotos para mí" Contestó, con un brillo travieso en los ojos

"Si aceptar cenar conmigo esta noche, se lo explicaré"

¿Qué clase de juego le proponía Diego? ¿La consideraba una turista ingenua, a la que seduciría para iniciar una aventura romántica? Peor aún, ¿le ofrecería mantenerla como su

amante? ¿No se comportaban así los miembros de la jet-set?

“Lo… lo siento” Tartamudeó, sin aliento.

“Yo… yo voy a cenar con Omar esta noche.”

“Estoy seguro de que el señor Pérez la excusará por esta vez” Se encogió de hombros con indiferencia.

“¿Le parece bien a las ocho?”

Se dio la vuelta para volver al automóvil y Katherine tuvo que correr tras él.

“No” Señaló indignada.

“Pero yo no acepto una negativa como respuesta” Le indicó, sin alterarse

“Señor Pérez, haga que venga esta noche, ¿quiere? Creo que le conviene el trabajo que le ofrezco y los términos del contrato son muy generosos.”

Diez segundos más tarde, Diego se sentaba al volante y maniobraba para dar marcha atrás por el callejón.

“¿Qué pasa aquí?” Inquirió Omar.

“¡No me lo preguntes!” Repuso Katherine, en un tono salvaje.

“En serio, podrías ahorcar a ese hombre.”

“Resulta evidente” Sonrió Omar.

“Ahora, ¿por qué no me cuentas qué pasa?”

“¡Oh, Omar, no te conviene saberlo!” Gimió.

“De cualquier modo, no iré esta noche. Preferiría cenar con un tigre de Bengala.”

“Oye, espera un momento” Le pidió Omar confuso.

“No entiendo nada. Te conozco desde que tenías seis años, Katherine, y desde el primer año de primaria querías ser fotógrafo. Ahora se te presenta una gran oportunidad de independizarte y me dices que no vas a aprovecharla. ¿Por qué no?”

“No puedo explicártelo” Replicó Katherine, retorciéndose las manos.

“¿Crees que será un trabajo demasiado complicado?”

Respondió desesperada. Omar la sacudió por los hombros.

“Katherine, tienes que dejar de actuar como una niña”

“Te subestimas. Sé que es a causa de la opinión que tu familia tiene de tu trabajo. Pero yo opino que eres magnífica. Tienes un don para la fotografía y debes aceptar cada oportunidad Que se te presenta. Así que deja de preocuparte. Te aseguro que a Diego le encantarán tus fotos.”

“No se trata de eso” Admitió Katherine con un suspiro entrecortado.

“Sino de algo más personal…”

¿Te hizo una proposición deshonrosa la noche del terremoto?

“No, pero quizá lo intente en esta ocasión.”

Contestó Katherine

“Está comprometido con otra respondió”

“¡Oh, por el amor del cielo, ¡qué excusa tan patética! Si no se salió con la suya cuando estaban solos en una montaña, creo que te encontrarás a salvo en un restaurante, rodeada por docenas de personas. Vamos, Katherine, contrólate y prepárate para el gran acontecimiento, porque ¡irás!”

“¿Crees que debo ir?” Preguntó Katherine, insegura.

“Desde luego. Estarías loca si no lo hicieras.”

“Supongo que tienes razón”

Admitió Katherine, reacia

“Lo único que debo resolver ahora, es qué me pongo.”

Cuando Diego llegó a las ocho en punto, Katherine estaba tan bien vestida como lo permitían sus limitados recursos. No quiso presentarse con el mismo vestido que había usado la noche que estuvo con él pues, aunque no iba a permitir que Diego la sedujera, quería que se diera cuenta de lo que se perdía, y las otras mujeres del grupo unieron sus fuerzas para ayudarla a estar deslumbrante. Aún así, Katherine estaba muy nerviosa.

“Hola”

Saludó, ronca.

Diego guardó silencio durante un momento, contemplándola con una sonrisa en los labios.

“Te he echado mucho de menos” Dijo Diego, con franqueza.

“¿Desde esta mañana?”

Preguntó Katherine con ligereza intencionadamente, a pesar de su sonrojo.

“No. Desde que pasamos la noche juntos” Repuso.

“¡Diego, por favor!” Le rogó.

“Como quieras, Katy, pero tarde o temprano tendremos que discutirlo. ¿Te pones el chal? Podemos cenar en Porto Carras, si no te opones.”

“Desde luego que no.”

Porto Carras era un complejo turístico de lujo, al oeste de la península de Sithoniá.

“Parece un trasatlántico” Comentó la joven al llegar.

“Exacto” Afirmo Diego.

“Personalmente, prefiero el estilo griego más tradicional, pero este concepto arquitectónico me gusta. Económicamente, es muy beneficioso para los habitantes de la región. Creo que el restaurante y los paisajes te encantarán.”

Y así fue. Un impecable mayordomo los condujo a una mesa, frente al mar, cerca de una orquesta que tocaba melodías griegas. Diego aceptaba el lujo que los rodeaba con naturalidad, con el aire de un hombre que se siente en casa.

“¿Qué quieres beber?” Preguntó.

Katherine, totalmente deslumbrada, pidió ginebra con soda y Diego un ouzo, el licor de anís griego. Cuando llegaron las bebidas, él alzó su vaso para brindar.

“¡Salud!” Exclamó.

“¡Salud!” Replicó ella.

“Ahora” Agregó Diego, después de darle un sorbo a su bebida.

“Quizá seas tan amable de explicarme por qué me tratas igual que si tuviera la peste bubónica.”

“No lo hago” Replicó, casi ahogándose con el licor, mientras el color de sus mejillas la traicionaba.

“¡Oh, sí, lo haces!” La contradijo.

“El domingo en la noche te tuve entre mis brazos, Katherine. Tibia, suave y dócil. Tan suave y dócil que te habría poseído sin la menor oposición. Sus ojos oscuros la apresaron y se sintió como un pajarillo asustado.”

Su corazón latió con tanta precipitación que pensó que él lo notaría.

“Eso no es cierto” Negó.

“¿No?” Insistió, ronco.

“Qué extraño! ¿Sabes? El domingo tuve la impresión de que ansiabas que te desvistiera y acariciara tu piel, que querías que te llevara a la cama y te poseyera.”

“¡Basta!” Le pidió Katherine, roja de vergüenza.

“Te van a oír.”

“Oh, no creo” Repuso Diego, sin alterarse.

“Pedí esta mesa apartada para poder discutir sin que nadie nos escuchara.”

“¿Cómo te atreviste?”

Exclamó Katherine, con los labios temblorosos

“¡Me aseguraste que deseabas hablar de negocios!”

“Entre otras cosas”

Asentó Diego, con una calma enervante.

“Pero todo a su debido tiempo. Primero quiero saber por qué has cambiado conmigo.”

“No lo he hecho”

Insistió Katherine.

“¿No?” Repitió Diego.

De repente, le atrapó una mano con tanta fuerza que la chica emitió un gemido.

“No eres más que un salvaje” Lo acusó furiosa.

“Exacto” Aceptó Diego.

“Y las mujeres inteligentes no provocan a los salvajes. ¿Por qué no me dices la razón por la que te has vuelto tan fría conmigo?”

A medida que hablaba, aminoró la presión, hasta convertirse en una tibia caricia sobre la piel de la chica. Katherine pasó saliva y trató de apartar la mano.

“¿Por qué quieres saberlo?”

“Yo te confesé que me enamoré a medias de ti el domingo. ¿No te parece una buena razón?” Replicó, apasionado.

Apenas logró separarse un poco de esa tibieza seductora. Recordó que él iba a casarse con otra, se recordó herida. Las lágrimas le anegaron los ojos. La música, las velas, el dulce aroma de las rosas eran una trampa para que callera.

“No” Repuso, furiosa.

Las lágrimas brillaban en sus pestañas.

¿Por qué no me dijiste que estabas comprometido?

Susurró. Un gesto de dolor se dibujó en el rostro de Diego.

“¡Así que es eso!”

Suspiró, con una risa amarga

“¡Debí suponerlo!”

“Sí, debiste” Asintió Katherine, dolida más allá de lo soportable

“También podrías dejar de pretender que estás medio enamorado de otras mujeres cuando todo tu amor se lo tienes que entregar a tu prometida.”

“Mi compromiso no tiene nada que ver con el amor” Protestó Diego.

“La unión fue arreglada hace años por nuestras familias.”

“¿En serio?” Se burló Katherine, iracunda.

“Entonces te compadezco, pero aún así no tienes derecho a enamorar a otras mujeres.”

“Entiendo” Afirmó Diego con una furia igual a la de la chica.

“Y tienes razón, desde luego.”

“¡Debí romper mi compromiso antes de iniciar mi viaje, la semana pasada!”

“¡No he querido decir eso!” Siseó Katherine.

“Sin embargo, sí debiste respetarme y no ponerme las manos encima. Diego se inclinó sobre la mesa, con los ojos brillantes, listo para replicar. Pero en ese momento llegó el camarero, tosió con discreción y les presentó los menús. Las manos de Katherine temblaron al coger la carta. Y luego tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse y leer.”

¿Odias tanto la cocina griega que tienes que fruncir el ceño de ese modo?

Preguntó Diego, en broma.

“No, claro que no” Se defendió, abochornada.

“Me encanta la comida griega, aunque no la conozco bien.”

“Entonces, quizá dejes que te ayude a escoger. Permíteme explicarte lo que es cada plato.”

Cuando el camarero tomó nota, Katherine se apoyó contra el respaldo de la silla, apretó las manos sobre el regazo y fijó la vista en un punto lejano por encima de la cabeza de Diego.

“¡Mírame a los ojos, maldita sea!”

Cuando ella lo hizo, agregó “Nunca quise tener sólo una aventura contigo, si es eso lo que estás pensando.”

“¿Ah, ¿sí? Entonces, ¿qué pretendes?” Lo interrogó, helada.

“¡Nada en específico!” Confesó, irritado.

¡Por el amor del cielo, mujer! ¿Crees que provoqué yo el terremoto para poder seducirte?

“No me asombraría demasiado” Repuso Katherine, a punto de sonreír.

“Recuerda que te tuve a mi merced y que no te toqué ni un dedo.”

“Correcto” Admitió Katherine.

Diego la miró como si pretendiera desnudarla; luego le acarició la mejilla con suavidad.

“¿Me creerías si te digo que me dejé llevar por mis sentimientos y que por eso te besé?”

Katherine tragó saliva, consciente de ese roce etéreo. Le apartó la mano y replicó con

amargura:

“Aunque eso fuera cierto, ¿en qué cambiaría la situación? De acuerdo, sentimos una mutua atracción, pero no tiene futuro.”

“Yo no estaría tan seguro” Murmuró, con mirada desafiante.

“¿A qué te refieres?”

Preguntó Katherine con una nota de pánico en la voz

“¿Qué quieres de mí, Diego?”

En ese momento el camarero se aproximó con una botella de vino tinto del campo, un vino que le había dado fama a la región. Diego aspiró el potente aroma afrutado y paladeó el líquido de color vino tintó. Satisfecho, asintió y accedió a que llenaran las copas. Sólo cuando el camarero se fue, contestó a la pregunta de Katherine:

“No sé lo que quiero de ti” Refunfuñó, irritado.

“Todo. Nada. Si te imaginas que deseo llevarte a la cama, estás en lo cierto. Eres toda una mujer, Katy. Hermosa y sensual. Quiero oprimirte contra mí y sentirte latir de ansiedad bajo mi cuerpo. Quiero que tu pasión por mí te duela.”

Katherine experimentó un estremecimiento de excitación al oírlo.

“No, Diego” Protestó

“No debes decir esas cosas. Ya estás comprometido con otra.”

“¡Comprometido!” Replicó.

“Deberías decir prisionero. ¿Tienes idea de lo que pesa una unión arreglada por tu familia, Katy?”

“No”

Admitió la chica.

“Pues, yo te lo describiré” Le replico Diego.

“Te explicaré cómo me comprometieron. No siempre fui rico, ¿sabes? De hecho, crecí en la miseria… en una miseria absoluta. No pude comprarme un par de zapatos hasta que cumplí quince años, pero era muy ambicioso. A los diecisiete años fui a Londres y empecé a trabajar veinte horas diarias en un hotel, tratando de ganar suficiente dinero para empezar mi propio negocio. Al regresar a Grecia, tres años después, encontré una caverna en ruinas en Sithoniá y

pedí prestado a todos mis conocidos para comprarla. La mayoría se rió de mis ambiciones, pero el padre de Loriana, me prestó dinero y mi propio padre invirtió hasta la última dracma de sus ahorros en el negocio. No te aburriré con detalles, pero en menos de dos años la caverna ya aportaba buenas ganancias. En ese momento, el conde habló con mi padre y sugirió el casamiento de los hijos de ambos para afianzar la relación mercantil. Yo tenía veintidós años, en aquel entonces. Loriana diecisiete."

"¡Diecisiete!" Repitió Katherine, helada.

"¡Qué terrible!"

"Era una unión que nos convenía a todos. A mí me daba la oportunidad de posponer las obligaciones familiares, lo cual me permitía dedicarme a mi trabajo. Y a Loriana le proporcionó la satisfacción de presumir ante sus amigas de que iba a casarse con un hombre rico."

Katherine sofocó una risita burlona.

"Me parece terrible" Añadió, moviendo la cabeza.

"Tienes razón" Replicó Diego, serio.

"Pero, para ser justo, debo decirte que la mayoría de los matrimonios por conveniencia tienen éxito. Con frecuencia la pareja llega a amarse. Katherine sintió que las palmas se le humedecían y algo le oprimía el pecho, pero debía hacer la pregunta que la inquietaba:"

"¿Amas a Loriana?" Indagó, titubeante.

"Una expresión dolorosa se dibujó en la cara de Diego y por primera vez Katherine notó las líneas de ansiedad en las comisuras de su boca."

"No" Repuso cortante.

"Al principio estaba tan ocupado que apenas la veía. Más tarde, cuando la cadena de hoteles empezó a crecer y entró más dinero, la enviaron a un internado en Inglaterra. Y después a terminar sus estudios en Suiza. Hace un año que volvió."

El tono de hastío causó una profunda inquietud en Katherine.

"¿Te llevas bien con ella?" Preguntó.

"Está muy mimada por su familia" Contestó, después de beber con impaciencia.

"Aunque no la culpo de todo. Su madre era una mujer bastante tonta y, al enriquecer, el dinero se le subió a la cabeza. Educó a Loriana y a su hermano en medio de extravagancias y frivolidades, y no… no me llevo bien con mi novia. De hecho, empecé a creer que había perdido la capacidad de amar, hasta que te encontré."

“¡No, Diego!” Le rogó Katherine”

“¡Es imposible!”

“¿Lo crees?” Insistió Diego.

“Quizá todo sea posible si nos lo proponemos. Le tomó la mano y la sintió temblar bajo la suya.”

“¿No me dijiste que algunas veces debes arriesgarte si no quieres ocupar una posición mediocre en la vida?”

Katherine guardó silencio, contemplando a su compañero.

“Yo voy a arriesgarme mucho en este momento” Le confió Diego.

“Porque quiero pedirte algo.”

En el fondo de su alma sabía que debía obligarlo a detenerse, pero no tuvo fuerzas para pedírselo.

“¿Qué?” Murmuró.

“Ven conmigo a mi yate” Le rogó Diego.

“Sólo por unos días. Quiero que me des la oportunidad de conocerte, Katy. Tan simple y tan complicado como eso.”

“¡No!” Exclamó, apartando su mano.

“Es imposible, Diego. De cualquier modo, creí que no te gustaban las extranjeras que hacen el amor con hombres que apenas conocen.”

“Es cierto. Pero no tenemos que acostarnos juntos. Podríamos divertirnos, pescar, visitar algunas islas, charlar. Siento que tenemos mucho que decirnos.”

Katherine se sentía reacia. ¡Cuánto le gustaría navegar por las azules y brillantes aguas de Mareira, con Diego a su lado! Pero la idea era irrealizable.

“¡No! Quizá mi respuesta fuera diferente si no estuvieras comprometido con Loriana. Pero lo estás.”

“Entonces, ¿debo romper mi noviazgo antes de pasar unos días contigo?” Indagó, con desprecio.

“Pides demasiado, Katy.”

“No puedo evitarlo” Repuso.

“Es un requisito indispensable, un acto de decencia…”

“¿De decencia?” Repitió Diego, desconcertado.

“Has vagabundeado por Europa sola y, sin embargo, ¿me hablas de decencia? ¿Acaso te burlas de mí?”

Katherine apretó los dientes exasperada. Según el punto de vista de Diego una muchacha que viajar sola por Europa carecía de escrúpulos Diego de cualquier clase. Así que no creía que le importara tener una aventura amorosa con un hombre comprometido con otra mujer. Buscó un argumento que lograra convencerlo de lo contrario.

“El que viaje sola no quiere decir que esté dispuesta a complacer a cualquiera que me ofrezca una aventura sexual. No iré al crucero contigo y me ofende que lo hayas sugerido porque si aceptara sería una mancha para mi honor.”

Eso lo convencería de que era una mujer de principios, pensó Katherine. Pero hizo algo más que convencerlo. Una mirada de consternación cruzó por el rostro de Diego.

“Te he ofendido” Expresó.

“Discúlpame, Katy, por juzgarte mal.”

“¿A qué te refieres?”

Preguntó Katherine con cautela. Diego le lanzó una mirada que la taladró.

Replicó, ronco. “Cuando te encontré sola y desprotegida en la montaña pensé que no te importaba tu honor. Pero ahora veo que me equivoqué. De hecho, tu honor es tan importante para ti que no pasarás unos días con un hombre y mucho menos le ofrecerás tu cuerpo. Eso me agrada; me agrada muchísimo. Nunca esperé conocer a una chica de tu edad que todavía fuera virgen.”

Katherine se sonrojó hasta la raíz del cabello. « ¡Virgen!», pensó, recordando de repente el tórrido romance que sostuvo hace tiempo. Pero eso había terminado y no le incumbía a Diego. Así que no lo mencionaría. Murmuró algo inaudible y bajó la Vista, mientras tocaba una rosa blanca del florero. Diego la estudió con cálida aprobación.

¿Te guardas para un sólo hombre?
Reflexionó

“Pues lo envidio, Katy. ¿Sabe el tesoro que tiene en ti?”

“¿Quién?” Indagó Katherine, confusa.

“Tu novio” Contestó Diego, impaciente.

“¿Mi novio?” Repitió Katherine. Había olvidado lo de Omar, pero de repente se hizo la luz en su cerebro y se arrepintió de su mentira

“Omar no es mi novio” Admitió, reacia.

“Aunque sí un amigo muy querido. Vivíamos casa con casa en Nashville en Norte América y nunca nos separábamos. No existe un romance entre nosotros. Lo inventé para alejarte de mi lado… Perdóname por engañarte.”

Para su sorpresa, Diego no dio señales de resentimiento.

“Mentiste por la mejor razón posible” Concedió, magnánimo.

“No puedo echártelo en cara. Además, me alegra saber que no tienes novio. Sin embargo, ¿el amor no juega un papel importante en tu vida?”

“Claro que sí. El amor es tan importante para mí como para cualquier otra mujer, pero no lo considero un negocio, ni un juego.”

“En cambio, yo sólo lo he considerado un negocio o un juego”

Suspiró Diego y después bebió su vino

“Uno se casa con una chica con dinero y juega con divorciadas para pasar el rato, pero… ¿qué hace con una muchacha parecida a ti, Katy? ¿Una chica que sólo desea amar? ¡Amar! Una ambición imposible que empieza a intrigarme, te lo confieso. Su voz era rica, suave y aterciopelada, mientras Diego la miraba con intensidad hipnótica. Katherine tembló y sintió el impulso loco de emprender ese viaje en barco.”

“Con una muchacha con mis ideas se discute de negocios” Le aclaró, firme.

“De negocios productivos, no de riquezas. Diego la contempló con ansiedad.”

“¿Esa es tu última palabra sobre el tema?”

“Sí”

Afirmó Katherine con fervor. Haciendo un esfuerzo de voluntad, recogió su bolso y le devolvió la mirada a Diego sin parpadear.

“La única relación que acepto tener contigo es de negocios” Insistió.

“Así que o hablamos sobre ese asunto o me voy.”

“De acuerdo” Aceptó Diego con un suspiro.

“Abriré un hotel en Ayios Dimitrios, al este de la península de Sithoniá, el próximo mes. Se llama Hotel Atenea y se parece a este sitio en muchos aspectos. No en la arquitectura… pues construí bastantes edificios tradicionales alrededor de un centro de diversiones… sino en el conjunto total. Este proyecto representa el sueño de toda una vida hecho realidad. Crecí en Ayios Dimitrios, y allí había mucha miseria. Por eso siempre soñé con crear empleos que mejoraran la economía para que el futuro de los jóvenes encerrara una esperanza. La mayor parte de las fotos para publicidad se tomaron
a principios de año, pero estoy pensando en iniciar excursiones fuera de temporada y alguien debe hacer las fotos publicitarias. También necesitaré fotos de mi yate para el seguro y pensé que te interesaría el proyecto. Hay un cuadro de revelado en el hotel, pero, si lo prefieres, puedes enviar tus fotos de Thessaloníki para que las revelen.”

Los ojos de la chica brillaron.

“Pe… pero, ¿por qué me ofreces ese trabajo?” Tartamudeó.

“Nadie me conoce.”

“Cierto, pero tienes talento” Se encogió de hombros.

“Si crees que lo hago para seducirte, te equivocas. Nunca planeo un negocio por motivos personales. Te ofrezco un trabajo rutinario, pero te proporcionaría el dinero necesario para seguir experimentando con las fotos que te gustan, como los Molinos de Mykonos que me mostraste Ahora querrás saber los términos de nuestro contrato.”

“Necesitaré las fotos dentro de cuatro semanas. Puedes quedarte en una de las habitaciones del Atenea mientras trabajas. Y te pagaré…”

Mencionó una cantidad que dejó a Katherine alelada.

“¡No puedo creerlo!” Exhaló.

“Viviré con esa suma durante un año, mientras me dedico al trabajo que me apasiona: paisajes, personas, composiciones de luz y sombra. Incluso podré comprar una lente de telefoto.”

“La artista habla” Comentó Diego, divertido.

“Entonces, ¿aceptas mi propuesta?”

“Sí” Contestó, sin aliento.

“¿Cuándo quieres que empiece?”

“Mañana, si no tienes inconveniente.”

“Ninguno”

Afirmó Katherine, sintiéndose un poco mareada por la velocidad con que se sucedían las cosas

“Ya terminé el trabajo en las excavaciones, así que no hay problema. Tomaré el autobús y…”

“Yo pasaré a recogerte. Sin embargo, hay un punto que quiero aclarar.”

“¿Cuál?”

“Éste: aprecio mi intimidad y no quiero que nadie la invada bajo ningún pretexto. Hay algunos reporteros que pagarían una fortuna por conseguir información sobre mi vida privada. No quiero que mis gustos sobre vino, mujeres, automóviles o cualquier otro detalle se comenten en la prensa amarillista. Si alguien vende esa información, lo pagará muy caro. ¿Entiendes?”

No había duda de la sinceridad de Diego. Sus ojos brillaban y su mano apretaba el borde de la mesa.

“¡Jamás se me ocurriría hacer semejante cosa!” Exclamó Katherine, indignada.

La tensión del rostro de Diego desapareció. Una sonrisa vagó por las comisuras de su boca.

“Perfecto. Entonces, terminemos de cenar.”

Las siguientes dos horas transcurrieron en una nube para Katherine. Diego se comportó como el perfecto anfitrión, charlando acerca de Halkidiki, incitándola a que probara algunas delicadezas del menú y conduciéndola a la pista del baile de vez en cuando. Sin embargo, la intimidad que los unía al principio de la velada desapareció por completo. Diego actuó como un hombre de negocios, con total control de la situación.

Sin embargo, cuando la ayudó a subir al automóvil, se detuvo por un momento con la mano sobre su hombro.

“A propósito, Katy” Concluyó, frío

“Si cambias de opinión y aceptas acompañarme en un crucero, mi invitación sigue en pie.”

Capítulo 3

Katherine se levantó temprano a la mañana siguiente, y pasó veinte minutos febriles haciendo su equipaje y revisando sus cámaras. Aunque todavía no había amanecido, la casa bullía de actividades, mientras los arqueólogos bebían café cerca de la estufa de gas y cargaban las mulas con picos y palas para las excavaciones de ese día.

“Recuerda que siempre puedes regresar aquí, si las cosas no resultan” Le dijo la doctora Megan, al abrazarla.

“Excavaremos hasta finales de octubre y siempre serás bienvenida.”

“Gracias, Doctora Megan” Repuso Katherine, agradecida.

“Si algo sale mal, volveré.”

La chica los observó hasta que desaparecieron detrás de los arbustos que rodeaban el pueblo. Omar se volvió y agitó la mano por última vez. Al fin, el sol salió. Un momento después, un automóvil blanco se detuvo cerca de la villa y a Katherine se le aceleró el pulso. Recogió sus bolsas y maletas y corrió a encontrarse con Diego, pero la recibió un chofer de uniforme gris.

“Buenos días, señorita. Me llamo Angelos. El señor Diego me envió para que la recogiera. Está demasiado ocupado para hacerlo él mismo.”

Katherine sintió una punzada de desilusión. Bueno, así era mejor. Una estricta relación de trabajo.

Trató de concentrarse en el paisaje de la costa de Sithoniá. Admiró las pequeñas capillas que se erigían a los lados del camino y los pueblos de casas blancas. Una hora después de haber partido, Angelos tomó un sendero que se adentraba en un bosque de pinos.

“Casi hemos llegado” Anunció.

“Ayios Dimitrios hotel se encuentra detrás de esa colina. O, por lo menos, el hotel; el pueblo está medio kilómetro más adelante.”

“¡Oh, ¡qué hermoso!” Exclamó Katherine.

“Pero éstas son construcciones muy antiguas.”

“Se equivoca” Sonrió Angelos, negando con la cabeza

“Al señor Diego le gusta lo viejo, por eso eligió ese estilo.”

Ángelo aparcó cerca de una plaza central, rodeada por media docena de casas encaladas. A través de un arco, Katherine descubrió una inmensa piscina y, al fondo, otra vez el agua azul del Mediterráneo.

Katherine se quedó inmóvil, captando esa belleza, cuando una puerta se abrió. Se volvió a medias, esperando que la recibiera un empleado, pero el hombre que agitó la mano era Diego en persona.

Se le cortó el aliento al verlo. Sintió que la observaba, apreciándola. Un temblor de alarma la sacudió al darse cuenta de que ese escrutinio no la incomodaba. De hecho, un pequeño estremecimiento de placer la recorrió la espalda al comprobar que esos ojos negros se posaban sobre su cuerpo.

“Así que has venido, ¿eh?” Ya lo ves.

Ambos se quedaron quietos y Katherine vio que el deseo se filtraba en el rostro de Diego. Todos los recuerdos de Loriana se desvanecieron del cerebro de la joven. Si hubieran estado a solas, en ese momento de locura se habría echado en sus brazos. Pero no estaban solo. Ángelo aguardaba cerca del automóvil esperando una indicación de su patrón.

“Lleva el equipaje a la habitación de la señorita Andrea, Ángelo”

Ordenó Diego.

“¿Ya has desayunado, Katy?” Sí, gracias.

“Entonces, te mostraré el lugar para que puedas empezar a trabajar cuando te plazca.”

Siguieron a Angelos por un sendero que se abría entre los árboles. El aire estaba impregnado del aroma de los pinos y Katherine aspiró con deleite.

“Este lugar me parece asombroso”

Murmuró

“Desde el camino sólo se divisa un paisaje virgen y nadie pensaría que hay un hotel aquí.”

“Esa fue mi intención” Dijo Diego.

“Queda por averiguar si les gustará a los huéspedes.”

La excursión impresionó a Katherine. Además de las suntuosas instalaciones, el Hotel Atenea contaba con una pista de baile, cinco piscinas, canchas de tenis, un campo de golf de nueve hoyos, juegos para niños y una vista excepcional. Cuando llegaron a Ayios Dimitrios, la gente saludó a Diego como a un héroe y unas ancianas vestidas de negro le ofrecieron café y ouzo.

Al salir del pueblo, la carretera los condujo a un claro de la montaña desde donde se contemplaba la salvaje grandeza del mar.

“¡Magnífico!” Exclamó Katherine.

“No puedo esperar para empezar a tomar fotos. “ Diego observó la bahía, pensativo.

“Si realmente quieres empezar, hazlo” Replicó.

“Allá abajo tienes un tema interesante de composición.”

“¿Te refieres a la costa?” Preguntó Katherine, cubriéndose los ojos para que no la deslumbrara el sol.

“No. Al yate que está a unos cuatrocientos metros de la playa. ¿Lo ves? No, más a tu izquierda” Indicó.

De repente Diego la tomó de los hombros. Durante un segundo, ella sintió la tibieza de su piel, a través de la tela de algodón y gozó con esa cercanía. Fue consciente de la fuerza de sus brazos y de la atracción que ese hombre ejercía sobre ella.

“Allá. ¿Lo ves?”

“¡Oh, sí! Cielos es enorme, ¿verdad?”

“Cuarenta y seis metros” Respondió Diego con satisfacción.

“Se llama Afrodita y lo alquilaré para excursiones este verano. Lo remodele por completo y necesito fotos de excelente calidad para la compañía de seguros. Así que, cuanto antes empieces a trabajar, mejor.”

“Como quieras” Asintió Katherine, entusiasmada.

Media hora después subían a bordo del Afrodita. Diego condujo la lancha deportiva hasta el yate. Un joven marinero los esperaba en lo alto de la escalera para ayudarlos a abordar. Mientras Katherine le entregaba su cámara, se percató de su propia ropa barata en medio del lujo que la rodeaba.

Pero Diego apreciaba el esplendor del navío y no le prestaba atención.

“Buenos días, Johan” Saludó, de manera agradable.

“Esta es la señorita Andrea y viene a tomar fotos del yate.”

“¿Cómo está?” Dijo Johan, tocándose la gorra.

“¿Alguno de mis invitados está a bordo?” Preguntó Diego.

“No señor. Charisteas, el señor Roberto y la señorita Loriana fueron a navegar por los alrededores.”

Katherine se sobresaltó al oír esa respuesta. ¿La señorita Loriana? ¿Se refería a Loriana Mendez, la prometida de Diego? Contempló a su anfitrión, esperando que su rostro se iluminara

al oír mencionar ese nombre; pero Diego fruncía el ceño, preocupado.

“¿Están solos?” Indagó, seco.

“No, señor. Órnelos los acompaña. Usted dio órdenes…”

“Sí, sí, muy bien” Lo atajó Diego, impaciente.

“Comeremos juntos entonces.”

“Ven, Katy, te mostraré el yate.”

Katherine siguió a Diego con una sensación de incomodidad. Su estómago parecía contraerse por el nerviosismo; y la perspectiva de conocer a Loriana la llenaba de aprensión.

“Primero te mostraré las habitaciones”

Anunció Diego, interrumpiendo los pensamientos de la joven.

Katherine olvidó sus problemas al contener una exclamación de deleite cuando entraron en una sala con madera y cuero que producían una elegancia sobria. Diego la dejó que admirara cada habitación y por fin la condujo al comedor rodeado por enormes ventanales.

“¿Te gusta?” Preguntó con orgullo.

“Es… soberbio” Expresó, con la boca abierta.

Se imaginó navegando en ese yate, en medio del lujo… Pasaría los días bronceándose al sol, nadando en las aguas azules del Mediterráneo y las noches en brazos de Diego, temblando de placer con las lujuriosas caricias de sus manos…

“Mi oficina privada está aquí”

Señaló Diego, sacándola de sus meditaciones
“Puedes dejar tu cámara y tu equipo sobre la mesa, si quieres.”

Pero Katherine apenas lo escuchó. Se detuvo ante la ampliación de una foto enmarcada, que colgaba de la pared.

“¿No es el pueblo de Theológos, en Thásos?”

Preguntó.

“Lo visité con Omar hace unas semanas; creo que tomé una foto desde ese mismo punto.”

Buscó en una pequeña cartera de cuero y sacó un montón de fotos que revisó de prisa.

“¡Sí, aquí está!” Exclamó contenta, agitando la foto y colocándola al lado de la otra para compararlas.

“¿Puedo verla?” Indagó Diego.

“Sí, desde luego.”

Katherine se la entregó, con la cartera, y se sentó a la mesa para preparar su equipo.

El rostro de Diego adquirió una expresión absorta al estudiar las dos tomas.

“La tuya es mejor” Sentenció, pensativo.

“¡Qué interesante! Como dices, fueron tomadas casi desde el mismo punto, pero la otra no captura la calidad romántica y nostálgica del pueblo. “

“¿Me permites ver el resto?”

“Aja” Replicó Katherine, buscando en sus bolsillos un filtro No hay nada excitante en ellas. Casi todas son estudios de personas.

Diego observó las fotos. Una mostraba a dos ancianos caminando por un sendero lleno de obstáculos; otra una joven madre que jugaba con su hijo.

“¡Cuánto dices sin palabras, Katy!” Exclamó maravillado.

“Estas dos personas, por ejemplo, parecen susurrarnos que no importa lo difícil que sea el camino, llegarán a su meta. ¡Y esta joven mujer riéndose con su hijo! ¿Nos sugieres acaso que no importa la pobreza, cuando se es rico en lo que realmente merece la pena, y que ella tiene la fortuna de comprenderlo así?”

Katherine se encogió de hombros con bochorno.

“Sí, supongo que sí” Aceptó.

“No me detengo a analizarlo, pero algunas veces me conmueve observar a las personas en medio de sus actividades cotidianas. Las vidas comunes contienen una riqueza extraordinaria y yo sospecho que no apreciamos las alegrías simples de la existencia con suficiente profundidad. De cualquier modo, cuando veo algo semejante, trato de capturar en la foto la emoción que me provoca.”

“Y lo logras de manera estupenda”

Le aseguró Diego

“¿Sabes que tienes un talento enorme?”

“No” Se sintió incómoda.

“Te agradezco que me lo digas, pero no es cierto. Mis padres se desesperaban conmigo porque no sobresalía en nada y eso no ha cambiado. Jamás alcanzaré el éxito, pero no me preocupa.

“¿Qué tonterías dices? ¿Tomas fotos de mi pueblo, tan emotivas que casi me hacen llorar, ¿y dices que no sirves para nada? ¿Cómo puedes ser tan ciega a lo que tú significas, al efecto que ejerces sobre los demás? Deberías vivir una vida satisfactoria saboreando tu trabajo, rodeada de una familia que te ame y admire tus cualidades únicas”

Apoyó la mano sobre el hombro de la chica y estudió su rostro, pero ella se apartó y dio un par de pasos, nerviosa, estrujándose las manos.

“¡No seas ridículo!” Exclamó, temblorosa.

“No soy más que una fotógrafa desconocida. Mis padres han logrado muchos éxitos y comprendo que los he desilusionado. ¿Y quién más amaría y apreciaría mis cualidades únicas, como tú sugieres?”

Su cuerpo estaba tenso por el rencor y su voz contenía una nota de amargura.

Diego la obligó a volverse y la apretó contra su pecho.

“¡Yo!” Admitió, fervoroso, escondiendo el rostro contra el cabello de la chica.

“Eres la clase de mujer que un hombre podría adorar por el resto de su vida, Katy. Llena de pasión, amor y tibieza. La ironía no va contigo.”

Por un instante Katy se asió a él, intoxicada por el placer prohibido que le proporcionaban esos brazos que la rodeaban, la caricia de sus labios contra su cabello, el magnetismo viril que irradiaba… Después, lo empujó con decisión.

“Todo eso está muy bien” Lo retó, desesperada

“Pero tú ya estás comprometido con otra mujer y no vine aquí a que me besaras, sino a trabajar. Ahora, ¿puedes dejarme a solas para poder hacer mi trabajo por favor?”

Diego la contempló con una mirada ardiente, después se volvió hacia la puerta.

“Sí, supongo que tienes razón” Repuso tajante.

“Llámame si necesitas algo. Estaré en la cabina del capitán. Y, por favor, acepta comer con nosotros a las dos en punto.”

A solas, Katherine se sentó en la cama, se cubrió el rostro con las manos y emitió un sollozo inarticulado. ¡Si Diego no ejerciera ese efecto sobre ella! Pero él estaba comprometido con Loriana, la amara o no, y sin duda se casaría con ella. Katherine se puso de pie y tomó su cámara, decidida a sacar una serie de fotos. Cuanto antes terminara, antes se iría Y eso era lo mejor para todos.

Para su sorpresa, el resto de la mañana transcurrió en un suspiro. Una vez que colocó sus cámaras y el medidor de la luz, se concentró en la tarea de capturar al Afrodita en la película.

Se sobresaltó al oír que alguien llamaba a la puerta. Era el secretario de Diego. Deniel Sámaras.

“Discúlpeme, señorita Andrea” Le pidió.

“La señorita Trina y los demás han regresado. Por lo tanto, si pudiera venir al comedor, se lo agradecería.”

Sin embargo, cuando Katherine hizo su titubeante entrada en el comedor, lo encontró vacío. De repente, una muchacha morena, sólo cubierta con un pequeñísimo bikini rojo, irrumpió en la habitación, seguida de un joven bronceado por el sol que le hacía cosquillas. La chica gritaba y se retorcía protestando y de pronto se quedó inmóvil al ver a Katherine. Sus grandes ojos negros tenían una mirada vaga y opaca y con una mano se apartó un mechón de la frente.

“¿Quién demonios eres tú?”

Katherine se puso de pie con torpeza, rodeó la mesa y se acercó a su interlocutora. Le tendió la mano, sonriendo.

“Me llamo Katherine Andrea” Contestó.

“Y soy fotógrafa. Estoy tomando unas fotos de yate del señor Diego Él me invitó a comer con ustedes.”

“¡Maldición!” Se sofocó la muchacha.

“¿No esto sobrepasa todos los límites?”

Ignoró la mano de Katherine y miró a su alrededor, buscando apoyo moral. Otro hombre, de unos veinticinco años, guapo y moreno, entró en la habitación.

“¿Nos parece que esto es demasiado? Cada vez que Diego trae a un «don nadie» a trabajar en el barco, lo invita a comer con nosotros. Supongo que como él salió del arroyo, se siente a gusto entre los sirvientes. ¡Sólo falta que invite a los mecánicos y a los marineros a compartir nuestra comida! Pues bien, ya es suficiente.”

Se volvió furiosa hacia Katherine, pero casi perdió el equilibrio y tuvo que asirse de una

silla para no caer.

“Comerás con la tripulación, en el sitio que te corresponde” Escupió.

Katherine retrocedió, sintiendo que estaría encantada de conocer a la tripulación.

Pero el joven moreno corrió a su lado y la cogió del brazo.

“Señorita Andrea, por favor” Le rogó.

“Espere un poco. Mi hermana no sabe lo que dice. Creo que ha tomado demasiado sol. Vamos, siéntese y acepte una copa.”

Lanzándole una mirada de reproche a su hermana, la cubrió con un torrente de palabras en griego, del que Katherine sólo distinguió la palabra « Diego ». Pero su parrafada surtió efecto, pues Loriana se sentó, sin ninguna ceremonia, sobre una silla. Allí se quedó durante un minuto entero, con los ojos brillando por las lágrimas no derramadas y los labios temblorosos, como una niña caprichosa, contemplando a Katherine. Entonces, su hermano insistió, en griego, y ella capituló.

“Por favor, acepte mis disculpas, señorita Andrea”
Musitó.

“Desde luego”

Replicó Katherine, desconcertada, sintiendo que la disculpa le habría parecido más sincera si no hubiera estado acompañada de una mirada venenosa. Sin embargo, el hermano de Loriana pareció satisfecho con la disculpa. Se sentó frente a Katherine y sonrió de manera encantadora.

“Magnífico, ahora que todos somos amigos, nos presentaremos”

Anunció con un acento más norteamericano que griego

“Señorita Andrea, esta es mi hermana, Loriana, la prometida de Diego Yo soy Charisteas y éste es nuestro amigo, Roberto. ¿Qué desea beber?”

Katherine no pudo suprimir la sospecha de que el trío ya había bebido demasiado. Loriana estaba sonrojada y sudando, Y tenía la voz pastosa y los ojos de Charisteas brillaban demasiado. Empezaban a discutir sobre la calidad de dos diferentes marcas. De champán francés, cuando Diego apareció en la puerta. Katherine lo miró con un suspiro de alivio y sus ruidosos acompañantes guardaron silencio.

“Buenas tardes” Saludó Diego, sin alterarse.

“Siento haberlos hecho esperar.”

“Me sorprende que no hayas aprovechado esta oportunidad para vestirte, Loriana.”

Su mirada se posó con desaprobación sobre los senos redondos y se detuvo en el brazo de ella, que rodeaba la cintura de la chica.

“Te esperaremos mientras te cambias.”

“No se molesten” Se mofó Loriana.

“Estoy muy cómoda así.”

“Oh, no es ninguna molestia” Replicó Diego.

“De hecho, insisto. Ahora, apresúrate, Loriana.”

Katherine contuvo el aliento al captar el tono de acero en la voz de Diego. Por un momento pensó que Loriana chillaría como una niña malcriada, pero la muchacha sólo hizo un puchero y salió. Cuando regresó, cinco minutos más tarde, vestida con un traje rojo y blanco, Diego la saludó alzando su vaso lleno de agua de Perrier.

“Estás muy guapa” Dijo con sinceridad.

“¿En serio?” Replicó Loriana al sentarse

“Gracias por notarlo.”

La tensión que reinaba entre la pareja hizo que Katherine se sintiera muy incómoda durante la comida. Charisteas le sonrió con calor y trató de interesarla en una discusión sobre los deportes de invierno en Gstaad, pero como Katherine jamás había esquiado, el intento fracasó. Al ver la expresión de palo de Diego, la chica se dio cuenta de que esa conversación lo estaba aburriendo. Diego ni siquiera intentó unirse a las carcajadas que acompañaron las anécdotas de Loriana acerca de la vida en Mónaco y Francia y cuando el camarero reapareció con el café y unos pastelillos cubiertos de miel, retiró la silla y se puso de pie.

“Tengo mucho trabajo, así que disculpadme” Pidió.

“Volveremos a la costa a las cuatro y media, si eso te conviene, Katy.”

“Sí, desde luego” Repuso en voz baja.

“Yo también me pondré a trabajar. Prefiero no beber café, gracias.”

Katherine escapó, contenta de escabullirse de una reunión en la que nadie la apreciaba. De cualquier modo, no pudo dejar de reflexionar en la naturaleza de la relación que Diego sostenía con Loriana: Resultaba obvio que la vida vacía y llena de placeres irrelevantes que la chica adoraba no atraía al hombre con el que se casaría y costaba trabajo entender cómo funcionaría

ese matrimonio.

Una hora después, Katherine estaba en la cubierta tomando fotos. Deniel acababa de entregarle el inventario del navío cuando de repente un ruido agudo cortó el aire. La chica se hizo sombra sobre los ojos para ver un bote de carreras acercándose a toda velocidad, al barco.

“¡Mira!” Exclamó Deniel, disgustado.

“Ese estúpido se estrellará contra nosotros, si no tiene cuidado. Todos están borrachos.”

Pero en el último momento Charisteas apagó el motor y el bote se aproximó con suavidad al yate. Loriana lanzó un silbido de triunfo y se tambaleó felicitando a su compañero.

“Iré a ayudarlos” Dijo Deniel, de pronto.

“Esa muchacha tendrá suerte si no cae al agua en ese estado.”

Bajó por la plataforma, mientras Órnelos acercaba el bote. Charisteas se puso de pie y esgrimió un arpón.

“Démelo, señor” Le rogó Deniel, contemplándolo preocupado.

“Después, usted y la señorita Loriana subirán a bordo”

Charisteas Le tendió el arpón y todo pareció ocurrir en un instante. Con una risita tonta, Loriana se inclinó para hacerle cosquillas a Charisteas, que soltó un grito de asombro. Se oyó un zumbido penetrante y el arpón se disparó. Loriana chilló y Deniel retrocedió con un gemido agónico mientras la sangre manchaba la cubierta.

Katherine bajó la pasarela en medio segundo y se acercó al lugar donde Deniel emitía horribles lamentos. Órnelos, pálido como una sábana, lo miraba alelado.

“A un lado” Le ordenó Katherine.

“Déjame examinarlo. ¡Oh, no; es una herida profunda! Debemos detener la hemorragia. Órnelos, ponga su mano sobre la herida.”

Pero el marinero, con un gemido estrangulado, se tambaleó y cayó, cuan largo era, al suelo; desmayado. Katherine, con una exclamación de impaciencia, lo empujó. Sin importarle la sangre que salía a borbotones, se hincó al lado de Deniel, le tomó el antebrazo herido y lo sostuvo con firmeza. Entonces, poniéndose de pie, empezó a dirigirse al bote, soportando el peso del hombre.

“¡Rápido! Debemos llevarlo a un hospital antes de que se desangre exclamo.”

Justo en ese momento, Diego apareció en lo alto de las escaleras y vio la escena sangrienta que se desarrollaba ante sus ojos.

“¡Diego!” Le gritó Katherine.

“¡Ayúdame, ayúdame!”

En un instante él estuvo con ella, sus poderosos brazos la rodearon y con dedos frenéticos le tocó el rostro.

“¡Katy! ¿Qué te ha pasado? ¡Estás cubierta de sangre!”

“No, no. ¡No se trata de mí! ¡Yo estoy bien! Deniel… con el arpón. ¡Oh, Diego, por el amor de Dios, llévalo a un hospital!”

De algún modo lograron meter al herido en el bote. Mientras Katherine le apretaba el brazo con firmeza, Diego se dirigía hacia la playa. La joven trató de bloquear los lúgubres gemidos de Deniel y los gritos histéricos de Loriana y se concentró en ayudar al herido. Con una exhalación de alivio distinguió el muelle de piedras que se destacaba en el horizonte. Después, todo sucedió muy deprisa. Unos hombres llevaron una camilla, otro una jeringa hipodérmica, alguien pidió una ambulancia. Pero Katherine ya no formó parte de la operación de rescate. Se apartó el cabello de la cara con un suspiro tembloroso y se dio cuenta de que estaba cubierta de sangre. Necesitaba darse un baño con urgencia.

Entró en la habitación que le habían asignado y se metió en el baño. Se quitó la ropa y abrió la llave de la ducha. Diez minutos después, se sentía lo bastante recuperada.

Una firme llamada a la puerta la desconcertó. ¡Toda su ropa estaba en el dormitorio! Cubriéndose con una toalla, abrió la puerta.

Diego la contempló con una pasión que la hizo apretar la toalla con más fuerza alrededor de su cuerpo.

“He llamado, pero no me escuchabas, así que he entrado…”

Su mirada se clavó en el cuello de Katherine para luego contemplar el suave principio de los senos.

“¿Cómo está Deniel?” Preguntó.

“El doctor Calvin se muestra optimista. Según él, le salvaste la vida. De cualquier manera, ya ha dejado de sangrar y le están poniendo una transfusión. No sabré nada más hasta que llame al hospital esta noche. Pero ahora quien me preocupa eres tú.”

“¿Yo?” Preguntó Katherine.

“¿Por qué habría de preocuparte? ¡Estoy perfectamente bien! Lo sintió, más que oírlo; adivinó su tibia y silenciosa presencia detrás de ella. Luego la tomó por el hombro y la obligó a mirarlo.

Respiraba con rapidez y su pulso le palpitaba frenético en el cuello.”

“Cuando te vi en el yate, cubierta de sangre” Confesó, ronco.

“Me morí mil veces. Estaba convencido de que no te salvarías y me dije que era un idiota por no haber hecho esto…”

La abrazó con rudeza y apretó su boca contra la de Katherine. Sus besos, profundos, salvajes y exigentes, despertaron el deseo en la joven. Un gemido pequeño escapó de sus labios entreabiertos; entonces Diego la empujó sobre la cama y ambos rodaron en un frenesí de pasión. La toalla se soltó y Diego arrojó la prenda al suelo con impaciencia antes de esconder el rostro en la suave tibieza de los senos. Su mandíbula raspó la delicada piel de Katherine estremeciéndola de excitación. Después, su lengua encontró el exquisito capullo del pezón. Empezó a jugar y a mordisquearlo, hasta que la joven se arqueó y se apretó contra él, con un quejido ronco.

Las manos de la chica formaron círculos sobre la espalda de su amado, atrayéndolo hacia su cuerpo con fuerza, mientras ambos temblaban de ansiedad.

Los labios de él se movieron por la piel de la mujer, dejando un sendero de fuego que le subía hasta el cuello.

“¡Oh, te amo, Katy!” Exclamo, con voz espesa.

Ella gimió, apretándose contra él y temblando de placer. Con un gemido de impaciencia, Diego se puso de pie y se quitó la camisa.

“¡Diego, no!” Suplicó Katherine, sentándose de golpe sobre la cama.

“¿Por qué no?” Preguntó, poniendo sus manos sobre el cinturón.

“Te deseo, Katy; te deseo más de lo que he deseado a una mujer en mi vida. Y tú también me deseas, ¿verdad?”

Katherine se estremeció por el deseo, pero se había prometido que no cedería. Pero ella sólo tomó la colcha y se cubrió el cuerpo.

“No” Repitió, débil.

Él se rió. Sus ojos descansaron con toda intención en los pezones rosados, en la agitación de los pechos, en la pálida curva de las caderas.

“Mientes” Susurró. Le acarició un rizo del cabello y ella alzó la vista para mirarlo.

“¿No es cierto, amor?”

Los ojos de Diego la hipnotizaban. Luego él la besó en la boca y con Péreza le acarició los senos, de modo que un estremecimiento pasional la sacudió.

“¿No es cierto?” Persistió.

“Sí” Susurró, atormentada, apartándole la mano. Se puso de pie y cogió la toalla para cubrirse.

“De acuerdo, Diego” Aceptó en voz baja y furiosa.

“Ya sabes que te deseo tanto como tú a mí. Has probado que tienes razón, así que ahora vete.”

“Si me deseas, ¿por qué no me permites que te haga el amor? Katherine cogió un vestido, se lo pasó por encima de la cabeza y lo aseguró con un cinturón. Luego se volvió para enfrentarse a Diego.”

“Porque todos los hombres son iguales. Lo único que quieres es una aventura para hacernos el amor. Y en cuanto terminemos desaparecerás tan rápido como una centella.”

“¡Ah, ya entiendo!” Exclamó, Diego, sarcástico.

“Ya tuviste esa experiencia, ¿eh?”

Katherine titubeó, a punto de confesarle lo que sucedió en el pasado. Quería contárselo a Diego, quería que supiera el horror que había sentido al saber que el hombre que la sedujo estaba casado. Pero la vergüenza la contuvo.

“No exactamente” Casi se ahogó

“Pero eso no significa que no lo haya intentado alguien conmigo. Y, permíteme aclararte algo. No me interesa convertirme en un trofeo para que los hombres me exhiban. Si quieres tener una aventura conmigo, olvídalo.”

Para su desconcierto, descubrió que las piernas le temblaban. Se agachó y trató de abrir la cremallera de su bolsa de viaje, pero sus manos temblaban tanto que no lo logró.

“No quiero tener una aventura contigo” Le oyó decir.

“¿No?” Ironizó Katherine.

“Pues, desde mi punto de vista así parece. Diego caminó por la habitación, frotándose la barbilla, pensativo.”

“Supón, sólo supón, que no estuviera comprometido con Loriana, entonces, ¿aceptarías mi proposición? ¡Quiero la verdad, Katy!”

La joven titubeó.

“Si te refieres a si me metería en la cama contigo, Diego, la respuesta es no. No haré el amor con

un hombre a menos que sepa que se casará conmigo.”

“Ya veo” Replicó Diego, reflexionando.

“¿Y si te dijera que soy un hombre libre y que quiero que seas mi esposa?”

El rubor cubrió las mejillas de Katherine.

“No hagas preguntas ilógicas que no puedo contestar”

Murmuró. Diego la contempló con intensidad, estudiando sus mejillas sonrojadas.

“Creo que ya me has contestado”

Replicó en un susurro. Recogió su camisa, se vistió y se dirigió hacia la puerta. Mañana iré a Thessaloniki a visitar a Deniel Anunció

“¿Te gustaría acompañarme?”

La chica volvió a titubear.

“Una proposición de negocios” Añadió Diego.

“Para que compres rollos de película y esas cosas.”

“De acuerdo” Aceptó.

“Pasaré por ti a las nueve” Le plantó un beso rápido sobre la frente.

Ninguno de los dos vio a la muchacha de vestido rojo y blanco que en ese momento se aproximaba por el sendero. Se detuvo un momento y luego se alejó de prisa, con la cara distorsionada por la furia.

Capítulo 4

Katherine estaba tomando café, cuando alguien llamó a su puerta, a la mañana siguiente. Se limpió los labios con una servilleta, cogió su chaqueta y atravesó la habitación, corriendo.

“Llegas demasiado temprano, Diego”

Le dijo, al abrir la puerta de par en par

“Sólo son las ocho y trei… ¡Oh!”

No era Diego el que estaba allí, sino Charisteas.

“¿Me permites pasar?” Preguntó.

“Sí, desde luego”

Asintió Katherine, desconcertada

“¿Te sirvo una taza de café?”

“Por favor” aceptó Charisteas.

“Siéntate” Lo invitó

“Y come unos panecillos, si quieres.”

“No, gracias. Nunca desayuno, pero el café me sentará bien. Katherine intuyó su nerviosismo y sintió compasión.”

“¿Puedo hacer algo por ti?” Preguntó Katherine. Charisteas soltó el aliento con un largo suspiro.

“He venido a disculparme contigo.”

“¿Disculparte?” repitió Katherine, confusa.

“Sí. Por lo del accidente de ayer. Supongo que fue culpa nuestra. Estábamos bebidos, y no sabíamos lo que hacíamos. Por suerte tú estabas allí, pues le salvaste la vida a Deniel.”

Katherine hizo un gesto tímido y avergonzado.

“Cualquiera habría actuado igual que yo.”

“Cualquiera que no hubiera estado borracho” La corrigió Charisteas, arrepentido.

“En fin, quiero que sepas que Loriana y yo te lo agradecemos. Lo cual complica lo que te voy a decir.”

“¿Ah, ¿sí?” Indagó Katherine, con cautela.

“Loriana vio a Diego saliendo de tu habitación, anoche” Afirmó.

Katherine se sintió incómoda, pero de algún modo mantuvo el control de su voz.

“Vino a discutir un asunto de negocios conmigo” Explicó.

“Vamos a ir a Thessaloniki para comprar equipo fotográfico hoy.”

“Espero, por tu bien, que sólo sea eso” Replico Charisteas, sombrío.

“Mira, no sé cómo decírtelo, pero Diego es la clase de hombre que persigue a las mujeres; pero ninguna significa nada para él. Tarde o temprano se casará con Loriana. Pero tú no pareces ser la clase de mujer con la que él se relaciona.”

Ah. ¿Y cuál es esa clase?

“Millonarias inDiego que sólo quieren pasar un buen rato.”

“Entonces, no necesitas preocuparte por mí” Replicó Katherine, fría.

“Estoy segura de que el señor Diego sólo tiene un interés profesional en los servicios que le prestó, igual que yo.”

“Me tranquiliza oírte hablar así. Loriana ha estado llorando toda la noche, torturándose. ¿Sabes?, trata de fingir actuando de manera indiferente, pero en el fondo sigue siendo una niña. Está loca por Diego y detesta que la engañe.”

Terminó su café y se puso de pie.

“Gracias por soportarme, Katherine”
Suspiró

“Quizá te rete a un partido de tenis uno de estos días, ¿de acuerdo?”

Cuando la puerta se cerró, Katherine se dejó caer en una silla, se cubrió la cara con las manos y se estremeció. Hacía sólo unos días que conocía a Diego, pero en ese tiempo él había logrado poner su mundo de cabeza. Los acontecimientos se sucedían demasiado deprisa para ella. No habían pasado seis meses desde que aquel romance turbio la había herido y eso todavía

le causaba un dolor demasiado grande para que se arriesgara a sufrir una nueva desilusión. A pesar de las ideas modernas, Katherine sólo ansiaba las bendiciones tradicionales: amor y matrimonio. Y Diego nunca se casaría con ella, una chica de afuera que, además, no tenía dinero.

“No” Dijo en voz alta.

“Desde luego que no. Tengo que recordar dos cosas” Murmuró para sí.

“Loriana lo ama y mi relación con él debe limitarse a los negocios.”

Cuando Diego llegó un poco después de las nueve, ella ya lo esperaba.

“Hola” La saludó, y sus ojos brillaron al encontrarse con los de la joven

“¿Dormiste bien?”

“Sí, gracias” Contestó con formalidad.

“¿Y tú?”

“¿Qué te pasa?”

“Nada.”

“Entonces, ¿por qué me miras como si fuera un lobo feroz?”

“No lo hago.” Su boca se relajó con una sonrisa Pérezosa.

“No importa. Vámonos.”

Durante la primera hora del trayecto charlaron de trivialidades. Más tarde, respondiendo a las preguntas de Diego, Katherine le habló de su niñez. A cambio, Diego le describió los triunfos y desastres de su vida. De alguna manera la joven creía que todo le había ido siempre sobre ruedas. Pero Diego debió luchar contra un incendio, la quiebra de un banco, la oposición de los municipios locales y la huelga de una línea aérea. Katherine sintió que una ola de respeto por el hombre que estaba sentado a su lado la invadía y que admiraba la vitalidad, el poder y la determinación que él irradiaba.

“Escucha, ¿te importaría que nos detuviéramos durante unos minutos? Necesito descansar.”

“Claro que no” Repuso Katherine.

Diego detuvo el automóvil y bajó. Era un lugar precioso, un parque con mesas y bancos de madera para pasar días de campo. Él se estiró, cansado, y Katherine lo observó con una mirada de deseo. Diego la descubrió mirándolo y sonrió.

“Si tuvieras corazón, me darías un masaje” Refunfuñó

“Lo que realmente necesito son las caricias de una mujer.”

“Lo que realmente necesitas es una camisa de fuerza.”

“Me dijiste que habías hecho un curso de masajes suecos” Lo recordó.

“Sólo te pido que me frotes el cuello. He estado sentado ante el ordenador hasta las tres de la mañana y tengo un dolor agudo en la nuca.”

“¿En serio?” Preguntó Katherine, suspicaz.

“En serio” Insistió Diego.

“De acuerdo, pero no se te ocurra poner en práctica uno de tus trucos le advirtió”

“Quítate la chaqueta.” Diego se sentó en el banco con los codos sobre la mesa.

“Ahora cierra los ojos” Lo instruyó.

“¿Cerrar los…? En fin, tú mandas.”

“Forma parte del tratamiento” Le aseguró Katherine.

“Respira con profundidad y expira despacio. Ahora, ¿qué escuchas?”

“Nada.”

“Escucha con más atención” Le pidió.

Diego guardó silencio durante un momento. Katherine se paró frente a él y lo observó relajarse, hasta que una expresión alerta reemplazó la tensión de su rostro.

“Él viento de los árboles” Murmuró de pronto.

“El cantar de un pájaro.”

“Perfecto.”

Lo felicitó, satisfecha, poniéndose a sus espaldas

“¿Qué hueles?”

Apoyó las manos en sus hombros, inclinándose hacia adelante de manera que su peso la ayudara a romper la tensión de los músculos.

“Mmm, el aroma de los pinos” Musitó.

“Una especie de hierbas perfumadas, tierra seca y caliente…”

Katherine masajeó la espalda de Diego a ambos lados de espina dorsal.

“¿Cómo te sientes?” Preguntó.

Él abrió los ojos y miró a su alrededor.

“Increíble” Admitió

“No puedo creer lo que me has hecho sentir. He notado detalles de los que no era consciente antes. Como la rugosidad de la mesa bajo mis codos, el zumbido de las abejas entre los arbustos. Detalles que borraba porque estaba demasiado ocupado pensando en mi trabajo. Eres asombrosa, Katy, te lo aseguro.”

“Para terminar, mira a tu alrededor, ahora que tus ojos están abiertos y dime qué ves.”

Con expresión pensativa, Diego obedeció.

“Cielo azul” Murmuró.

Olivares en el horizonte. Arbustos. Adelfas rosadas que casi empiezan a florecer. Y moras; comía muchas moras cuando era niño. Son casi iguales a las fresas, pero con una textura más consistente. Toma, pruébalas. Cortó un racimo, puso una mora entre los labios de Katherine y le acomodó un mechón. Por un instante se quedó mirándola con intensidad, con urgencia.

“Me haces sentir como si hubiera nacido ciego” Confesó.

Luego la besó con una pasión que le aceleró el pulso a Katy provocando que el cuerpo le doliera con la urgencia de unirse a ese hombre. Tuvo que hacer un esfuerzo supremo para apretar los puños y empujarlo.

“¡No, Diego!” Exclamó.

“No quiero formar parte de tu jardín de mujeres.”

“¿De mi qué?” Indagó Diego con incredulidad.

“De tu harén… De las mujeres que abandonas.”

“¿Quién te dijo eso?”

La tensión volvió a reflejarse en su rostro. Katherine se asustó por la furia que brillaba en

sus ojos.

“¿Acaso importa?” Se defendió.

“¿Quién te lo dijo?” Persistió, tomándola del brazo.

“S… Charisteas.”

“¿Cuándo le diste a Charisteas la oportunidad de hablar contigo?”

“Vino a mi habitación esta mañana” Titubeó Katherine.

“Ya entiendo” Asentó Diego, seco.

“¿Y te contó que tenía un jardín de mujeres?”

“Sí, me dijo que las mujeres no significaban nada para ti porque de cualquier modo te casarías con Loriana y nadie saldría lastimado. Sin embargo, dijo que yo era diferente del resto de tus mujeres.”

Diego gimió.

“Entonces, ¿es cierto?” Lo interrogó Katherine.

“Sí y no” Contestó Diego, apretando los dientes

“Por el amor del cielo, Katy, trata de comprender. Esta unión con Loriana se concertó hace años. ¿Se supone que debí vivir como un monje desde entonces?”

Katherine tragó saliva, tratando de sofocar la desolación que la ahogaba.

“Entonces, ¿Charisteas tenía razón?”

Repitió, ronca

“¿Ibas a usarme para después abandonarme?”

“¡No!” Gritó Diego.

“Mira, Katy, Charisteas quiere que te pongas en mi contra…”

“¿Y cómo sé que tú no quieres que me ponga en contra de él? Admites que todo lo que me dijo es verdad: entonces, ¿por qué no debo creerle?”

“Porque no es una persona honorable” Gruñó Diego.

“Explota su atractivo físico, su sonrisa, su juventud; pero no es de fiar. No quiero que tengas nada que ver con él, Katy. ¿Está claro?”

“No, no está claro. ¿Desde cuándo tienes derecho a decirme con quién debo relacionarme? ¿Y qué monstruosidad ha cometido Charisteas para que lo desprecies?”

“No puedo revelártelo” Admitió Diego.

“Sé cosas sobre él que hasta su madre ignora y ojalá nunca las conozca. En cierto modo me siento responsable porque yo la convencí de que lo enviara a Estados Unidos de Norteamérica para que estudiara y allí se unió a un grupo de jóvenes con demasiado dinero y poca atención de sus padres. Créeme, no debes tener nada que ver con él.”

Katherine temblaba, pero trató de ocultarlo. Después de todo, Diego no le ofrecía pruebas. Recordó la sonrisa titubeante de Charisteas; negó con la cabeza y contempló el paisaje.

“No confío en lo que me dices, Diego” Murmuró.

“Pero, aun si fuera cierto, no cambia nada. Me refiero a que, en el fondo, Charisteas tiene razón. Sólo quieres pasar un buen rato. Y no me gusta que Loriana se pase toda la noche llorando porque te vio conmigo.”

“¿Qué hizo Loriana?” Gritó Diego, incrédulo.

“Se pasó toda la noche llorando” Titubeó.

“Bueno, eso fue lo que Charisteas me dijo.”

“Loriana se quedó en el bar de la recepción hasta después de la media noche.”

“Parecía contenta, bebiendo y divirtiéndose con sus amigos. Abre los ojos, Katy, y te darás cuenta de que Loriana no me ama más de lo que yo a ella.”

“Quizás sea cierto” Se encogió de hombros, cansada.

“Pero estás comprometido con ella. Y, mientras ese pacto se mantenga en pie no me parece correcto que me relacione contigo, excepto por negocios. Tan simple como eso.”

“La vida nunca es simple” La corrigió, de manera salvaje

“Ojalá lo fuera.”

“Pero, complicada o no estoy enamorado de ti. Y serás mía. La cogió del brazo con fuerza. Una ola de emoción la bañó y apenas pudo respirar.”

“Me haces daño” Musitó y Diego la soltó al instante.

“Nunca lo haré” Le prometió, apasionado.

“Pero dime, ¿si no fuera por Loriana, te dejarías llevar por tus sentimientos? ¿Te enamorarías de mí? “

Sus ojos buscaban una respuesta, exigiendo la verdad. Por un instante ella evadió su mirada, con el corazón enloquecido. Luego, Diego levantó la barbilla de ella y Katherine lo contempló con seriedad.

“Sabes que sí, Diego” Murmuró.

La apretó contra él y ella sintió la tela de la chaqueta pegada a su mejilla.

“Es todo lo que necesitaba saber” Afirmó, exaltado.

“Vamos, Katy, vamos a Thessaloniki.”

“¿Y ahora, dónde quieres ir?”
Preguntó Diego después de comer y de ver el Museo de Arte Popular.

“Me gustaría comprar un rollo para mi cámara”
Respondió Katherine

¿Puedes llevarme a una tienda barata, de material fotográfico?

“Creo que sí” Reflexionó Diego. Con una condición.

“¿Cuál?” Indagó, curiosa.

“Que me dejes comprarte ropa nueva.”

“¡Ay, Diego, no!” Objetó Katherine

“No sería correcto.”

“¿Por qué no? Después de todo, te estropeaste la ropa ayudando a Deniel, uno de mis empleados, y me siento responsable. Además, necesitarás un vestido de noche para la inauguración del hotel dentro de dos semanas. Y no puedo permitir que mi fotógrafa oficial se presente con un pantalón vaquero y una sudadera, ¿verdad?”

Katherine lo observó con suspicacia.

“Creo que me has acorralado” Dijo.

“Vamos, ríndete” La alentó Diego.

“Me encantaría comprarte un traje elegantísimo.”

“Sólo si lo descuentas de mi salario” Concedió al fin.

Dos horas después con muchos paquetes, se sentaron cerca del muelle para tomar un café.

“¿Te lo has pasado bien?” Interrogó Diego.

“Maravillosamente” Aceptó.

“Y me encanta el vestido, pero tendré que trabajar durante los próximos cien años para pagártelo.”

“Me gusta la idea de tenerte cerca a lo largo de un siglo”

Comentó, mientras los ojos se le iluminaban En especial si tienes que obedecerme durante todo ese tiempo. “Ahora, voy a leer un poco el periódico, ¿te importa?”

Katherine dijo que no y durante unos minutos permanecieron en amistoso silencio, él leyendo y ella contemplando a los transeúntes. De pronto Diego lanzó una exclamación.

“¿Qué pasa?” Preguntó Katherine.
.
¡Mmm! Oh, lo siento. Uno de mis socios. Vander Falco, ha sufrido un ataque cardíaco.

“¡Qué pena!” Exclamó Katherine, viendo el gesto de preocupación de Diego

“¿Es un amigo muy íntimo?”

“No” Repuso Diego, despacio.

“Pero me pareció muy sano la última vez que lo vi. En fin, espero que se recupere pronto… ¿Quieres comer algo?”

Pidieron pastelillos y, al mirarlo, Katherine se sintió feliz por estar a su lado. Él le devolvió la mirada, tierno, divertido, alentándola y musitó:

“Lo arreglaremos de alguna manera. Ahora iremos a ver a Deniel. Y después de visitar a mi abogado, regresaremos a casa.”

En el hospital encontraron al herido adormilado, con el brazo vendado y a su hermana Corina cuidándolo.

“¡Saludos! Deniel me contó lo que hizo, señorita. Le salvó la vida. Todos se lo agradecemos

mucho, muchísimo. Mi madre, mi padre y yo. Venga a visitarnos a Ayios Dimitrios, le prepararemos un banquete, ¿sí?"

"Gracias, Corina" Sonrió Katherine.

"Me sentiré muy honrada de comer con ustedes."

Deniel se acomodó sobre las almohadas y también le ofreció unas palabras de agradecimiento, pero viendo que el esfuerzo lo agotaba, Katherine miró a Diego e inventó una excusa para despedirse.

Llegaron al hotel al caer la tarde.

"Quiero mostrarte algo"

Dijo Diego cuando se bajaron del automóvil

"¿Me acompañas?"

El aire olía a mejorana y el paisaje que se extendía ante sus ojos era hermoso, con los edificios del hotel contrastando contra el fondo azul del mar. Diego se quedó inmóvil durante largo tiempo contemplando el paisaje, y al fin, soltó un profundo suspiro. Sin volver la cabeza, tendió una mano para tomar la de la joven. Le apretó los dedos con tanta fuerza que la lastimó y, adivinando la tensión que lo estrujaba, Katherine se le acercó y apoyó su mejilla contra el brazo de Diego.

"¿Qué te pasa?"

Murmuró la chica.

"Oh, Katy, Katy" Exhaló.

"¿De qué manera puedo comunicarte lo que siento? Cuando era un niño pobre, solía subir a este sitio y hacerme una promesa. Cerraba los ojos y pedía, con tanta fuerza como si luchara por mi propia vida, que mis sueños se realizaran. Y me prometí a mí mismo que un día nadie del pueblo tendría hambre, que todos podrían comprar zapatos con su trabajo, ir a la escuela, vivir bajo un techo. Eso soñaba."

Su voz estaba tan llena de dolor que Katherine lo contempló confusa.

"Lo has logrado" Le recordó.

"Deberías estar orgulloso de ti mismo, Diego. Dentro de dos semanas inaugurarás el hotel…"

"Sí" Suspiró.

“Pero quizá sólo merece la pena soñar si tienes a alguien con quien compartir tus fantasías y locuras ¿no lo crees?” Musitó cansado.

“¿Sabes, Katy?, durante varios años estuve muy satisfecho de mí mismo. Mi cuenta del banco crecía y yo poseía más propiedades, trabajaba más y más horas y escogía entre las mujeres más bellas del mundo. Desde luego, me prometí que algún día disminuiría mi ritmo de actividades, me casaría y gozaría de la fortuna que había amasado. Pero no me di cuenta de lo vacía y solitaria que se había vuelto a mi vida hasta que un terremoto me sacudió.”

“¿Un terremoto?” Sintió Katherine.

“Sí” Las facciones de Diego se suavizaron con una sonrisa.

“Ocurrió hace unos días y todavía me afecta. Oh, no me molestó el temblor de la superficie de la tierra; ese fue un detalle sin importancia. Me inquietó el despertar de mi corazón, al conocer a una chica americana de enormes ojos asustados y rostro lloroso. Una muchacha que ha trastornado mis ideas y la buena opinión que tenía sobre mí mismo.”

“¿A qué te… te refieres?” Susurró Katherine.

La presión dolorosa de sus dedos al fin cedió y luego le tocó un mechón.

“A que he soñado con ideales equivocados” Contestó, suave.

“Oh, el Hotel Atenea sería un sueño maravilloso si tuviera a alguien con quien compartirlo, pero no tan bello como los dos sueños que tú me mostraste ayer.”

“No entiendo” Suspiró Katherine.

“Te hablo de las fotos que me enseñaste” Le explicó.

“Las fotos de esos dos ancianos que se enfrentan a un camino lleno de obstáculos con una serenidad inconmovible porque están juntos, y a esa joven madre que sabe que el amor es más importante que el dinero. He vivido de sueños equivocados durante años, Katherine. Por eso no me asombra que me consideres egoísta y arrogante.”

“No lo hago” Protestó Katherine con fervor.

“Entonces, ¿qué sientes por mí?”

Katherine tragó saliva mientras una ola de emoción la sacudía. Pensó en Diego, reconfortándola después del terremoto, en la angustia que expresó al suponer que estaba herida, en el apasionado fervor de sus besos, en la excitación que le provocaba su cercanía. Entonces hizo algo que sorprendió a ambos.

Le enmarcó la cara con las manos, le inclinó la cabeza y lo besó con pasión en la boca.

“Te amo” Susurró en voz baja, conmovida.

“Aunque los dos comprendamos Que este amor no tiene esperanza.”

Huyó hacia el automóvil. Pero él la alcanzó y la tomó de la muñeca. Diego respiraba con dificultad, como si hubiera estado corriendo.

“Siempre hay esperanza” La contradijo con violencia.

“Si lo deseas con toda el alma, puedes obtener lo que se te antoje de este mundo. ¡Katy!”

Capítulo 5

Las siguientes dos semanas fueron difíciles para Katherine. En cuanto a su trabajo, jamás había estado tan contenta en su vida. Diego se mostró encantado con las fotos del yate, asegurando que eran demasiado buenas para el expediente de la compañía de seguros y ahora Katherine se dedicaba a los prospectos turísticos. Cada día salía, al amanecer, y pasaba horas ante el trípode, los filtros y el medidor de luz, tratando de capturar la belleza única de Ayios Dimitrios. Se había enamorado de ese lugar y sus fotos reflejaban sus emociones. Toma tras toma revelaba la magia lírica de los amaneceres teñidos de rosa, la grandeza de las colinas, la resistente y alegre vitalidad de las personas. Pero, si el trabajo le daba a Katherine más satisfacciones que nunca, sus sentimientos eran algo distinto por completo.

Después del viaje a Thessaloniki tomó la decisión de alejarse de Diego. Sin embargo, estaba convencida de que actuaba como una mariposa nocturna que intenta apartarse de la vela. Ya había volado demasiada cerca de la brillante llama, quemándose de modo doloroso. Así que no podía arriesgarse a otros encuentros. Por lo tanto, cada vez que Diego se acercaba a su habitación, ella estaba «a punto de tomar unas fotos» o «demasiado ocupada revelando la película como para charlar». Pero sus mentiras no engañaban a ninguno de los dos. Cuando se encontraban en grupo, Katherine no podía evitar que su mirada se posara sobre el rostro de Diego y en algunas ocasiones ella lo descubrió observándola con ardor. Por fortuna, tales oportunidades no abundaban. Diego estaba demasiado ocupado preparándose para la inauguración del hotel y Katherine trabajaba con dedicación, para sofocar el intolerable dolor que la invadía al recordar que pronto se iría de Aylos Dimitrios y que nunca más volvería. El día de la inauguración, Katherine se despertó porque alguien llamaba a su puerta.

“Hola” Saludó una voz vagamente familiar.

“Hola” Replicó Katherine, adormilada, se sentó y se frotó los párpados.

“¡Corina, eres tú! ¿Qué te trae por aquí?”

Corina, que trabajaba de camarera en el hotel, colocó una bandeja al lado de la cama de Katherine y sonrió.

“¡Buen día Katherine! Te traje un rico desayuno”

Anunció, con orgullo

“¿Espero te guste? Los hice porque salvaste a mi hermano.”

“¡Ay, Corina, ¡qué amable!” Exclamó Katherine.

“Este delicioso todo.”

Corina observó con aprobación que Katherine saboreaba los panecillos con dos tazas de café. Después, sacó una caja envuelta en papel de regalo.

“Esto también es para ti amiga mía”

Agregó. Katherine desenvolvió el regalo.

“¡Pero, Corina! Son cortinas de encaje. Habrás tardado meses en hacerlas.”

“Las hice para mi uso” Explicó.

“Pero ahora son para ti. Para que las uses.”

Katherine se sintió tentada a rechazarlas, a decir que no podía aceptar un regalo tan hermoso y tan caro. Pero se dio cuenta de que ofendería a la muchacha. Precisamente, por ser algo valioso y bello se lo ofrecía.

“Gracias, Corina” Dijo con sinceridad.

“Las atesoraré siempre”
Las dos se contemplaron con respeto y luego Corina volvió a sonreír.

“Ahora debo trabajar” Afirmó y se fue.

Katherine contempló las cortinas durante un par de minutos y después saltó de la cama. Corina limpiaba el baño. Pensativa, buscó en su maleta y la llamó.

“Corina” Titubeó.

“A mí también me gustaría regalarte algo. ¿Aceptarías esto? Corina miró lo que Katherine le tendía, una cinta de Bryan Adams.”

“Claro que sí” Musitó.

“Muy bonito”.

Lo coloco en una reproductora, ejecutó un baile enérgico y las dos rieron. Corina señaló el vestido de noche que colgaba en el baño.

“Es lindo” Declaró, admirándolo

“Muy bonito. ¿Lo usará esta noche? ¿Con
¿Esto?”

Señaló un frasco de perfume que el hotel ofrecía a sus clientes. Katherine negó con la cabeza.

“No puedo” Dijo

“Soy alérgica. Corina asintió comprendiendo a lo que se refería.”

“Mira” Añadió Katherine de repente.

“¿Por qué no te lo llevas, Corina? el talco perfumado también. Yo no puedo usarlos.”

Envolvió los frascos y los puso en manos de la chica.

“¿Estás Segura?” Preguntó

¿Está bien?

Corina Aceptó

“Los usaré en la fiesta. Será muy grande la fiesta en Ayios Dimitrios hoy. ¿Vas al baile del hotel, señorita?”

“No me lo perdería por nada del mundo” Expresó Katherine.

El pueblo celebraba la inauguración a su manera, con cordero asado al aire libre, música electrónica y bailes tradicionales. Los aviones cargados de huéspedes habían llegado desde la mañana, de manera que, por primera vez, los restaurantes, las piscinas y los vestíbulos estaban repletos de personas que reían y charlaban en voz alta.

Poco antes de las siete de la noche, Katherine se puso su vestido, se colgó la cámara al hombro y se dirigió al salón de gala del hotel.

“Saludos. Katherine”

Frida Monserrate, la secretaria del administrador, que brillaba con su vestido de lentejuelas. Katherine vio que llevaba la identificación del hotel en el hombro derecho.

“Saludos” Respondió.

Katherine le pregunto “¿me puedes indicar dónde debo permanecer? Diego dijo algo acerca de que el fotógrafo oficial de la fiesta, pero no me Indicó qué fotos debía tomar o a dónde ir. Ni siquiera sé si debo cenar con los invitados o no.”

“Estabas en la lista general” Replicó.

“Aunque no en la mesa de honor, desde luego. Espera un momento, Katherine.”

Rebuscó entre unos papeles.

“Te puse en la mesa de la prensa” Replicó.

“Con el resto de los periodistas y fotógrafos. El señor Diego contrató a dos fotógrafos, así que haz lo que quieras. Sólo una palabra de advertencia, Katherine: si alguno de los reporteros trata de sacarte algún comentario sobre la vida privada de nuestro jefe no caigas en la trampa.”

“Nada lo enfurece más que leer comentarios sobre sus intimidades en los periódicos sensacionalistas.”

“Gracias, Frida” Afirmó Katherine.

“Lo recordaré.”

“Bueno, voy a trabajar” Sonrió la empleada.

“Creo que acaba de llegar el alcalde Almeida.”

Diviértete, Katherine observó a la otra mujer abrirse paso entre el gentío que llenaba el vestíbulo y de repente el corazón dejó de latirle. Diego estaba con un grupo de hombres y mujeres muy elegantes. «Te amo», pensó con pasión y adivinó que él había percibido su silenciosa confesión. Después, casi con desprecio, Diego desvió la mirada que le dirigía a Katherine y la posó sobre la encantadora Loriana, que iba colgada de su brazo. Katherine se sintió tan herida que apenas pudo respirar. ¿Así era como Diego quería que pasara el resto de su vida?, se preguntó indignada. ¿Contemplándolo desde lejos, mientras él se vanagloriaba ante la prensa con su esposa? Pues ¡al diablo con su egoísmo! A medida que transcurría la velada, el nerviosismo de Katherine aumentó. Los camareros del hotel estaban decididos a desplegar su arte, así que enviaron exquisitos aperitivos a las mesas. Pero Katherine apenas probó la comida. Se encontraba demasiado ocupada observando a Diego y a Loriana.

Para su intranquilidad, parecían muy contentos juntos. Cada vez que una cámara los enfocaba, Diego posaba una mano acariciadora sobre el brazo de Loriana o inclinaba la cabeza para escucharla con atención. Y, cuando la orquesta empezó a tocar, Diego condujo a su novia a la pista de baile. Al terminar la pieza, pidió a uno de los camareros que le sirviera champán.

“¡Damas y caballeros!” Anunció con su voz profunda y resonante.

“Todos ustedes saben que la inauguración del Hotel Atenea es para mí como un sueño hecho realidad. No quiero echarles a perder la fiesta, pero antes de que sigamos divirtiéndonos, me gustaría brindar por Con Trina Moreno, que me ayudaron a realizar este sueño. Por desgracia, ninguno de los dos nos acompaña en cuerpo, pero estoy seguro de que están con nosotros en espíritu. ¡A su memoria!”

Los invitados alzaron sus copas, obedientes. Pero allí no acabó el asunto. Diego llamó a otro camarero que revoloteaba por ahí.

Y, como no puedo darle las gracias a Menen, le entregaré a su hija un regalo, para demostrar que reconozco la inmensa deuda que tengo con la familia Trina.

El camarero se acercó y le entregó un estuche de terciopelo que al abrir mostró un collar de diamantes. Hubo una exclamación admirativa común cuando Diego sacó la cascada de brillantes gemas y la colocó alrededor del cuello de Loriana. Luego la besó con suavidad en la mejilla.

Katherine sintió como si la hubieran tirado por un acantilado, mientras los reporteros abandonaban la mesa para tomar fotos del gran acontecimiento. Con ese gesto Diego se había comprometido públicamente con Loriana. « ¡Idiota!», pensó con amargura.« ¿Creíste que te amaba?».

“¡Eh! ¿Te sientes bien?” Preguntó alguien a sus espaldas.

“Estás pálida.”

“Oh, Charisteas. No, estoy bien” Exclamo con desesperación.

“Sólo me duele un poco la cabeza. Creo que regresaré a mi habitación ahora.”

Charisteas la detuvo, tomándola del brazo.

“No lo hagas” La urgió en voz baja.

“Todo el mundo se daría cuenta.”

De alguna manera, aunque su corazón estaba a punto de estallar, Katherine dejó que Charisteas la condujera a la pista del baile y ambos siguieron el ritmo de la música. Vio que Loriana y Diego pasaban a su lado y que él la miraba con algo semejante a los celos, pero ese gesto se ablandó con una sonrisa cuando Loriana lo observó. Apenas terminó la pieza, Charisteas la condujo a la mesa y se disculpó por un momento. Katherine trató de escapar detrás de una cortina de palmeras y se topó con Diego.

“Creí que te había advertido que no te acercaras a Charisteas siseó Diego, echando un vistazo a la mesa de la prensa, a unos metros de ahí.”

“¿Y a ti qué puede importarte?”

Replicó Katherine, entre dientes. Uno de los fotógrafos los estudió interesado y se puso de pie.

“Perdónenme” Dijo, con aire de un sabueso olisqueando su presa.

“Pero, ¿no los vi juntos bebiendo café en la plaza Aristóteles hace dos semanas?”

Katherine no contestó, pero retó a Diego con la mirada.

“Quizás” Aceptó él con voz aburrida.

“Con frecuencia me reúno con mis empleados para discutir asuntos de trabajo. La señorita Andrea saca las fotos publicitarias, aunque, desde luego, se irá un día de estos. Oh, discúlpeme, por favor. Loriana parece perdida sin mí.”

“¿Así que no hay nada entre ustedes?” Insistió el periodista, desilusionado.

“No, absolutamente nada.”

Le aclaró Katherine, con asPéreza. Y se fue para reunirse con Charisteas.

“Traté de advertírtelo” Dice Charisteas, observando al fotógrafo.

Diego sólo juega contigo, pero no querrás que estos malditos reporteros saquen conclusiones erróneas, ¿eh? Actúa como si estuvieras interesada en mí y quizá logremos despistarlos. ¿De acuerdo? Los ojos de Katherine se anegaron de lágrimas, pero no pudo negar que Charisteas tenía razón.

“De acuerdo” Recalco, a duras penas.

A medida que pasaba el tiempo, las atenciones de Charisteas la tranquilizaron. Sentía una rabia tremenda por la traición de Diego, pero la invadía una cierta satisfacción al molestar al hombre que la había herido con crueldad. Cuando Charisteas la tomaba en sus brazos para bailar, la mirada de Diego la quemaba igual que un rayo láser. Después, su compañero sugirió que salieran a la terraza a contemplar la luna sobre el mar y ella aceptó.

El paisaje le pareció maravilloso. Recordó una noche similar, hacía tres semanas, en Ayia Sofía. Las mejillas le ardieron con ese recuerdo y, cuando Charisteas no hizo el menor intento por besarla, no supo si ponerse contenta o triste. Deseaba vengarse de Diego, aunque aceptaba la terrible verdad de que ansiaba refugiarse en los brazos de un sólo hombre. Y ese hombre no era el que estaba a su lado. Apretó los puños contra la balaustrada con tanta fuerza que le dolieron.

“No te lo tomes tan a pecho” Le aconsejó su compañero.

“Mañana te buscará.”

“De todos modos, no esperarías que presentara a su amante en público, ¿verdad?”

“¡No soy su amante!” Protestó, indignada.

“¿No? Vaya lo siento; pensé… Oh, bueno… entonces no ha pasado nada. Si no eres su amante, no te lastimará, ¿eh?”

“No” Recalco Katherine con voz ahogada.

Pero sabía que mentía. Estaba tan herida que no soportaría un minuto más esa situación.

“Me iré tan pronto como termine mi trabajo” Continuó, vacía. Charisteas le apretó la mano.

“Quizá sea lo mejor” Reflexionó, sobrio.

Para ti, para Loriana, para todos. No sufras tanto, Katherine. Diego lo considera una aventura pasajera y no merece la pena que a ti te rompa el corazón.

“Supongo que tienes razón” Suspiró.

“Pero, ¿por qué eres tan amable conmigo, Charisteas? Eres el hermano de Loriana y deberías odiarme.”

“¡Claro que no!” Exclamó, avergonzado.

“Creo que eres una chica encantadora, Katherine, y me gustaría que me consideraras tu amigo. Mira, te propongo algo: ¿Por qué no damos un paseo por los alrededores, mañana? Nada especial, sólo un paseo en bicicleta y un almuerzo en el campo.”

Katherine lo pensó por un momento, pero después de todo, ¿qué otra alternativa tenía? ¿Quedarse en la habitación y llorar por un amor imposible?

“Está bien”. Aceptó, indiferente.

Al día siguiente, casi eran las seis de la tarde cuando Katherine regresó con Charisteas a su habitación y enseguida supo que algo andaba mal. La puerta estaba abierta de par en par y había alguien dentro.

“¡Diego!” Exclamó, confusa.

“¿Qué haces aquí?”

“Pronto te enterarás” Replicó.

“Ten la amabilidad de entrar y cerrar la puerta. Debo decirte algo y deseo que sea en privado.”

“Miró a Charisteas, que la seguía, con una sonrisa en los labios.”

“Me quedaré si me lo pides, Katherine” Le ofreció.

“Te irás en este instante” Le advirtió Diego, poniéndose de pie.

“Hablaré contigo más tarde, Charisteas, y te prometo que no te fascinará la experiencia. Ahora desaparece antes de que te obligue a hacerlo.”

Con un leve encogimiento de hombros y un guiño de ojos a Katherine, el chico se volvió y se alejó. Ya a solas con Diego, la chica descubrió que su pulso latía frenético.

“¡Siéntate!” Gruñó.

“¿Por qué?” Le lanzó Katherine.

“A mí nadie me da órdenes.”

¿Ah, ¿no?

Siseó Diego, luego la levantó en brazos y la sentó en una silla. El corazón de Katherine latía desbocado y no pudo suprimir una punzada de excitación por la cercanía de ese hombre.

“¡Me haces daño!” Susurró, sin aliento. Él la soltó.

“Lo siento. Tenemos que hablar…”

Tomó aliento, como un hombre que acaba de surgir a la superficie del agua y pone a prueba su resistencia.

“¿De qué?” Inquirió Katherine, cautelosa.

Diego señaló la puerta por donde Charisteas había salido.

“De ese bueno para nada que se ha introducido en tu vida poco a poco, igual que un gusano” Respondió.

Caminó por la habitación y de repente golpeó la mesa con la mano.

“¿Te besó?” Indagó furioso.

“¿Te acarició?”

“¡No!” Gritó Katherine.

“Aunque eso a ti no te importa”. Diego sonrió apenas y se relajó un poco.

“No, supongo que no” Murmuró para sí.

“¿A dónde te llevó?”

“A las colinas” Contestó, precavida”

“Y luego a tomar un café en el pueblo.”

“¿Por qué?”

“¡Café!”

Repitió Diego, indignado

“¿Dónde tomaron el café?”

“En la cafetería, desde luego” Repuso Katherine, desconcertada. Diego gimió.

“Oye, ¿te molestaría decirme a qué viene este interrogatorio?” Preguntó acalorada.

“¿No sabes nada de nuestras costumbres, Katy? El caferock es para hombres, no para mujeres. Charisteas lo sabe, aunque tú no. Sólo una mujer que desee hacer notar su disponibilidad a cada hombre del pueblo, se metería en semejante sitio.”

Katherine no se amilanó.

“¿Y cómo iba a saberlo?” Indagó, beligerante.

“De cualquier modo, no creo que Charisteas lo haya hecho a propósito. Ha vivido en Norteamérica durante años y quizá olvidó las ideas primitivas de esta gente.”

“¡No olvidó nada!” Rugió Diego.

“Lo hizo para arruinar tu reputación, Katy. Te lo advertí: no permitiré que salgas con Charisteas.”

“¿Ah, ¿no? Exclamó la chica, poniéndose de pie.

“¿Y cómo lo impedirás? Por si acaso no lo has notado, tengo veintiséis años y salgo con quien me da la gana.”

“Ah, no, claro que no” Replicó Diego con una risa seca.

“Si pretendes oponer tu voluntad a la mía, hazlo, Katy. Pero ya lo sabes: perderás.”

“¡Cerdo arrogante!” Gritó.

“¿Qué derecho tienes a decirme con quién puedo, o no, salir? No es tu problema.”

“Sí, lo es” Afirmó Diego, ronco, y la tomó por la muñeca para oprimir a la chica contra sí.

Katherine sintió que se desmayaría por la nostalgia, por la urgencia de que esos brazos imperiosos la rodearan, pero luchó con energía.

“¿Te molestaría decirme por qué?” Exigió.

La única respuesta de Diego fue apretarla todavía más y someterla a un largo y violento beso. Su boca, tibia y apasionada la acariciaba, al mismo tiempo que sus manos la recorrían.

“Porque eres mi mujer” Respondió, ronco.

Y, con tanta rapidez como la abrazó, la soltó. Katherine suspiró temblorosa y lo miró con los ojos cubiertos de lágrimas.

“Esto es ridículo, Diego. ¿Cómo puedes decir eso cuando anoche me ignoraste mientras tratabas a Loriana como si fuera la única mujer sobre la tierra?”

“¿Por esa razón te pusiste a bailar con Charisteas en la fiesta?” Inquirió con brutalidad.

¿Por eso saliste con él, sin que nadie te acompañara? Katherine apretó los labios, tratando de que no le temblaran.

“¿Y por qué no iba a hacerlo?” Repuso.

“Anoche me demostraste que no querías tener nada que ver conmigo. Quizá reaccioné de forma equivocada, Diego, pero no me consideres estúpida. Comprendo que has jugado conmigo y que te avergüenzas de mí ante la gente. Cuando te vi ponerle ese collar a Loriana, me di cuenta de que no me amas… Y de que sólo me has estado utilizando.”

“¡No seas ridícula! Regalarle ese collar a Loriana formaba parte de la ceremonia que planeamos hace meses, antes de que te conociera. En cuanto a que ame a Loriana, bueno… tú misma presenciaste desde el primer día lo poco que gozamos con nuestra mutua compañía. Y si te preocupa que Loriana llore porque estoy contigo en este momento, ahórrate tu pena. Se ha ido a Monte Cario con sus amigos de fiesta como siempre lo hace.”

Katherine sintió que le quitaban un peso de encima al oír esa noticia, pero no cedió.

“Quizás sea cierto” Aceptó, suspicaz

“Pero eso no justifica la manera en que me ignoraste. Nunca me sentí tan humillada en mi vida

como anoche, cuando me rechazaste ante todos.”

“¿Humillada?” Repitió Diego, incrédulo.

“¿Te sentiste humillada?”

“¡Sí!” Gritó Katherine.

“No podía creer que tú te comportaras así delante de un reportero. Esta es Katherine Andrea, una de mis dóciles esclavas, a quien saco a comer porque soy muy generoso. Pero cualquier día Katherine montará en una bicicleta y se irá, ¿Verdad? Sí, me iré Diego. Pero no te preocupes. Estoy segura de que pronto encontrarás otra que te obedecerá en todo. ¡Una que sea más ingenua que yo!”

“¡Tontita!”

Susurró Diego con ternura, al volver a abrazarla antes de que ella se soltara llorando.

Ella trató de apartarse, pero Diego le acarició el cabello con dulzura, apretándola contra su pecho.

“¡Te odio!”

Confesó Katherine con voz apagada, pero sólo hizo que él le levantara la barbilla con un dedo para contemplar su rostro cubierto de lágrimas.

“¿En serio? ¡Pobrecito amor!” Sus labios se contrajeron con una sonrisa.

“¡No soy tu amor! ¡Y no te rías de mí!” Repitió Katherine enojada.

“¡Oh, Katy, Katy!”

Se quejó Diego, jugando con su cabello “Me acusas de que te humillé anoche; pero, ¿acaso pensaste en cuánto sufrirías si esos reporteros sospecharan lo que siento por ti?”

“¿A qué te refieres?”

Preguntó Katherine, sorprendida.

“Supón que hubiera dicho: «Amo a Katy Andrea más de lo que he amado a cualquier otra mujer y dudo que pueda casarme con Loriana»; ¿qué habría pasado?”

Katherine lo contempló como si estuviera en trance.

“Hoy mi nombre estaría publicado en todos los periódicos…” Contestó, despacio.

“Y quizá algo más desagradable” Agregó Diego

“¿Estás dispuesta a soportarlo, Katy?”

“¿Es cierto?” Inquirió la chica, azorada

“¿Es eso lo que sientes por mí, Diego?”

Diego asintió, con el rostro contorsionado.

“¡Qué Dios me ayude, Katy!” Suspiró.

“Sí, es cierto.”

Katherine se metió entre sus brazos, y él la oprimió con fuerza, después de un largo momento, se apartaron, reacios.

“Entonces, ¿qué hacemos?” Preguntó Katherine.

“Nunca pensé que rompería mi compromiso” Contestó casi para sí.

“No me parece un acto honorable, pero creo que es la única manera. Tan pronto como Loriana regrese de Monte Cario hablaré con ella.”

La mañana en que Loriana debía regresar de su viaje, Katherine despertó con dolor de estómago. Durante toda la semana había flotado entre la desesperación y la dicha, mientras una voz en su interior le decía que sólo era un truco para seducirla. En consecuencia, decidió que no permitiría que Diego la tocara y esa resolución resultó difícil para ambos, pues Katherine ansiaba que la espera terminara. Cuando llamaron a la puerta, el domingo por la tarde, Katherine se puso de pie de un salto y corrió a abrir. Diego le sonreía con ternura y el corazón de la joven se estremeció.

“¿Ya has hablado con Loriana?” Inquirió.

“Envié a un chofer a recibirla al aeropuerto” Replicó.

“Pero no la encontró, por lo que supongo que debió tomar el vuelo de la noche. No te desesperes, Katy. Estará de regreso en un día o dos y entonces resolveremos este problema. Mientras tanto, vengo a invitarte a comer.”

“No sé si debo salir a solas contigo, Diego. Quiero decir, hasta que tú y Loriana…”

“Esto no tiene nada que ver con ella” Afirmó, impaciente.

“Y, de cualquier modo, no estaremos solos. De hecho, sólo te transmito un mensaje de la familia de Deniel. Que le Han dado de alta y su madre insiste en que todos le demos la bienvenida.”

“Son muy amables en invitarme” Asentó Katherine, agradecida.

“Pero, ¿no crees que los moleste?”

“Los griegos rara vez invitan a un extraño a su hogar” Respondió.

“La casa es un lugar muy privado, donde sólo se reúnen la familia y los amigos íntimos. Sin embargo, quieren honrarte invitándote y los ofenderías si no aceptas.”

“Entonces iré, desde luego” Repuso Katherine.

“Llevaré mi cámara y tomaré fotos de recuerdo.”

“Les encantará” Le aseguró.

“Te recogeré a la una.”

Cuando Katherine y Diego llegaron al pueblo, un grupo de niños y de perros los escoltó hasta la casa. La familia los esperaba en el patio. Deniel, más bien pálido por su estancia en el hospital, saludó a Katherine con una sonrisa. La comida fue una muestra del cariño y el agradecimiento que esas personas sentían por Katherine, de manera que al despedirse, la chica se entristeció un poco. A sugerencia de Diego regresaron caminando al hotel.

“Sólo está a un kilómetro de distancia” Le explicó Diego.

·Y te mostraré unas vistas espectaculares del mar” Katherine lo siguió.

“Grecia es un paraíso de los fotógrafos” Comentó.

“Podría pasar aquí media docena de vidas y no me aburriría nunca.”

“Hablando de paraísos para fotógrafos, me tomé la libertad de enviar tus fotos a una agencia de Atenas publicidad. Era antes mi fotógrafo publicitario, pero ha progresado y ahora se gana el pan imprimiendo tarjetas postales para turistas. Y le gusta tu trabajo, estoy seguro de que te ayudará.”

“Muy amable de tu parte, Diego” Murmuró Katherine, con voz ahogada.

La conmovían sus esfuerzos por alentarla, pero seguía sintiendo la necesidad de alejarlo de su lado. Después de todo, era el prometido de Loriana, no el suyo.

“No me gustaría que tu talento no se desperdiciara” Comentó Diego, de manera informal.

“Ahora, veamos esta parte de la costa.”

Caminaron en silencio durante unos minutos y de repente él la detuvo.

“Allí” Le dijo, apuntando hacia el noroeste

“¿Ves esa bahía?”

“Sí”

Katherine se cubrió los ojos para protegerlos de la luz del ocaso.

Diego se le acercó un poco más y le puso las manos sobre los hombros. Katherine vio el deseo reflejado en sus pupilas y el modo en que respiraba, como si hubiera corrido hasta agotarse.

“¡No, Diego!”

Le pidió, sin aliento, retrocediendo

“Sabes que acordamos que no…” Pisó algo suave, y se escuchó un graznido de protesta

“¿Qué ha sido eso?” Preguntó azorada.

“¿Qué?”

“Ese ruido. ¿No lo has oído?”

Se arrodilló y miró detrás de una roca

“¡Oh, Diego, mira! Es una gaviota, ¿verdad?”

“Un gato o un perro del pueblo debieron morderla”

Comentó Diego, inclinándose para examinar el ave herida

“Pobre, no sobrevivirá con esa pata rota.”

“¿Qué haremos?” Indagó Katherine, con los ojos anegados de lágrimas.

“No podemos dejar que se muera. ¿Le vendamos la pata?”

“No la curaríamos. ¿No ves que también tiene el pecho desgarrado? Lo menos cruel sería abreviar su sufrimiento. Mira, Katy, sigue por aquel sendero. Toma algunas fotos y dentro de un momento me reuniré contigo, ¿de acuerdo?”

Los labios de Katherine temblaron, pero asintió. Apartó la vista y obedeció. A unos doscientos metros un brezo púrpura llamó su atención. En contraste con el brillante azul del Mediterráneo formaba una composición deslumbrante a la chica.

Sacó su cámara. Se acercó para captar el mejor ángulo, sin fijarse en lo que la rodeaba, apuntó la cámara y se dispuso a tomar la foto.

“¿Qué demonios crees que estás haciendo?” Preguntó una voz furiosa.

Katherine soltó una exclamación cuando le arrancaron la cámara de las manos y la arrojaron al suelo. Sus ojos descubrieron lo que sucedía. Una pareja medio desnuda estaba recostada entre los arbustos a unos cuantos metros de distancia.

“Lo… lo siento” Tartamudeó.

“No quería interrumpir. Sólo fotografiaba los brezos. Y no vi que… ¡Oh!”

De repente reconoció a la muchacha que se esforzaba por cubrirse con un bikini rojo. Era Loriana Mendez con uno de sus amantes. Desesperada, arrojó el pequeñísimo sostén y se enrolló en una toalla; luego, se puso de pie y se enfrentó a Katherine, furiosa:

“¿Cómo te atreves a espiarme?” Gritó, sin control.

“Haré que te despidan por esto.”

“No lo creo, Loriana” Asentó otra voz, dura.

Todos miraron hacia el sendero, desde donde Diego los contemplaba. Katherine vio que cerraba los ojos por un momento y se estremecía. Después Diego caminó hasta la pareja. Y los vio con desprecio y luego fijó la mirada en el rostro de su prometida.

“Me parece que esta farsa se ha prolongado demasiado tiempo” Opinó, cortante.

“Loriana, debo pedirte que consideres que nuestro compromiso ha terminado.”

Capítulo 6

Durante el terrible silencio que siguió a esa sentencia, Katherine escuchó el ruido de las olas al pie del acantilado. Luego, Loriana soltó un torrente de palabras en griego, se echó sobre Diego y le arañó la cara.

“¡Imbécil!” Exclamo.

“¿Cómo te atreves a humillarme de esta forma?”

Él asió sus muñecas y la mantuvo a distancia, observando con desprecio que la toalla empezaba a deslizarse por su cuerpo.

“Si ya has terminado de tomar el sol con tu amante, sugiero que te vistas.” Lanzándole una mirada venenosa, Loriana se puso una sudadera.

“Sólo estábamos tomando el sol, recalcaron”

“Debes considerarme un estúpido si piensas que voy a creerlo” Comentó, observando al muchacho.

“Y aunque eso fuera cierto, no quiero que mi futura esposa tome el sol, medio desnuda, con otro hombre. Pero prefiero que no mientas. Sé de las aventuras de Loriana con sus amantes desde hace mucho tiempo.”

“¿Y qué?” Preguntó Loriana, desafiándolo.

“Tú nunca estás conmigo. Siempre estás demasiado ocupado en tu oficina o tratando de impresionar a la gente. No te atrae divertirte, salir o algo. Por lo menos alguien me prestaba atención, lo cual es más de lo que puedo decir de ti.”

“Entonces, deberías sentirte encantada de que ya nada te obligue a casarte conmigo.” Loriana palideció.

“No me interpretes mal” Pidió.

“¿Qué importa? Yo nunca he interferido en tus placeres. Sé que duermes con esta pequeña zorra fotógrafa desde que llegó aquí, pero no he dicho nada. Y haré lo mismo después de que nos casemos.”

“No me estás escuchando, Loriana” Replicó Diego con dureza.

“No nos casaremos.” Pero Loriana lo tomó del brazo.

“¡No seas ridículo! Esta unión se decidió cuando yo era muy joven.”

“Lo sé” Aceptó Diego con amargura.

“Quizá por esa razón ha resultado un fracaso. Si hubiéramos elegido como adultos, no nos habríamos escogido el uno al otro. Me consideras serio, carente de humor, egoísta y a mí me pareces superficial y frívola. Comprende, Loriana, estaremos mejor separados.”

“¡No! ¡No puedes humillarme frente a todo el pueblo!”

“¿Qué tiene que ver el pueblo con esto?” Suspiró Diego, fastidiado.

“No les digas que yo rompí el compromiso, diles que fuiste tú. Diles que no quieres casarte con conmigo.”

Pero Loriana lo empujó, impaciente, aferrándose al brazo de Diego.

“No me interesa casarme con otro sino contigo” Afirmó

“Diego, escúchame. No me puedes descartar por una aventura intranscendente. Llevamos muchos años comprometidos… se trata de un matrimonio de conveniencia, de negocios.”

Diego la contempló con una expresión de lástima, más que de furia.

“Exacto” Aceptó.

“Y ya no me interesa una unión de negocios. Cuando me case, lo haré por amor, Loriana. Ahora, quítate de mi camino.”

Se sacudió y ella tuvo que soltarlo. Desconcertada, miró a su alrededor; de repente sus ojos se clavaron en Katherine.

“¡Tú… renacuajo! ¡Tú tienes la culpa de todo!” Gritó.

Y, echándose sobre Katherine, la empujó con violencia. Katherine soltó una exclamación, pero Diego la sostuvo, como un círculo de acero, ayudándola a conservar el equilibrio.

“¡Zorra!” Escupió Loriana.

“Lo contaré en los periódicos, arrastraré tu nombre por el lodo. Desearás no haberme conocido, patética pobretona.”

“¡Loriana!” La voz de Diego la golpeó igual que un látigo.

“Si ensucias el nombre de Katherine rogarás no haber nacido, Te lo prometió.”

“¿Entiendes?”

“¡Oh, claro que entiendo!” Siseó Loriana, con desprecio

“Ella es lo único que te mereces, patán. Nunca habrías sido nada si no te hubiera ayudado mi padre. Todo lo que tienes se lo debes a los Trina.”

“Al contrario, Loriana” La contradijo Diego, con los dientes apretados.

“Todo lo que tú tienes me lo debes a mí. Pero no estoy dispuesto a discutirlo contigo. Deseo que tú y tus amantes sean muy felices. Vámonos, Katy.”

Tomó a Katherine por el brazo y la guió por el sendero mientras los gritos de Loriana los perseguían.

“¡No te saldrás con la tuya!” Amenazó.

“¿Me oyes, Diego? Te arruinaré. Pagarás lo que me has hecho. ¡Los dos me la van a pagar!”

Katherine soltó un suspiro tembloroso.

“¿Estás bien?” Le preguntó Diego, contemplándola.

“Sí, estoy bien”

Repuso Katherine, poniéndose una mano sobre el pecho Sólo un poco desconcertada. “¡Ay, Diego, te ha arañado la cara! te tocó la mejilla y te atrapó los dedos, apresándolos.”

“Creo que viviré” Se rió.

“Y dudo que ese rasguño destruya mi belleza. Así que regresemos a mi casa. Tenemos mucho que discutir.”

Le besó las yemas de los dedos y tarareando una melodía griega, caminaron hacia el hotel.

“¿Estás seguro de que te sientes bien?” Insistió, preocupada.

“Más que bien” Contestó Diego Intoxicado de felicidad.

La casa se abría entre unos enormes jardines, cerca del mar. Una cascada de agua dulce caía a la piscina.

“Nunca has estado en mi casa, ¿verdad?”

Inquirió Diego, abriendo la puerta. Condujo a la chica al interior y por un momento ella guardó silencio, deslumbrada por la estatua de jade, las vasijas griegas antiguas y otras obras de arte antiguas.

“¡Oh, Diego, es hermosísima! “ Suspiró.

“Últimamente empecé a pensar que era similar a mi vida” Se encogió de hombros, pensativo

“Elegante, llena de posesiones costosas y totalmente vacía. Entonces te conocí.”

La miró con ansiedad y Katherine se refugió en sus brazos. Diego la apretó con tanta fuerza que ella se quejó, después le alzó la cara para besarla. Un beso largo, violento, que le derritió los huesos y que apenas le permitió seguir en pie cuando la soltó.

“¿Te casarás conmigo?”

“¿Qué?” Exclamó sorprendida.

Diego, ¿te has vuelto loco? Él rió con alegría.

“No” Respondió, contento.

“Al contrario. Acabo de recobrar el juicio dejando de preocuparme por cosas que no valen un comino, como el dinero, las propiedades y la tradición. No quiero nada de eso, Katy. Sólo te quiero a ti.”

“¿Estás seguro?” Inquirió, ronca.

“Más seguro de lo que he estado en toda mi vida” Afirmó.

“Ahora, ¿te casarás conmigo o no?” Ella no sabía si reír o llorar.

“Pero, Diego, tú eres rico y famoso” Se defendió.

“¡Y yo no soy nadie!”

“¡Apenas me conoces! ¿Cómo puedes querer casarte conmigo?”

“Katy le dijo con urgencia”

“La razón por la que he tenido éxito en la vida es porque siempre he sabido lo que quiero. Y te quiero a ti. Pero ya no te pediré que te cases conmigo. Te lo ordeno. Te casarás conmigo. ¿Entiendes?”

Sus ojos brillaron igual como si se preparara para iniciar una batalla. Katherine soltó una risita jadeante y luego le golpeó los hombros con los puños.

“Sí” Gimió.

Sí, Diego. Entiendo. La mirada de Diego se dulcificó al observarla con un deseo tan intenso que Katherine tembló de anticipación.

“¿No tienes ninguna objeción?” Preguntó.

La joven negó con la cabeza y, de repente, Diego la alzó en brazos y corrió escaleras arriba. “Diego, bájame. ¡Espera! ¿A dónde me llevas?”

Él se detuvo en el descansillo, quemándola con sus besos ardientes.

“Lo sabes muy bien” Repuso.

“Y no pretendas que no lo deseas también, Katy. Tu cuerpo te traiciona.”

Acarició las redondeces de sus senos. Katherine notó que un pezón se endurecía estirando la tela y la cara se le enrojeció de vergüenza. Un gemido escapó de sus labios.

“No luches contra eso, mi bien” La urgió Diego, exaltado.

“Necesito gozar de cada centímetro de tu hermoso cuerpo.”

Empujó una puerta y entraron en la habitación más lujosa que ella había visto en su vida. La colocó sobre una cama con dosel y entonces Katherine ya no se fijó en nada más que en él. Tenía los ojos oscuros, dilatados por la pasión, y su aliento mantenía un ritmo irregular. Con una mano tocó la aterciopelada suavidad de la mejilla de la chica y luego descendió despacio, recorriendo las curvas de su cuerpo. Katherine emitió un gemido de deleite y se estremeció bajo las caricias.

“Eres Hermosa,” Suspiró Diego.

“Y también mía. ¡Toda mía!”

Con violencia empezó a quitarse la camisa y el pantalón, tirando de los botones. Después se quedó parado frente a ella, desnudo por completo. Un temblor estremeció a Katherine al observarlo, hipnotizada. Su cuerpo, perfectamente proporcionado con delgados y poderosos músculos. Cuando se acercó a ella, Katherine sintió una ola de deseo.

“Tu turno” Susurró, besándole el cuello.

“Quiero tocar y acariciar cada parte de tu cuerpo, Katy. Quiero que te estremezcas y te quemes de deseo por mí, como yo por ti.”

La timidez la obligó a oponerse por un instante, cuando las manos de Diego le tocaron los senos. Pero él la aplastó con el peso de su cuerpo, manteniéndola inmóvil, mientras le desabrochaba la blusa. Llevó a cabo esa tarea con lujuria, deleitándose con el rubor que a la chica le cubría las mejillas. Pero pronto, la impaciencia lo dominó y abrió de un tirón los tres últimos ojales, exponiendo el cuerpo desnudo. Ella trató de ocultar el rostro contra su pecho, pero Diego no se lo permitió. Apenas controlando su fuerza, la hizo apoyarse contra las almohadas y la contempló, satisfecho.

“Quiero mirarte”

Gimió, suave

“Quiero que mis ojos beban tu cabello, tu piel cremosa, los capullos de tus pezones, tus redondas y firmes caderas…”

Mientras hablaba le quitó la ropa con habilidad, desabrochando el sostén, deslizando las mangas de la blusa por encima de los brazos y la falda sobre los muslos. Y, al desvestirla, posó una serie de besos sobre su piel. Katherine sintió que un camino de fuego surcaba su cuerpo, más

allá de todo control. Arqueó la espalda y jadeó, hundiendo los dedos en su cabello, mientras los labios de Diego se movían por la satinada superficie de sus muslos. Ella trató de alcanzar sus labios para besarlo, pero él la detuvo con un gesto imperioso.

“Después amor,” Le pidió, suave.

“Yo te enseñaré lo que me agrada, pero antes quiero complacerte. Quédate quieta y déjame saborearte.” Entonces Katherine se entregó al placer, retorciéndose y gimiendo de deleite, cuando la boca de Diego y sus manos descubrieron sus puntos más sensibles y le produjeron un gozo cercano al tormento. Su excitación aumentaba hasta volverse insoportable y la chica se movió, protestando, contra él, lanzando quejas apasionadas. Sólo cuando jadeaba y temblaba bajo sus caricias, Diego le permitió tomar parte activa en la relación amorosa.

“¿Estás lista, mi vida?” Susurró.

Con los ojos cerrados y los labios tensos, ansiosos; ella asintió, tratando a ciegas de tocarle la cara y pasar las manos por sus hombros. Parpadeó y vio que el deseo se dibujaba en el rostro de su amante. Entonces con una risita se hincó a su lado y se puso a trabajar para proporcionarle el mismo delicioso tormento que ella había experimentado. Titubeando al principio y después con una osadía que crecía a pasos agigantados, le besó el pecho, al mismo tiempo que su mano formaba círculos en su piel.

“Te amo, Katy” Le confesó.

“Y quiero que seas mi esposa.”

Escondiendo su rostro en la fragancia del cabello de la chica, se dejó caer sobre ella. Katherine soltó una exclamación quejumbrosa, pero él sofocó su protesta con un beso que la hizo estremecerse de ansiedad. El fuego parecía saltar en sus venas, mientras la boca de Diego la doblegaba y ella se hundía en las almohadas, invitándolo en silencio a poseerla. Cuando llegó el momento, Katherine se quedó callada, invadida por una primitiva y profunda emoción que la sacudía como una enorme ola. Apenas consciente del peso, la fuerza y la tibieza del cuerpo que la cubría; de los murmullos que se le escapaban, de la poderosa fuerza rítmica que creaban, se acopló a Diego. Pero todo sentido de su propia identidad se perdió al asir fuertemente a su compañero con el arrojo de la pasión, hasta alcanzar el éxtasis final.

Diego hundió los dedos entre el cabello de Katherine, gritó su nombre y luego el universo explotó, rodeando a la chica de oscuridad de un calor latente y de una satisfacción completa. Despacio, regreso a la tierra, para recobrar su propio cuerpo, exhausto, entre los brazos de Diego. Estiró una mano y le rodeó el cuello. Él le tomó la mano y ambos permanecieron en silencio durante un momento, compartiendo esa plenitud que sólo da la pasión lograda. Después, con un murmullo ronco, Diego levantó la cabeza y miró a la joven.

“¿Alguna vez te he dicho que te amo?” Preguntó, tierno.

“Aja, pero puedes repetirlo”

Respondió Katherine, acurrucándose contra él. Él besó cada uno de sus dedos.

“Te amo, Katy” Susurró. Ella rió y se apoyó en su hombro.

“Oh, Diego” Suspiró.

“Jamás imaginé que pudiera existir algo tan maravilloso como esto. ¿Sabes que eres perfecto? ¡Absolutamente perfecto!”

“Sí, ya lo sé” Dijo con una risita.

“Pero me agrada oírtelo decir.”

“¡Vanidoso!” Gritó Katherine, agarrando una almohada.

“¿Cómo te atreves a burlarte de mí?”

Alzó la almohada y le golpeó la cabeza, pero al levantar los brazos para un segundo asalto, Diego cogió la almohada y la lanzó al otro lado de la habitación. Le atrapó las muñecas y la contempló con admiración.

“¿Sabes?, me encantan tus senos.”

Un calor suave se extendió por las mejillas de Katherine.

“Basta, Diego”

Protestó, retorciéndose un poquito e inclinando la cabeza. Él se rió, con una carcajada que vibraba de vitalidad y alegría.

“Acostúmbrate a que mire tu cuerpo”
Bromeó

“Lo haré muchas veces en el futuro… y no sólo mirarlo.”

Con delicadeza, le puso los brazos al lado del cuerpo, se inclinó hacia adelante y le rozó los pezones con los labios. Un temblor recorrió a Katherine y escuchó que Diego gemía. Él se puso de pie y cogió su bata, que estaba sobre una silla.

“Según mis cálculos, hace dos minutos que terminamos de amarnos y ya me inspiras pensamientos innombrables. Quizá sería aconsejable que hiciéramos una pausa para refrescarnos. ¿Quieres tomar algo?”

“Sí, por favor”

Aceptó Katherine, recostándose de nuevo sobre las almohadas y cubriéndose con la colcha.

Cuando Diego regresó, cinco minutos después, con la bandeja de bebidas, ella cerró los ojos, soñadora, y su cabello rubio formó un halo sobre la almohada. Diego se rió.

“Estás radiante” Murmuró.

“Como si acabaras de llegar al paraíso.”

“¡Y así me siento!” Replicó, estirándose con sensualidad.

“Pero supongo que debo regresar a la tierra. ¿Dónde está mi ropa?” se sentó y miró a su alrededor.

“Toma la bebida en la cama” Sugirió Diego.

“No, has traído galletas…” Objetó.

“Y odio que haya migajas en las sábanas.”

“Me vestiré.”

Sin una palabra, Diego le tendió la blusa con una mano y tres botones sueltos en la otra.

“¿Estás segura?” Preguntó Diego.

“tú… eres un salvaje” Se rió.

“Te compraré una nueva” Prometió.

“Mientras tanto, te ofrezco una de mis batas.”

La bata que sacó de un enorme guardarropa le llegaba a Katherine a los talones. Suspirando, dobló las mangas para poder utilizar las manos.

“¿Qué tal?” Preguntó, haciendo una pirueta.

“Horrible” Contestó Diego con franqueza”

“Lo siento, pero no tengo nada más femenino que ofrecerte.”

“Me agrada que así sea”

Replicó Katherine con energía

“No me gustaría descubrir que guardas una colección de camisones de seda para las mujeres que

hacen fila para meterse en tu cama.”

“Diego la despeinó y la besó en la frente.”

“De hoy en adelante sólo estarás tú, Katy”

“Te lo prometo amor mío”

“Ahora ven y bebe una rica bebida amor mío.”

Katherine se sirvió una bebida refrescante y miró a su amante con una sonrisa preocupada.

¿A qué crees que se refería Loriana cuando amenazó con arruinarnos? ¿Podría hacerlo?

“No creo que lo intente” Replicó con firmeza.

“Una vez que se calme, se dará cuenta de que romper nuestro compromiso es lo mejor que podía sucedemos a los dos. Nunca habríamos sido felices. Así que no te preocupes por esa tontería. Tú y yo tenemos cosas más agradables que discutir.”

“¿Cómo qué?” Lo urgió Katherine, sonriendo con timidez.

“Como los planes para nuestra boda” Sugirió.

“O un crucero en el Afrodita. O los quince niños que tendremos cuando regresemos de la luna de miel.”

“¡Cuánto te amo, Diego!” Se rió.

“Pero… ¿quince?”

“Bueno, dos o tres” Se corrigió.

“Una vez que te hayas establecido en tu profesión. Pero antes, la boda. ¿Cuándo quieres casarte?”

“¡Tan pronto como sea posible!”

Exclamó Katherine y mordisqueó una galleta.

“Lo mismo pienso” Repuso Diego con satisfacción.

“Hablaré con el padre Bosco. ¿Te importaría que no fuera una gran boda, Katy? Sólo una ceremonia en el pueblo, con tus padres y algunos amigos íntimos.”

“Lo que tú quieras” Murmuró Katherine.

“Perfecto” Exhaló Diego, suspirando de alivio.

“Y hay algo más: ¿te importaría no hablar de nuestro compromiso con nadie? Escríbele a tu familia, desde luego, pero guarda el secreto.”

“¿Te estás arrepintiendo?” Preguntó Katherine, inquieta.

“¡No, claro que no!” Afirmó Diego, impaciente.

“Pero sabes cuánto detesto a los periodistas, Katy Desde que inicié el negocio de los hoteles, me acosan y el rompimiento con Loriana será música para sus oídos. No te imaginas lo irritante que puede resultar y no quiero que te presionen. Tampoco deseo que nuestra boda se convierta en un circo. Así que creo que la discreción es nuestra mejor opción. ¿De acuerdo?”

“Supongo que tienes razón” Admitió Katherine”

“Sin embargo, me gustaría contárselo a mis amigos de las excavaciones.”

“Oh, bueno, no importa. Descríbeme las vacaciones que planeas.”

“Hace cinco años que no me tomo vacaciones” Comentó Diego.

“El Afrodita está anclado en el puerto. Ahora que ya pasó la inauguración del hotel, me parece que debo descansar. Mi equipo de trabajo administrará el centro turístico; así que, ¿por qué no navegamos por el Mediterráneo y nos damos la gran vida? Bucear, tomar el sol, pescar, hacer el amor, detenernos en las islas… ¿te atrae?”

“Muchísimo” Suspiró Katherine, nostálgica.

“Pero, ¿realmente crees que puedes ausentarte, Diego? Me refiero a que tu socio Vander Falconi sufrió un ataque cardíaco. ¿No deberías quedarte y resolver ese problema?”

“Lo sé” Admitió Diego, extendiendo las manos.

“Pero prefiero no pensar en ello. Si espero a que ese problema se resuelva, surgiría otra cosa. Siempre hay algo que requiere mi atención, Katy. Así que debo aprovechar esta oportunidad y ser feliz, para que no escape de mis manos. Durante años sólo he trabajado; ahora que te tengo a ti, quiero vivir un poco. ¿Tan mal te parece?”

Katherine observó sus ojeras y las líneas de tensión alrededor de su boca.

“No” Contestó, suave.

“Estás exhausto. ¿Por qué no te metes en la cama y descansas? Seguro que anoche no dormiste.”

“No mucho” Concedió.

“De acuerdo, Katy. Me acostaré con una condición.”

“¿Cuál?” Indagó.

“Que te acuestes conmigo” Insistió, despeinándola

“Diré que nos envíen la cena del hotel y mañana levaremos anclas. Katherine luchó contra el sueño unas horas después, cuando el sonido persistente de un timbre la despertó.”

“Mmm. ¿Qué pasa?”

Protestó con un gruñido. Diego le plantó un rápido beso en los cabellos.

“Nuestra cena” La tranquilizó.

“Espera un momento.”

Regresó con una bandeja repleta de deliciosos manjares. Comieron despacio, alimentándose con trocitos de mariscos y bebiendo vino. Después, Diego tocó unas bellas melodías en un piano que se encontraba en la habitación y al dejar de tocarlo, se abrazaron, empujados por un instinto más antiguo que las palabras. La última sensación consciente de Katherine, antes de sumirse en el sueño, fue un silencio maravillado. Nunca había sido tan feliz, como en ese momento.

Katherine despertó, horas más tarde, con el mismo sonido agudo del timbre.

Bostezando se sentó y se apartó el cabello de los ojos.

“¿Diego?” Llamó.

Pero el lecho estaba vacío y el timbre insistía, hasta que Katherine consultó el reloj, al lado de la cama.

“Supongo que nos traen el desayuno” Murmuró con resignación.

Se puso la enorme bata de Diego y bajó por las escaleras. Escuchó ruidos en el baño del primer piso. Al menos eso resolvía un misterio. Diego estaba duchándose. Arrebujándose en la bata, titubeó antes de entrar en la cocina y enfrentarse a uno de los empleados del hotel. Esa escena podía ser muy bochornosa, pero resultó serlo más de lo que imaginó en sus peores pesadillas, pues el hombre que la esperaba no era un empleado del hotel, sino un fotógrafo. Y, en el momento en que Katherine abrió la puerta, él entro de un salto, haciendo funcionar el flash de su cámara sin cesar. Katherine retrocedió con un grito de alarma y se apoyó en un mueble de la cocina para conservar el equilibrio.

“¿Es cierto que se ha vuelto la nueva amante de Diego?” Preguntó el fotógrafo.

“¿Rechazó a Loriana Mendez por usted? ¿Practicabas la prostitución en Atenas antes de venir a Ayios Dimitrios? Posa para mí, linda. Quiero sacarte muchas fotografías.”

Katherine se recobró un poco.

“¿Cómo se atreve?” Exclamó.

“Salga de aquí en este instante! ¡Váyase, por favor!”

Echándose sobre él, logró empujarlo hasta la puerta, pero con la facilidad que da la práctica, su adversario puso el pie para impedir que la cerrara y continuó tomando fotos.

“¡Guaaauu! ¡Qué nena tan sensacional! ¡Eres preciosa! ¿Es cierto que haces películas pornográficas?”

Con un rugido de rabia y desesperación, Katherine trató de deshacerse del intruso corriendo hacia la puerta interior de la cocina.

“¡Diego! ¡Diego!”

Chilló, aferrándose al picaporte.

Un momento después él irrumpía en la habitación, con una toalla enrollada en la cintura y el cabello empapado. Captó la escena de un vistazo. Su rostro se oscureció e hizo a Katherine a un lado para alzar al fotógrafo en vilo y lanzarlo a la calle por la puerta de la cocina. Un segundo más tarde, sacaba la película de la cámara y le arrojaba su equipo fotográfico con desprecio. Katherine entrevió al fotógrafo, tumbado sobre la grava, frotándose la mandíbula; luego, Diego cerró la puerta.

“¡Maldición! Los buitres empiezan a cercarnos. Tendremos que salir de aquí, Katy, pues temo que éste sea el primero de una larga lista.” Se acercó al teléfono y marcó un número, luego habló en griego. Colgó el teléfono con rabia.

“Correcto” Le informó.

“He dicho a los guardias de seguridad del hotel que acompañen a esa sabandija a la puerta, pero parece que hay otros por los alrededores. Quizás no nos vean si vamos con cuidado. Órnelos nos recogerá en el muelle privado, en la lancha deportiva. ¿Puedes estará lista en diez minutos?”

“Sí…” Tartamudeó Katherine.

“Pero sólo tengo la ropa con la que vine anoche.”

“Todo lo demás lo dejé en mi habitación. Excepto por la cámara.”

“No te preocupes” Replicó Diego.

“Ya arreglaremos eso cuando estemos a bordo del Afrodita.”

Diez minutos después caminaban hacia el muelle, pero a cada paso ella lanzaba miradas inquietas, esperando una emboscada de los fotógrafos. Sólo cuando subieron al yate su ansiedad empezó a disminuir. Con una sonrisa de comprensión, Diego la condujo al salón y le indicó un sofá.

“¿Te gustaría beber algo?” Preguntó.

“Un jugo de naranja, por favor” Le pidió. Diego le tendió un vaso largo, helado.

“¡Salud!” Murmuró.

“Vamos, sonríe. No dejarás que los buitres te derroten al primer encuentro, ¿verdad?”

“¡Oh, Diego, ese hombre se comportó de una manera horrible!” Exclamó.

“Dijo cosas espantosas que no eran ciertas. ¿Crees que esas mentiras aparecerán en los periódicos?”

“Si aparecen, no les prestaremos atención” Afirmó Diego, áspero.

“Le pediré a Órnelos que sólo use la radio para recibir los pronósticos del tiempo. Y, aparte de eso, estaremos incomunicados durante cinco o seis días. Iremos a una de las islas y nos olvidaremos del resto del mundo. ¿Aceptas?”

“Suena maravilloso” Exclamo Katherine, esperanzada.

Fue maravilloso. Anclaron al oeste de una isla solitaria y pasaron los días tomando el sol y buceando en las azules aguas del mar que los rodeaba. Por las noches charlaban en la cubierta y comían en el afrodita.

Katherine sacó una serie de fotos, tratando de capturar la belleza de las casas encaladas contra el paisaje. Y también de Diego. Hasta tomó una de los dos abrazados en el jacuzzi, desnudos, entre burbujas.

¿Qué harás con estas fotos?
Preguntó Diego, cuando Katherine puso la cámara en automático y se metió al agua con él.

“Las usaré para publicidad” Bromeó, enlazándole el cuello y sonriendo.

“¡Esta no!”

Se opuso Diego, acariciándole los pezones con los dedos. “Esta es para uso privado.”

“Mmm. ¡Oh, Diego, esto es un sueño! Desearía que nuestras vacaciones jamás terminaran.”

Pero terminaron, desde luego. Al quinto día amaneció lloviendo.

“¿Qué piensas?”

Preguntó Diego, subiéndose al cuello el impermeable

“Estoy preocupada” Confirmó Katherine, melancólica.

“De que los periodistas e Loriana me saque los ojos.”

“No te preocupes” Dijo Diego, besándole el cabello húmedo

“Las cosas mejorarán.”

Pero se equivocó. Apenas atracaron en Ayios Dimitrios alguien los esperaba en el muelle, protegiéndose con un paraguas. A Katherine se le detuvo el corazón al reconocer a Frida Monserra. ¿Qué era tan urgente como para que la administradora los esperara en medio de un aguacero? Antes de que Órnelos terminara de amarrar la lancha, le tendió a su jefe un diario doblado, con grandes titulares en la primera página.

“¿Qué dice?” Indagó Katherine.

El rostro de Diego se convirtió en una máscara de piedra. Leyó el periódico, incrédulo, y después lo rompió en pedazos, con violencia, antes de echarlo a la basura. Katherine lo tomó del brazo y lo sacudió.

“¿Qué dice?” Insistió.

Él la contempló como si estuviera en trance. Se pasó la mano por los párpados y se limpió la lluvia que opacaba su visión.

“Dice: « Diego se enfrenta a la ruina».”

Capítulo 7

“Vamos” Sugirió Frida.

“No merece la pena que nos preocupemos. Sólo quería asegurarme de que recibiera la noticia antes de que desapareciera dentro de su casa. Ahora necesitamos actuar con rapidez.”

Diego suspiró y asintió.

“¿Han recabado la información que requerimos?” Preguntó cansado.

“La tengo en mi casa” Replicó Frida, agitando el paraguas.

Cinco minutos después se sentaban a la mesa del comedor, cubierta de periódicos. Dos o tres eran de Inglaterra y los titulares saltaron ante los ojos asustados de Katherine:

“Rica heredera rompe con su novio.”

“¿Diego en la ruina?”

“Amor y fracaso para magnate griego.”

“¿A qué se refieren todas estas tonterías?”

Exigió Diego, irritado, señalando los ofensivos periódicos.

Mientras Frida se quitaba el impermeable y tendía a sus huéspedes unas toallas para que se secaran la cabeza, contestó:

“Hay dos versiones; la primera dice que Vander Falconi ha muerto y que sus abogados amenazan pedir el pago total de la hipoteca.” Diego no dijo nada, pero apretó el puño. Sin saber la razón, Katherine sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo.

“¿Qué significa eso Preguntó?”

“Significa que tendré que encontrar a otro socio que me financie este proyecto o me arruinaré.”

Respondió Diego, helado, con los ojos fijos en el rostro de su empleada

“Pero eso no importa ahora. ¿Cuál es la segunda historia, Frida?”

“Creo que se trata de la venganza de Loriana. Ella dice que lo encontró en la cama con una actriz americana que hace películas pornográficas y eso la obligó a romper el compromiso. Esta anécdota ha sido publicada en todos los diarios y revistas de Europa.”

Diego emitió un ruidito, entre risa y gemido.

“¿Cómo puede ser tan despreciable? ¡Es ridículo! ¡Inconcebible!” Una helada sensación de asombro y desesperación invadió a Katherine y las piernas se le doblaron. Con una queja sofocada, se sentó en su silla.

“¡Katy!” Le rogó Diego.

“No lo tomes tan a pecho. Nadie creerá esa basura.” La joven tenía el rostro ceniciento y Diego

se hincó a su lado para frotarle los dedos.

“Dale un poco de té, Frida”

Ordenó, por encima del hombro.

La empleada regresó con un vaso lleno, pero la mano de Katherine temblaba hasta tal punto que no logró tomarlo.

“No puedo creer que alguien diga esas cosas horribles de mí exclamo con los dientes apretados.”

“Sssh. No pienses en eso” Murmuró Diego, llevando el vaso a los labios de la chica.

“No es el fin del mundo, ¿sabes? Deberías leer lo que han escrito de mí en el pasado. Pero lo ignoré y los periodistas se lanzaron sobre una nueva presa a la semana siguiente. Lo que me inquieta es la historia acerca de Vander. ¿Estás segura de que ha muerto, Frida?”

“Sus abogados se negaron a hablar conmigo por teléfono.”

“Entonces, yo mismo los llamaré” Decidió.

Frida condujo a Diego a una habitación contigua y Katherine se quedó a solas, meditando. Unos minutos después, se abrió la puerta de nuevo.

“¿Es cierto?” Preguntó, apenas vio a Diego.

“¡Sí!” Afirmó, con asPéreza.

“El albacea quiere liquidar la hipoteca.”

Su rostro parecía labrado en piedra y sus facciones revelaban una furia mortal. Katherine sintió que el miedo resonaba en su cuerpo y se alegró de que la rabia de Diego no estuviera dirigida contra ella.

“¿Por qué?”

Indagó, confusa.

“Sólo los Dioses lo saben” Repuso.

“A menos que los herederos de Vander hayan decidido arruinarme para comprar el Hotel Atenea por unos centavos. Pero si de eso se trata, los haré arrepentirse hasta de haberlo pensado. Frida, dile a Angelos que tenga listo el automóvil dentro de media hora.”

“¿A dónde vas?” Tartamudeó Katherine.

“A Thessaloniki” Contestó Diego.

“Necesito ver a mis abogados. Si en dos semanas no encuentro a alguien que me respalde me despediré de este hotel.”

Katherine lo contempló, preocupada.

“Pero, eso significa…”

“Significa el fin de todo por lo que he trabajado en mi vida” Aceptó, con un ademán salvaje.

Entonces, para asombro de Katherine, soltó una carcajada.

“Excepto que no llegaremos a tales extremos” Prometió.

“He triunfado sobre las personas que trataron de arruinarme antes y me atrevo a afirmar que lo haré de nuevo. ¡Vamos, Katy! Deja de lloriquear y ayúdame a preparar mi equipaje.”

Medio riendo, medio llorando, Katherine lo acompañó a su habitación.

“Me desconciertas, Diego”

Le confesó, mientras caminaban por el sendero de grava

“Todo te sale mal y ¡mírate! Hablas con resolución, avanzas con energía y hace un momento silbabas. Cualquiera diría que te diviertes.”

Diego se rió y sus ojos se iluminaron al mirarla.

“¿Sabes? Creo que sí, me divierto” Susurró.

“Nada me atrae más que una buena pelea y merece la pena luchar por esto: la mujer que amo y la casa en que vivo.”

Entraron en el enorme vestíbulo y, sin ningún aviso, le besó con una caricia que la dejó muda y temblorosa. El corazón de Katherine latía violento y una ola de emoción la sacudió. No encontró palabras para expresarse y se contentó con admirarlo, lleno de nostalgia.

“¿Te casarías conmigo si me arruinara?” Preguntó seco.

“Diego, me casaría contigo, aunque mendigaras”
Contestó, seria.

“Entonces, eso resuelve el problema” Dijo Diego, tomándola por los hombros. Ahora, debo hacer el equipaje. Otra cosa, Katy.

“¿Sí?”

“¿Por qué no te mudas a mi casa mientras estoy ausente? Al menos la reja te protegerá de los reporteros y me gustará pensar que estás en mi hogar.”

“De acuerdo está bien amor mío” Aceptó Katherine.

“Pero bajo ninguna circunstancia permitas que entre aquí un periodista.”

“Así será! Lo prometo”

“Y tú… no tardes demasiado.”

“Una semana a lo sumo” Calculó Diego.

“El tiempo volará.”

Pero el tiempo no voló. Se arrastró con una lentitud agónica y la lluvia una vez más desatada, pareció decidida a quedarse. Así que Katherine permaneció encerrada en la casa, pues no tenía sentido que tomara fotos en medio de un aguacero.

Al cuarto día salió el sol y uno de los empleados del hotel le llevó la correspondencia. Había una tarjeta desde Thessaloniki, de Diego, con una escritura casi ilegible. Las malas noticias viajan rápido; las buenas despacio, así que se resignó a no saber nada de él hasta su regreso. Había también una carta de sus padres, que le habían remitido desde Nyssa, otra de una revista muy famosa, ofreciendo comprarle su colección de «Los molinos de Mykonos», lo cual la hizo exclamar de alegría. También recibió un paquete con las fotos que había sacado durante sus vacaciones en el Afrodita.

Después de revisarlas, abrió la carta de sus padres. Por fortuna, en los Estados Unidos, no podían leer las escandalosas historias que circulaban acerca de su hija.

“…sabes que nos preocupamos por ti, Katherine. Hace seis meses que te fuiste y ese negocio de la fotografía no te ha dejado nada bueno, como nosotros predijimos. ¿No crees que ya sea hora de que abandones ese proyecto y regreses a casa? El secretario de la compañía, el señor Harrison, se retira en noviembre y tú podrías ocupar su puesto. Por favor, escríbenos y dinos qué piensas…”

Katherine se encogió de hombros. Tendrían que enterarse tarde o temprano; así que se sentó a escribir.

“Queridos padres:”

“Sé que esta noticia los desconcertará, pero acabo de comprometerme. Mi novio se llama Alcalá Diego y trabaja en la industria hotelera. Nos conocimos durante un terremoto en el área contigua al Monte Panagia aquí en Grecia y tuvimos que quedarnos en una aldea, en Ayia Sofía, porque los caminos estaban bloqueados. Inmediatamente nació una atracción entre ambos, que pronto se

convirtió en algo más profundo. Pensamos casarnos en el pueblo de Diego, Ayios Dimitrios, tan pronto como hable con el ministro de la localidad, el padre Bosco. Diego y yo esperamos que nos acompañen, pero, por favor, no le digan esto a nadie, pues queremos una ceremonia íntima…"

Katherine se detuvo al oír el timbre de la puerta trasera de la casa. No esperaba a nadie a esa hora del día. Se dirigió a la cocina y espió, alzando un poco la cortina de la ventana. Un hombre le sonrió.

"¡Charisteas!"

Era la última persona que esperaba ver. Dejó caer la cortina.

Su cerebro se aceleró al tratar de decidir qué hacer. Diego le había prohibido hablar con Charisteas, pero nunca entendió la razón de esa hostilidad. Además, le parecía absurdo no abrir la puerta, cuando él sabía que ella estaba dentro. Pero, ¿qué demonios quería el hermano de Loriana con ella?

El timbre sonó y, con un nudo en el estómago, Katherine abrió.

"Hola, ¿qué haces?" Preguntó Charisteas entrando con un leve titubeo.

"Hola" Respondió Katherine, cautelosa.

¿En qué puedo ayudarte?

"Oye, relájate" Le pidió Charisteas.

"No voy a comerte."

Katherine se ruborizó, sintiendo que le había leído el pensamiento.

"Me parece que no tenemos mucho que decirnos en estas circunstancias"

Murmuró tensa.

"¿Circunstancias?" Repitió Charisteas, sin comprender.

"¡Ah, sí! Te refieres al lío con Loriana. Bueno, mira, por eso estoy aquí. ¿En dónde podemos sentarnos para charlar?"

"¿Charlar? Bien, yo no… quizás en la sala." Una vez allí, se dio cuenta de que había dejado la carta sin terminar sobre la mesa y no deseaba que el hermano de Loriana se enterara de sus planes de casamiento. Se apresuró a cerrar la libreta en donde escribía y la metió en uno de los

cajones del escritorio. Agitada, se sentó en un sofá y le indicó a Charisteas una silla.

“Siéntate” Le rogó.

Su invitado sonrió, como preguntándose qué la ponía nerviosa. Katherine empezaba a tranquilizarse cuando de repente recordó que las fotos del crucero, una con Diego y ella en el jacuzzi, todavía estaban en el diván, se puso de pie, tomó el paquete y lo escondió con rapidez.

“¿Te sientes bien?” Inquirió Charisteas.

“Parece que tienes los nervios de punta.”

“Estoy muy bien” Tartamudeó.

“Charisteas, ¿para qué querías verme?” Charisteas se removió, incómodo, y se contempló las manos.

“Se trata de Diego e Loriana…”

“Te aconsejo que no trates ese tema”

Lo atajó Katherine con energía

“No quiero discutirlo con nadie.”

“¡Eh, espera un minuto, no me interpretes mal!”
Protestó Charisteas.

“Mira, Katherine, yo no tengo nada contra ti como persona. Siempre me caíste bien. Pero debo ser sincero y decirte que siento que hayas apartado a Loriana de Diego, aunque eso no me concierne. Y no he venido aquí para convencerte de que lo dejes.”

“¿A qué has venido?” Preguntó Katherine, suspicaz.

“Es un asunto delicado” Repuso el chico, sonriendo con travesura.

“¿Te acuerdas del collar que Diego le regaló a mi hermana la noche de la inauguración del hotel?”

“Sí” Contestó Katherine, aprensiva.

“¿Y qué?”

“Pues, Loriana lo dejó aquí” Replicó, con cierto bochorno.

“En el dormitorio.”

Katherine sintió que una punzada de celos la quemaba. Sabía que Diego e Loriana habían estado comprometidos durante años, pero de alguna manera se imaginó que no dormía con su novia desde que ellos se conocieron. Y, sin embargo, parecían estar muy enamorados la noche de la inauguración… Se mordió un labio y le lanzó a Charisteas una mirada doliente.

“¿Y?”

Repitió, temblorosa.

“Loriana quiere que lo recoja” Respondió.

“Demonios, lo siento, Katherine. Sé cuánto te molesta, pero a mí tampoco me agrada mucho este asunto. Loriana no puede venir a exigir lo que es suyo, ¿verdad?”

“Supongo que no” Titubeó Katherine, con amargura.

“Entonces, ¿no te opones a que suba y lo recoja?”

“Persistió Charisteas.”

Katherine dudó por un momento. Quería gritar que Loriana podía irse al infierno antes de recuperar el collar, pero tenía demasiada dignidad para rebajarse de esa forma. Además, un sentimiento innato de justicia hacía imposible que se quedara con algo que le pertenecía a otra persona.

“Supongo que sí” Dijo al fin, reacia.

Mientras subían, por las escaleras, mantuvo la absurda esperanza de que Charisteas estuviera equivocado, de que no hubiera señales del collar en la habitación de Diego, pero el rezó en vano. Su acompañante se adelantó, entró en el dormitorio con precipitación, se dirigió al tocador y sacó un estuche. Lo abrió, mostrándole el magnífico río de diamantes que brillaron a la luz.

“Aquí está” Exclamó y sin ninguna ceremonia lo metió en el bolsillo de su pantalón.

“Gracias, Katherine. Yo… ¿has oído eso?”

“¿Qué?” Preguntó Katherine, sorprendida.

“Parecía que alguien abría una ventana, abajo.”

“¡Oh, no!”

“Gimió la chica”

“A lo mejor es otro de estos estúpidos fotógrafos.”

Bajó volando por la escalera y revisó habitación por habitación, pero no descubrió nada. De repente, oyó unos pasos a sus espaldas.

“¡Oh, Charisteas!” Jadeó

“¡Me has asustado!”

“Katherine, estás demasiado nerviosa” La reconfortó, amable.

“No dejes que esos reporteros te afecten. Siempre escriben exageraciones, que nadie cree. Mira, ¿por qué no juegas un partido de tenis conmigo?” Katherine titubeó.

“Vamos, te prometo que revisaré los candados y los seguros antes de irme.”

“De acuerdo” Aceptó.

“Nos encontraremos en la cancha de tenis, cuando me cambie de ropa.” Jugaron hasta la una de la tarde, hora en que Charisteas se detuvo.

“¿Lo dejamos?” Sugirió.

“Tengo hambre.”

“Yo también” Admitió Katherine.

“¿No quieres que te acompañe a casa?”

“No hace falta” Respondió.

“Está bien, exclamo Charisteas.”

Ya Camino de la casa, Katherine se preguntó por qué Diego se mostraba tan hostil con Charisteas. Sin duda era un irresponsable, pero era muy agradable.

¿Acaso Diego detestaba esa cualidad? ¿O sentía envidia porque la vida de Charisteas era muy fácil comparada con la suya? De cualquier modo, juzgaba arcaico que le prohibieran ver a ese muchacho. Katherine metió la llave en la cerradura, pero antes de que la hiciera girar, la puerta se abrió despacio.

Katherine gritó alarmada y retrocedió al ver a una figura frente a ella.

“¡Tú! ¿Qué haces aquí?”

Era su ex amante León Matteus Alto, guapo y le sonreía. Pero la sonrisa contenía un mundo

de hipocresía.

“¡Como estas!” Saludó con mofa.

“¿No me das un beso, cariño? después de todo, hace mucho que no ves al viejo León, ¿verdad?”

“No tanto como yo quisiera” Repuso Katherine, furiosa.

“¿De dónde has salido, descarado?”

Él esgrimió una mofa, juguetona. “Pues, digamos que encontré una ventana que no estaba bien asegurada, Se burló.”

“¿Así que has regresado a tus dotes de adúltero, mentiroso, y con la habilidad de entrar en una propiedad privada?”

Comentó Katherine con desdén

“No sé qué te propones, León, pero todo lo que tengo que hacer es llamar a los guardias de seguridad del hotel para que te echen a la calle.”

“Sería una lástima” Murmuró.

“En especial, porque todavía no te he propuesto un suculento negocio.”

“Ya conozco tus proposiciones, León” Afirmó Katherine, seca.

“Y no me interesan, de que se tratan tus negocios.”

“¿Así que no me pagarías cien mil dólares por los derechos exclusivos de tu biografía? Este romance con este tipo rico ha causado sensación, ¿sabes?”

“¡Cien mil dólares!” Repitió Katherine, asqueada.

“¡No seas ridículo, León! Las cadenas respetables de televisión no tienen esa cantidad de dinero y tampoco promueven el escándalo.”

“Ya no trabajo para la televisión. Me dedico a las revistas de romances. Y una de ellas me pagará cien mil dólares si escribo tu biografía. Más, si nos das algunas fotos. A muchos lectores les fascinará saber qué hacías conmigo en Estados Unidos antes de ascender en sociedad.”

“¡Cerdo!” Siseó Katherine.

“¡No te atreverías!”

“¿No?” Se mofó León, con frialdad.

“No me pongas a prueba, querida. He esperado durante años una oportunidad como esta. A menos que tu novio me pague por no publicar tú historia…”

“¡Lárgate!” Gritó.

Con una fuerza que ignoraba que poseía, lo golpeó con la raqueta de tenis. Luego, lo empujó fuera de la casa y cerró la puerta con violencia. Puso el seguro y corrió para revisar todas las ventanas y la puerta de la cocina. Sólo entonces se dejó caer temblando, sobre una silla. Un segundo después saltaba.

“¡Oh, Dios, ¡la foto del jacuzzi… mi carta!” Barbotó, aterrada.

Pero esa vez tuvo suerte. Nadie había revisado el escritorio, ni buscado debajo de los cojines. Se dejó caer en un sofá sintiendo que el corazón se le salía del pecho.

“¡Ay, quisiera que Diego regresara!” Gimió.

Pero pasaron otros dos días antes de que su deseo se cumpliera y al ver a Diego, inmediatamente supo que sus gestiones no habían prosperado. Tenía los ojos sombríos y la boca tensa. Arrojó su maletín al suelo y abrazó a Katherine para besarla con pasión. Su mandíbula sin afeitar la raspó y ella hizo un gesto involuntario de rechazo.

“Lo siento” Se disculpó Diego.

“No tuve tiempo de afeitarme esta mañana. Debía reunirme con los banqueros y después deseaba tanto verte que me subí al automóvil y conduje como un loco. Ahora iré al baño y arreglaré la situación.”

“¡Espera!”

“Lo atajó Katherine, pescándolo de la chaqueta Diego, no importa. Sólo quiero abrazarte, estar contigo. ¡Pareces tan cansado! ¿Las cosas… no salieron bien?”

El rió con amargura y se pasó la mano por el cabello despeinado.

“Son unos estúpidos, Katy” Expresó.

“No ven una oportunidad dorada cuando la tienen frente a los ojos.”

“Entonces, ¿ya no hay esperanza?” Se desalentó la joven.

“¡No digas eso!” Le rogó Diego.

“¡No soporto esa actitud derrotista! No me han vencido ni mucho menos. Todavía puedo poner en práctica un último recurso.”

Katherine asintió, sin prestar atención. Después de dos noches sin dormir todavía no había decidido si debía decirle a Diego lo que había sucedido durante su ausencia. A Diego no le gustaría saber que la había visitado su antiguo amante, pero quizás era preferible ser sincera con él… Tomó aliento y se preparó para confiar sus dudas.

“Diego, hay algo que quiero decirte…” Empezó.

“¿No podemos esperar hasta después de que haya comido? No he probado bocado desde anoche y estoy cansado. ¿Por qué no llamas a uno de los chefs y le pides que nos envíe algo mientras yo me baño? Luego hablaremos.”

“Sí, desde luego” Aceptó Katherine, con remordimiento.

“Preparé un estofado, porque estoy aprendiendo a cocinar platos americanos. ¿Quieres probarlo?”

“Oh, Katy” Murmuró, conmovido.

“Te agradezco que intentes complacerme. Desde luego probaré el estofado.”

Media hora después, cuando Diego bajó a comer, la chica había puesto la mesa en el desayunador y la casa olía a tomates, hierbas aromáticas y pan.

“Esto me recuerda la cabaña de mi padre” Comentó Diego, contemplando el mantel tradicional griego

“De hecho huele igual que allí.”

Comieron en un silencio agradable y Diego se sirvió tres veces. Al fin, con un suspiro satisfecho apartó su plato.

“Bravo” Replicó.

“Te felicito. ¡Excelente! Gracias” Replicó, con una sonrisa distraída.

“Algo te preocupa, ¿verdad?” Preguntó Diego, con astucia.

“¿Lo quieres discutir conmigo? Katherine asintió, triste.”

“¿Te refieres a Charisteas?”

Indagó Diego, cortando una gruesa rebanada de pan.

“¿Cómo lo has sabido?” Inquirió, azorada.

“No puedes jugar una hora en la cancha de tenis sin que nadie se entere” Contestó molesto.

“Y te lo repetiré de nuevo: no quiero que salgas con ese tipo. Bajo ninguna circunstancia y no quiero que estés a solas con él. ¿Entiendes?”

La expresión de Diego era tan intimidante que Katherine se encogió. ¿De qué manera reaccionaría si le contase que Charisteas había estado en la casa con ella? Quizá debía esperar una mejor ocasión para contárselo.

“Sí, Diego” Asintió, con timidez.

“¿Te sirvo café?” La ira de su compañero se evaporó de inmediato.

“Por favor” Le pidió.

“Y no te enfades si refunfuño… Estoy exhausto y preocupado.”

La chica le tendió la taza sin otro comentario.

“La comida estaba deliciosa” Murmuró, después de darle una taza de café.

“Serás una buena esposa, Katy.”

“Si permanezco en mi lugar y no salgo de la cocina, ¿eh?” Lo retó.

“También te permitiré que me calientes la cama” Le prometió, observándola con lujuria.

La tomó de la muñeca y la oprimió contra él. El movimiento abrió la bata, descubriendo el pecho de Katherine y la medalla de oro que colgaba de su cuello. El corazón de Katherine se desbocó y la excitación le recorrió la espina dorsal.

“Creo que no llevas nada debajo de esa bata” Murmuró.

“¿Por qué no te acercas y lo compruebas?” Preguntó él.

La sentó en su regazo, le tomó la cara entre las manos y la besó con violencia. Gimió apasionadamente cuando sus labios se encontraron. Después él luchó por quitarle el vestido, metiendo las manos bajo el sostén para tocarle los pechos. Una corriente de deseo la sacudió hasta endurecerlos; después inclinó la cabeza y siguió acariciándola con la lengua. Y sólo cuando Katherine jadeaba y gemía de ansiedad, tuvo compasión.

“Creo que ya es tiempo de que me calientes la cama” Gruñó, ronco.

Tomándola de la mano, la condujo al dormitorio, la cogió en brazos y la puso sobre la cama, la desnudo y echó al suelo su ropa. Después la contempló con los párpados entornados. Respiraba con dificultad.

“Te haré mía, en cuerpo y alma, Katy” Le prometió, apasionado.

“Y si alguna vez haces esto con otro hombre, te prometo que te mato.” Su intensidad la asustó y se encogió contra las almohadas, sonriendo apasionadamente.

“No bromees, Diego” Suplicó.

“No bromeo” Replicó, grave.

Después, con un sólo ademán se quitó la bata y se recostó al lado de su mujer. Titubeante, le tendió los brazos, pero de repente la aprisionó con un brazo, lo que la excitó y la alarmó a un tiempo. Era inútil fingir que Diego se comportaba como los otros hombres que había conocido. Su cuerpo, derritiéndose y latiendo bajo sus caricias lo demostraba. Actuaba igual que un salvaje. Y cuando la guió a un clímax que la indujo a quejarse y a sollozar por su intensidad, Katherine comprendió que no desearía que fuera de otro modo.

Descendió despacio a la realidad y, hundiendo sus dedos entre los cabellos espesos y oscuros de su amante, sonrió a través de las lágrimas. Su cuerpo fuerte, esbelto y poderoso sobre el de ella, la aplastaba y sentía el latido salvaje de su corazón, mientras él murmuraba su nombre. “Pronto, muy pronto, seremos esposo y esposa.” Una profunda alegría, una sensación de plenitud, explotó en su interior.

“Estoy feliz de que hayas regresado, Diego” Le confesó con fervor

“Ahora estoy segura de que nada puede salir mal.”

Capítulo 8

Desayunaban en la terraza cuando estalló la bomba. En el momento en que Katherine vio que Frida corría por el sendero del jardín presintió que algo horrible había pasado.

Diego se puso de pie y fue al encuentro de su empleada, mientras Frida agitaba el periódico en la mano.

“¿Qué es?” Preguntó.

“¿Más chismes de Loriana?”

“¡Peor!”

Exclamó la administradora, lanzándole una mirada hostil a Katherine

“¿Cómo pudiste?”

La acusó, con voz estrangulada. Después, cubriéndose la cara con un pañuelo, huyó al hotel.

Confusa, Katherine se volvió hacia Diego. Para su desconcierto, su calma inicial dio paso a una indignación violenta, mientras leía la primera página. Maldijo en voz baja y con sus fuertes manos arrugó el papel.

“¿Qué sucede?” Lo interrumpió.

“¿Qué dice?”

Diego alzó la cabeza. Sus ojos contenían una rabia tal que la asustó.

“¿Realmente necesitas preguntarlo? ¿Matteus no te informó de lo que escribiría cuando le vendiste la entrevista?”

“¿Qué?” Repitió Katherine, horrorizada.

“¡Oh, no, no lo creo!”

Se le doblaron las piernas y se sentó en una silla, sintiéndose enferma, mareada, como si la hubieran golpeado en el estómago.

“¿Qué dice?” Repitió de nuevo, con un suspiro.

“¡Léelo!” Le ordenó, salvaje.

Echó el periódico arrugado sobre su regazo y se encaminó a la terraza donde permaneció con las manos apretadas. Katherine lo observó y luego empezó a leer. Inmediatamente se detuvo porque un temblor violento la sacudió.

“¡No puedo!” Exhaló, llevándose la mano a la boca.

“¿Demasiado sensible para aceptarlo?” Se mofó Diego.

“Pues permíteme ayudarte.”

Le arrancó el diario de sus débiles manos y, marchando por la terraza como una fiera enjaulada, leyó las ofensivas líneas:

¿Una sensual gatita americana se casará con el más codiciado soltero de Grecia? El más eficiente reportero de Ronda de Estrellas Internacionales, León Matteus le ofreció a la desconocida fotógrafa Katherine Andrea cien mil dólares por los derechos exclusivos de su biografía. Andrea, una chica americana, causó sensación cuando reemplazó a la heredera griega Loriana Mendez en el corazón del multimillonario griego Alcalá Diego. Según Andrea, sostiene que la llevará al altar. Ella y Alcalá planean unirse en la iglesia de Ayios Dimitrios, antes de Navidad.

Para conocer la historia de la mujer que sustituyó a una rica heredera, lea la página quince, donde aparece Katherine Andrea en fotografías que ella misma proporcionó…

Diego contempló a la chica con una mirada que la heló.

“Me das asco” Expresó con desdén.

“¿También le vendiste las fotos?”

“No vendí nada.” Se sulfuró Katherine.

“¿Cómo puedes creer esa locura, Diego?”

Pero él pasaba las páginas sin dignarse a contestarle. Después, soltó una exclamación de ira e indagó:

“¿Ah, ¿no? Entonces, ¿de qué modo explicas esto?”

Señaló con el índice la página y por un momento las lágrimas impidieron que Katherine viera algo. Parpadeó y el horror de la traición de León la golpeó pues, allí, en las hojas centrales para que todos los admiraran, estaba la foto de Diego y ella en el jacuzzi. Soltó un suspiro de desesperación.

“¡No entiendo!” Se defendió, alelada

“León ni siquiera entró en la sala.”

“Entonces, ¿estuvo aquí?” Preguntó Diego.

“¿Y tú le diste la información?”

“Sí” Contestó Katherine, mareada.

“Quiero decir no… Estuvo aquí, Diego, pero desde luego que no le di nada.”

“¿Y cómo explicas lo de la foto?” Insistió.

“No puedo explicarlo” Gimió Katherine, angustiada.

“Ni yo misma lo entiendo. Metí el paquete de las fotos debajo de los cojines del sofá y pensé que no lo había visto… Pero debió tomar una foto de las que más le interesaban.”

Diego sacudió la cabeza al oír esa confusa aclaración.

“¿Por qué metiste el paquete debajo de los cojines?” Preguntó.

“Porque alguien llamó a la puerta.”

“¿Era ese desgraciado?” Preguntó Diego.

“No, otra persona.” Se sonrojó, consciente de que mencionar a Charisteas sólo empeoraría la situación.

“¿Quién?” Indagó, persistente.

“¡Charisteas!”

Le confesó. Viendo que el rostro de Diego se endurecía, balbuceó:

“Vino a pedirme que jugáramos un partido de tenis.”

“¿Eso fue todo?” Siseó.

“¿No entró?”

Katherine titubeó. El recuerdo del collar la perturbaba, pero lo descartó. Ya tenía bastantes problemas con Diego para querer aumentarlos.

“¡No!” Respondió, con voz aguda.

“Continúa” Le ordenó Diego.

“¿Qué tiene que ver ese periodista con todo esto?”

“¿Quién es? ¿Qué conexión tiene contigo? ¿O es un desconocido para ti?” Katherine soltó un largo suspiro entrecortado.

“Es un periodista de farándula, es un chismoso embustero” Admitió, cansada.

“Yo formaba parte de su equipo y trabajamos juntos en muchas ocasiones. Empezamos a salir y una cosa llevó a otra. Nuestra relación duró tres o cuatro meses y una noche me invitó a cenar. Me dijo que tenía algo especial que confesarme su voz disminuyó.”

“Prosigue” La urgió Diego, en tono duro.

“Pensé que me pediría que nos casáramos. ¡Qué tonta! ¿Verdad? En lugar de ello me informó que su esposa e hijos se reunirían con él en los Estados Unidos, pero que podíamos continuar con nuestra aventura si éramos discretos.”

“¿Y qué hiciste?” Preguntó Diego.

“¡Oh, me comporté con mucha discreción!” Musitó.

“Le pedí que se fuera al infierno, le arrojé un plato de comida hirviendo en la cara y huí del restaurante. Dos días después me despidieron y me quedé sin empleo.”

“¿Crees que él influyó en esa decisión?” Preguntó Diego.

“Quizás así fue” Se encogió de hombros Katherine.

“De cualquier forma fue la última vez que lo vi hasta que se presentó aquí. Ni siquiera sabía que ya no vivía en Estados Unidos.” Diego la contemplaba con frialdad. Lo único que delataba su furia era la tensión de los músculos alrededor de la boca.

“¿Y de qué manera entró este… ex amante tuyo en mi casa?” Siseó.

“Lo ignoro de verdad no lo sé” Admitió, tomando aliento.

“Salí por un rato y al regresar ya estaba aquí. Me dijo que había forzado una de las ventanas con una lima.”

“¡Una lima! Tendrás que inventar una mentira más convincente, Katherine. Tengo ventanas de seguridad; nadie puede abrirlas con una lima.”

“Pues, quizá no la cerré como se debe” Protestó temblorosa.

“Todo lo que sé es que lo encontré en el vestíbulo y me propuso comprar los derechos exclusivos

de mi biografía. Yo le respondí que se evaporara. Supuse que todo había terminado y hoy me despierto y descubro esa historia tenebrosa en el periódico, sin mencionar la horrible foto. Y tú pareces pensar que yo quería que esto sucediera. ¡No lo soporto, Diego!"

Su voz derivó en un sollozo convulsivo. Se ocultó el rostro con las manos y lloró con desesperación. Hubo un largo silencio, roto por sus jadeos anhelantes para respirar. Entonces, la mano de Diego se posó con dulzura en su hombro.

"¿Así que no invitaste a León a pasar, ni le diste esa información?" Preguntó, serio.

"¡Claro que no!" Exclamó, levantando el rostro empapado por las lágrimas.

"Debes creerme, Diego."

Hubo otra larga pausa y después Diego soltó un suspiro pesado.

"Lo crea o no"

"Crucificaré a ese desgraciado por escribir esta historia sobre nosotros. Dame el periódico. Mis abogados lo necesitarán."

Tragando saliva, Katherine cogió el diario y se volvió para entregárselo. Pero las hojas estaban sueltas y, al cambiar de manos, una hoja cayó al suelo. Diego se inclinó para recogerla. Cuando se enderezó, su cara estaba gris por la furia.

"¿Dices que sólo hablaste con él en la puerta?" Murmuró en tono amenazante.

"Sí… " Tartamudeó Katherine.

"Entonces, ¿cómo explicas esto?" Gruñó Diego.

Le dio la hoja y Katherine soltó un grito de incredulidad. En el centro había una foto de ella misma, recostada de manera muy seductora en la mitad de la cama de Diego. Encaramado en el lecho, con una mano sobre su hombro desnudo, se encontraba León Matteus. Sobre la foto se leía: Katherine Andrea muestra sus encantos al reportero León Matteus.

Katherine emitió un gemido de desesperación.

"¡Ese cerdo sin principios!" Chilló.

"Esta foto está trucada, Diego. Son nuestras imágenes sobrepuestas a la fotografía que tomó de tu dormitorio… Se trata de una técnica muy simple… cualquier fotógrafo puede hacerlo."

Pero Diego la contemplaba sin parpadear.

“No me crees, ¿eh?” Titubeó.

“¡No, no te creo!” Rugió, con dolor.

“Pero casi me engañaste. Las lágrimas, la palidez de tu cara, el temblor de tus labios… Te equivocaste de vocación, Katherine. Debiste dedicarte a la actuación, no a la fotografía. Sin embargo, esto ni yo no me lo trago.” Se volvió con desprecio y se dirigió hacia la casa.

“¡Diego!” Lo llamó, angustiada, corriendo tras él.

“No me engañas, Katherine” Afirmó, triste, mirándola con sus ojos oscuros.

“Lo cual me parece una lástima. ¿Sabes?, te juzgaba diferente a las otras mujeres. Supuse que me amabas; pero eres igual que el resto… sólo te interesa el dinero, la fama y la publicidad. ¿Por qué me has traicionado, Katherine? ¿Creías que estaba arruinado? Puedo amasar otra fortuna si me lo propongo. No necesitabas venderme por unos miserables dólares.”

“Yo no te he traicionado” Susurró Katherine con voz estrangulada.

“Nunca haría semejante cosa.”

“¿No? Lo siento, pero ya no confío en esos enormes ojos verdes tuyos ni en esos pequeños labios temblorosos. ¿Por qué no te vas y olvidamos este asunto?”

“De acuerdo“

“Aceptó con los dientes apretados Si eso es lo que quieres, no me opongo.”

“¡Perfecto!” Dijo Diego, cortante.

“Le diré a Frida que te pague por las fotos. Puedes recoger tu dinero en la oficina.”

“¡No te molestes!” Replicó Katherine.

“No me rebajaría a recibir un centavo de ti, aunque me estuviera muriendo de hambre.”

Y, girando sobre sus talones, corrió a hacer su equipaje.

Cuando Katherine se subió al autobús de Ayios Dimitrios una curiosa insensibilidad había reemplazado su rabia y su desesperación. Era consciente de que un par de aldeanos la observaban, pero volvió la cabeza y no les prestó atención. Sin embargo, al pasar frente al Hotel Atenea, sintió una punzada de dolor tan intensa, que se mordió un labio para no gritar.

Las dos horas siguientes las pasó en un estado de sonambulismo. Demasiado orgullosa para aceptar el pago de Diego, apenas le quedaba dinero, pero no recurriría a él. Prefería adelantar su regreso a Estados Unidos, canjeando el pasaje que todavía guardaba en su cinturón.

Sólo se despediría de Omar.

El autobús se detuvo en la plaza de Nyssa y Katherine descendió. Al atravesar la calle reconoció a uno de los trabajadores de las excavaciones. Dejó su bolsa de viaje en un café cercano y, con su cámara colgada al hombro, se acercó a su conocido.

“¿Todavía vive Omar aquí?”

El hombre le dijo que tenía alquilada una casa a unos pasos de la plaza. Cuando la localizó, encontró a Omar ante una mesa en la terraza, examinando unos fragmentos de barro. Al verla, soltó el pedazo que tenía en la mano y se apresuró a saludarla.

“¡Oh, Katherine!” Gritó, abrazándola.

“¡Debían descuartizar y colgar a ese cerdo de Matteus! Traté de llamarte esta mañana, pero no pude comunicarme contigo.”

“Leíste los periódicos, ¿eh?”

Preguntó Katherine, temblorosa. Él asintió, melancólico, y después agregó con falsa alegría:

“Pero anímate, pequeña. Las burbujas del jacuzzi ocultaron casi todo y nadie le presta atención a la prensa sensacionalista.”

“Diego sí” Lo contradijo Katherine con un suspiro.

“¡Oh, no!” Exclamó Omar.

“¿Cómo pudo ser tan tonto? Mira, Katherine, tómate una taza de café y explícame qué sucedió. Los otros están en Kavala, así que por lo menos tendremos un poco de paz aquí.”

Se bebió un café mientras le confiaba a Omar lo de Charisteas, Matteus y la violenta pelea con Diego. No le ocultó nada.

“Entonces, ¿qué piensas hacer ahora?” Preguntó cuando al fin ella terminó.

“Supongo que regresar a los Estados Unidos” Replicó, desalentada

“¿Qué puedo hacer?”

“Vamos, Katherine. Tú no te rindes con esa facilidad. Siempre supiste luchar.”

“¿Y por qué habría de luchar?” Repuso la chica.

“Todo ha terminado.”

¿Todavía amas a ese tipo?

Preguntó Omar, pensativo.

“Es el hombre más arrogante, insensible y terco que he conocido en toda mi vida” Replicó la joven, acalorada.

“No le perdonaré…”

“Sí, lo amas” Sonrió Omar

“Entonces, Katherine, sólo queda una cosa por hacer. Iremos a la oficina de teléfonos y llamaremos a Diego”

“¿Qué? ¡Estás loco de remate!”

Omar se cubrió la cabeza con las manos para protegerse.

“Mira” Repuso, de manera razonable

“Si él es la mitad de necio y de agresivo que tú, no dará el primer paso, Katherine. Pero te apuesto, hasta mi último centavo, que en este momento está a punto de colgarse de un árbol por haberte dejado escapar y se muere de ganas por reconciliarse contigo.”

“¿Lo crees? Titubeó Katherine con timidez.”

“Con absoluta certeza” Afirmó Omar.

“¿Así que me permitirás llamarlo?” Aceptaré cualquier cosa que te haga feliz.

“Sentenció, mientras una sonrisa le iluminaba la cara.”

La tarde se prolongó, interminable, hasta que al fin Omar anunció que eran las cinco. La chica saltó de la silla en la que estaba sentada, cogió su cámara y se dispuso a seguirlo.

“¿Lista?” Preguntó su amigo.

“¡Lista!” Exclamó, radiante.

“Quizá sea mejor que me dejes llamar a mí”

Le advirtió al entrar en la oficina de la compañía de teléfonos

“Si hay problemas con la recepcionista del hotel, mi griego es mejor que el tuyo. Además, quizás pueda ablandarlo a él antes de pasártelo.”

“De acuerdo” Aceptó Katherine.

Estaba muy nerviosa cuando entraron en la cabina. La puerta no cerraba bien con los dos dentro y había cuatro o cinco personas charlando con el oficinista. Deseó un poco más de intimidad, pero se consoló pensando que hablaría en inglés y que nadie se enteraría de lo que dijera.

“¿Buenooo?” Saludó Omar.

“¿El Hotel Atenea? ¿Puede comunicarme con Diego, por favor? No, no soy un periodista. Soy un amigo de Katy Andrea. Me llamo Omar.”

Hubo una espera y luego Omar hizo la señal de victoria.

“¿Señor Diego? No sé si me recuerda. Me llamo Omar Goiri y nos conocimos cuando vino a Nyssa a ver a Katherine. Mire, comprendo que esto no me incumbe, pero me da mucha pena ver a Katherine en esta condición. Está absolutamente devastada por la pelea que tuvieron y no la culpo. He tratado a Katherine durante veinte años y estoy seguro de que no ha podido hacer algo tan despreciable. He intentado convencerla de lo contrario y animarla, pero insiste en regresar a los Estados Unidos. Sin embargo, creo que todavía lo ama. ¿No quiere hablar con ella, por lo menos?”

Hubo una larga pausa y luego Omar le tendió el auricular a Katherine. Estaba aterrada y cuando habló, le temblaba la voz.

“Hola, Diego.”

“Hola, Katherine.”

Ya no parecía enfadado. Hablaba con voz fría, precavida, cautelosa, como si discutieran un negocio.

“¿Piensas regresar a los Estados Unidos?”

“Sí” Su voz era tan baja y ronca que apenas podía oírse.

“¿Y tu carrera de fotógrafa?”

“La olvidaré. Mi padre me ofreció el puesto de secretaria. De cualquier modo, nunca fui muy buena fotógrafa.”

“¡Mentira! Eres magnífica.”

Ahora actuaba como el Diego que ella conocía. Arrogante, enfático, autoritario. Se le escapó un ruidito, entre sollozo y risa.

“¿Qué has dicho?” Preguntó al instante.

“Nada.”

“No recogiste el cheque en la oficina.”

“Ya te lo advertí… no acepto dinero tuyo” Afirmó, digna.

“¡No seas estúpida! Te ganaste ese dinero. Además, ¿de qué vivirás si no aceptas tu paga?”

“No te preocupes” Se defendió.

Tengo amigos que me ayudarán y yo les reembolsaré los gastos cuando vuelva a los Estados Unidos. Saben que pueden confiar en mí.

La voz de Diego llegó a través de la línea, dura, resentida:

“Perdona que me haya enfadado tanto esta mañana, Katy. Pero dijiste cosas increíbles.”

Katherine captó la sospecha, la incertidumbre, con tanta claridad como si estuviera con él. ¡Esa no era la clase de disculpa que quería! Más bien parecía otra acusación.

“¿Eso significa que me pides perdón?” Inquirió.

“¡No!” La atajó Diego

“¡Maldición, Katherine! Tú eres la que debía rogar que te perdonara. Pero creo que debemos reunimos y hablar.”

“¿Ahora?” El corazón de la joven brincó de alborozo

“¿Vendrás a Nyssa?”

“No puedo, Katherine. Tengo una cita con mis abogados dentro de media hora.”

“Pero podría enviar a Angelos en el automóvil a recogerte.”

“No, Diego” Replicó Katherine, despacio.

“No pondré un pie en Ayios Dimitrios hasta que arreglemos este asunto. Sería demasiado doloroso y humillante. Y no regresaré hasta que sepa que confías en mí sin la mejor sombra de duda.”

“¿Cómo puedo confiar en ti, Katherine?” Preguntó Diego

“¿Cómo, después de lo que me hiciste? ¿Todavía crees en esa basura?” Gritó Katherine, violenta.

“Está bien, Diego, está bien. Perdemos el tiempo tratando de reconciliarnos. No puedo vivir con esa sospecha entre nosotros. Quizá uno de estos días descubras que no te vendí a la prensa, pero ya no estaré aquí para verlo. Regreso a los Estados Unidos. ¡Adiós!” Colgó el aparato y se echó a llorar. Omar y el encargado de la oficina intercambiaron una mirada compasiva.

“¡Oh, Katherine!” Suspiró Omar, cansado.

“¿Por qué demonios has hecho eso?”

“Empezaba a ceder. Bueno, no merece la pena llorar. Vamos, volvamos a casa.”

“¡Lo odio!”

Dijo Katherine cuando salieron a la plaza.

“Lo sé.” La tranquilizó su amigo.

“Pero todo saldrá bien, ya lo verás.”

“Te equivocas” Gimió la chica.

“¿Quieres beber una taza de café?”

“¡No quiero una taza de té!” Se enfureció.

“Entonces, ¿qué quieres?” Preguntó Omar.

“Volver a mi casa” Lloró.

“A los Estados Unidos, donde nadie conozca esa porquería que escribieron sobre mí. Donde jamás vea a Diego de nuevo.”

“¿Estás segura? ¿Y la fotografía?”

“Ya no me importa” Replicó, apoyándose contra un muro.

Con una inmensa desolación Se quitó el cinturón y sacó el pasaje de avión. Las lágrimas le anegaban los ojos.

“¿Puedes hacerme un último favor?” Le pidió.

“Tengo un pasaje abierto para Chicago. ¿Quieres llamar al aeropuerto y reservarme un asiento en el próximo vuelo?”

“Como desees” Aceptó, frunciendo el ceño.

Aún no eran las siete cuando Katherine y Omar atravesaron la plaza del pueblo, a la mañana siguiente. Omar le lanzó una mirada preocupada a su compañera, que estaba pálida como una muerta. Presintiendo su desesperación, sólo le apretó la mano y rezó para que el autobús llegara. Cuando al fin llegó el autobús, Katherine mostró el primer signo de animación en varias horas. Estrechó a su amigo en sus brazos y dijo emocionada:

“Gracias por todo, amigo mío. Es bueno saber que hay alguien que no piensa lo peor de mí. Mira, si algún día ves a Diego dile… dile… no, no importa.”

Su voz se rompió en un sollozo. Tragando saliva, se volvió para dirigirse al café.

“Debo recoger mi bolsa de viaje” Murmuró.

“El autobús saldrá dentro de unos minutos.”

La bolsa todavía estaba en la terraza del café, donde la había dejado el día anterior. Katherine se inclinó para cogerla, pero una mano se lo impidió. Asombrada, contempló a un policía que la estudiaba con desprecio. Afirmó algo en griego que ella no comprendió.

“¿Qué ha dicho, Omar?”

“Quiere saber si es tuya la bolsa.”

El rostro de Katherine se iluminó con una sonrisa.

“Desde luego” Afirmó con claridad.

“No la estoy robando... ¡Es Mía!”

El policía habló de nuevo y el rostro de Omar se convirtió en una máscara de horror.

“¡No!” Gritó

“¡No, eso es ridículo!”

“¿Qué?” Preguntó Katherine, con la voz quebrada

“¿Qué ha dicho, Omar?”

Hubo unos instantes de silencio antes de que Omar expresara toda la incredulidad que lo invadía: “Dice que estás arrestada por posesión de heroína.”

Capítulo 9

“¿Heroína?” Repitió Katherine con horror

“Ridículo… nunca en mi vida… ¿A qué demonios se refiere?” El policía hablaba con rapidez, examinando la bolsa de viaje y sacó un envaso de talco. Omar abrió la boca, alelado, tratando de comprender las acusaciones en griego que le lanzaban a Katherine.

“Dice que anoche recibió una llamada anónima informándole que el poseedor de esta bolsa había escondido heroína dentro del talco. Así que te arrestará hasta que se analice el polvo en Thessaloniki.”

“¡Pero esto es ridículo!” Protestó Katherine.

“De cualquier manera, ese talco ni siquiera es mío. Yo no uso eso… soy alérgica a la mayoría de las marcas.”

Contempló el envase y de repente recordó dónde lo había visto antes… “¡Desde luego! Lo regalaba el Hotel Atenea a sus huéspedes.”

“Alguien lo puso allí, Omar” Gritó, con la voz aguda por el pánico

“Alguien del Hotel Atenea. ¡Díselo, explícaselo!”

Pero resultaba obvio que el agente no se dejaría convencer fácilmente. Se encogió de hombros y le pegó una etiqueta al envase, antes de colocarlo en la bolsa. Luego mostró unas esposas.

“¡No!” Gritó Katherine.

Se volvió para intentar escapar, impulsada por el miedo. Pero Omar la cogió del brazo.

“No, Katherine” Le rogó.

“Sólo empeorarás la situación. Creerán que eres culpable si tratas de huir y no llegarías muy lejos. Acompáñale mientras yo pienso cómo ayudarte.”

“¿A ti también te arrestarán?” Preguntó Katherine.

Lo tradujo al griego y el agente negó con la cabeza. Luego, aburrido con ese asunto, se acercó a Katherine.

“¡No!” Negó la joven

“Mira Omar, dile que iré con él, pero que no me ponga esas cosas. Y, por favor, consigue ayuda, rápido. Habla con Diego… él sabrá qué hacer.”

“Lo haré, te lo prometo. Y no te preocupes Katherine. Te sacaremos en unas horas.”

Mientras el policía se la llevaba, Katherine miró por última vez a su amigo. Vio que se metía en el único automóvil de alquiler del pueblo. “« ¡Oh, Diego, pensó con desesperación, ven pronto!».”

La estación de policía estaba sobre la pastelería, cerca de la taberna donde Katherine había comido con el grupo arqueológico en varias ocasiones. Una vez dentro, el agente confiscó su cinturón, su pasaje de avión, el dinero y el equipo fotográfico. Después la condujo a una celda. Un sólo foco colgaba del techo.

Desolada, Katherine se dejó caer sobre el camastro de acero. Si Diego y Omar se apresuraban no tendría que soportar ese encierro más que unas cuantas horas. Pero a las once de la noche, no había señales de rescate. Exhausta, se durmió, contemplando el techo para despertar sobresaltada a cada minuto.

Al amanecer, sintiéndose abandonada a su suerte, decidió sobrevivir costara lo que costara. Pero su resolución fue puesta a prueba durante los siguientes dos días. Cada vez que oía pasos en la escalera se imaginaba que era Diego, pero siempre se equivocaba. El agente la trataba con cierta amabilidad, aunque la barrera del idioma impedía mantener una conversación. Así que la mayoría del tiempo Katherine permanecía a solas, luchando contra sus miedos y conservando sus esperanzas como Dios le daba a entender. Y, de manera inevitable, sus pensamientos se centraban en Diego.

En el fondo de su alma, sabía que era el hombre de su vida; pero, ¿acaso él también la consideraba la mujer a la que siempre amaría? Después de dos días sin oír una palabra de él, empezaba a dudarlo.

La noche del segundo día de su encarcelamiento, admitió al fin la amarga verdad: Diego no la rescataría. No le importaba lo que le pasara. Hasta ese momento apenas había descansado, esperando en cualquier momento escuchar que alguien llamara a la puerta para salvarla. Pero ahora se acostó sobre la cama y lloró hasta que la almohada se empapó con sus lágrimas, antes de sumirse en un sueño intranquilo. Se despertó por el sonido del picaporte. Pensando que era el agente con la comida, permaneció con los ojos cerrados y la cara hacia la pared. Entonces, unos brazos poderosos la rodearon.

“¡Katy!” Le suplicó una voz profunda.

“¿Alguna vez podrás perdonarme?”

Tres horas después y todavía confundida, Katherine se hallaba sentada en el asiento delantero del automóvil de Diego, dirigiéndose hacia Sithoniá.

“No puedo creer que esto sea verdad” Murmuró Katherine, sofocando un sollozo.

“Sigo pensando que si me duermo te desvanecerás.”

“Te prometo que no lo haré”

Le aseguró, palmeándole la rodilla “Dormir te tranquilizará los nervios.”

“Explícamelo de nuevo. No te entendí la primera vez.”

“Espera a que lleguemos” Le ordenó Diego.

“¿A dónde vamos?”

“Ya verás.”

Después de eso Katherine se durmió y, al abrir los ojos, el asiento contiguo estaba vacío. Por un momento horrible pensó que Diego la había abandonado. Luego vio el letrero de la casa encalada: Domatia posada. Se alquilan habitaciones.

“Ayía Sofía”

Exclamó Katherine con deleite cuando Diego atravesó la calle para acercarse a ella

“¡Me has traído a Ayía Sofía!”

“El único lugar de Grecia donde los reporteros no pueden encontrarnos” Le aclaró.

“Y la encargada se acuerda de nosotros. ¿Crees, que tendrás la suficiente energía para llegar a la habitación?”

“¡Oh, sí!” Afirmó Katherine.

De hecho, me muero por darme una ducha, y saborear una comida caliente.

Después de la celda, el pequeño baño le pareció un lujo exquisito y, quince minutos después, cuando salió a la terraza, Diego la esperaba contemplando el mar.

“Estás preciosa” La admiró.

“Justo como te recordaba.”

La guió hasta la mesa y le besó un hombro desnudo. Katherine se estremeció de placer.

“Gracias por el vestido” Murmuró.

“¿Dónde lo compraste?”

“En Ibiza” Respondió y, ante el asombro de la chica, añadió.

“¿Quieres saber qué demonios hacía en Ibiza comprando vestidos cuando tú estabas en la

prisión? Es una larga historia, mi amor. Te la contaré mientras cenamos.”

Cuando la camarera se llevó los platos vacíos, él sacó un papel doblado del bolsillo y se lo tendió a Katherine por encima de la mesa.

“Esto también es para ti” Le dijo.

“No entiendo” Exclamó, después de leer el papel.

“Se trata de un cheque por cien mil dólares, De compensación”

Agregó Diego

“Llamé a Matteus y a ronda de Estrellas Internacional y amenacé con demandarlos por todo lo que paso. Aceptaron llegar a un acuerdo fuera de los tribunales. Pensé que cien mil dólares era una cifra adecuada, porque pretendía pagarte esa cantidad por la historia.”

“¿Pretendía?” Repitió Katherine.

“¿Entonces no crees que se la vendí?”

“No” Admitió, bebiendo un poco de vino.

“En el fondo nunca lo creí, pero estaba tan celoso de ese cerdo que acepté todo, sin importarme lo ilógico que pareciera. Y ese gusano actuó con mucha astucia. Fingió que te había entrevistado y luego se llevó el dinero.”

“¿Te lo confesó?” Se asombró Katherine.

“¡Oh, sí! Se mostró muy cooperativo una vez que le aseguré que lo estrangularía con mis propias manos.”

“Bruto” Se rió Katherine.

“De cualquier modo, se lo merecía.”

“Cierto” Accedió Diego con dureza

“Aunque sólo fuera por seducirte cuando ya estaba casado. Katy, ¿por qué no me dijiste eso? Si hubiera sabido ese episodio de tu pasado, quizá no habría reaccionado con tanta violencia al leer ese maldito artículo.”

“Temía confiarte ese secreto” Musitó, sonrojándose

“Pensabas que era virgen y no quería desilusionarte. Y supongo que temía que me abandonaras si lo sabías.”

“Quizá tengas razón” Concedió, tomándole la mano y apretándosela con fuerza.

“Pero no habría estado separado de ti por más de veinticuatro horas. Te amo, Katy, y no me gusta que otro hombre te haya poseído en el pasado. Sin embargo, lo que importa es el futuro. Y deseo escucharte decir que yo seré el único hombre en tu vida, de hoy en adelante.”

“Desde luego” Murmuró nerviosa.

“Promételo” Le ordenó Diego implacable, oprimiéndole los dedos.

Lo contempló y vio que sus ojos brillaban y mantenía una expresión solemne.

Entonces su vergüenza desapareció y levantó la cabeza.

“Prometo que serás el único hombre en mi vida de hoy en adelante asintió.”

“Y yo prometo que tú serás la única mujer en la mía” Afirmó.

Se quedaron quietos, con las manos entrelazadas, mirándose. Al fin, Katherine rompió el silencio.

“Todavía hay algo que no entiendo. Diego, ¿Matteus te contó cómo entró en la casa? ¿Realmente abrió la ventana con esa lima?”

“No” Contestó Diego.

“Charisteas lo dejó entrar.”

“¿Charisteas?”

“Exacto. Y tú, mi amorcito, me mentiste. Me aseguraste que no habías permitido que Charisteas entrara en la casa, ¿recuerdas?”

Katherine se movió incómoda bajo esa mirada intensa y acabó por asentir.

“¿Por qué me mentiste?” Preguntó, seco.

“No sé” Respondió, confusa.

“Estabas muy cansado la noche que volviste de Thessaloniki y parecías furioso porque había jugado al tenis con Charisteas. Así que no quise iniciar otra discusión. Después de todo, aunque entró en la casa, no causó ningún daño.”

“¿Ningún daño?” Suspiró Diego cerrando los ojos.

“¡Oh, Katherine, no sabes lo que dices! Estaba decidido a arruinarte y cuando Matteus husmeó la oportunidad de enriquecerse, Charisteas ideó un plan que les conviniera a los dos. Dejó abierta una ventana y te llevó a jugar al tenis para darle la oportunidad a su cómplice de revisar la casa a sus anchas y encontrar tus cartas y fotos privadas.”

“¡Qué despreciable!” Exhaló, horrorizada.

“De cualquier modo; ¿por qué razón quería Charisteas traicionarme?”

“Esperaba que yo volviera con Loriana opinó, con el rostro impasible.”

“¿Acaso pensaba que su hermana te amaba tanto que volvería contigo?” Preguntó Katherine.

“No” Rió, con amargura.

“Protegía sus propios intereses, no los de Loriana. Considerándolo mi futuro cuñado, lo saqué de una serie de problemas y pagué sus deudas durante años. Y él sabía que eso se terminaría al casarme contigo.”

“¿Deudas?” Insistió Katherine.

“Pero Charisteas es muy rico, ¿no?”

“Según se vea” Replicó Diego.

“El viejo Trina dijo en su testamento que su hijo no podría tocar el capital de la herencia hasta cumplir los treinta años de edad. A mí me nombró su albacea y Charisteas dependía de mi buena voluntad para llevar la vida que deseaba. Y sabía que mi sentido del honor no permitiría que el nombre de la familia se ensuciara, si iba a casarse con Loriana. Sin embargo, eso cambiaría si me unía a ti. Por tal motivo intentó destruirte.”

“Apenas puedo creerlo” Suspiró Katherine.

“Charisteas siempre me pareció muy amable. Encantador.”

“Pues su encanto no le servirá de nada” Repuso Diego, con dureza

“No creo que el juez considere esa cualidad una disculpa adecuada por posesión de heroína.”

“¿Heroína?” Exclamó Katherine, asombrada.

“Sí, ¿no lo entiendes todavía?” Preguntó.

“Charisteas le pagó a alguien para que te siguiera y pusiera el talco en tu bolsa de viaje. También escondió heroína en el dormitorio de mi casa para desacreditarte.”

“¿Qué?” Se asombró la chica.

“No quería fallar” Le explicó Diego, cansado.

“De una manera u otra estaba decidido a destruirte. Lo que me gustaría saber es por qué demonios le permitiste subir a nuestra habitación.”

“Para que se llevara el collar de Loriana” Se sonrojó Katherine.

“¿El collar de Loriana? ¿De qué diablos hablas?” Se ahogó Diego.

“Me dijo que ella lo había dejado en la habitación cuando se quedó a pasar la noche contigo.”

“¿Y tú lo creíste?” Preguntó furioso. Katherine asintió, melancólica.

“Me enseñó el collar” Afirmó.

“¿Tú estabas en la habitación cuando lo encontró?” Insistió Diego.

“No” Recordó la chica.

“Él entró primero y me dio la espalda. Al volverse me lo mostró.”

“Exacto; ese fue otro truco de Charisteas para separarnos. Loriana nunca dejó el collar en mi dormitorio porque nunca se ha acostado conmigo.”

“¿Lo afirmas?” Indagó Katherine, ronca.

“Si lo afirmo y lo juro por mi vida” Afirmó Diego.

“Me agrada oírlo” Comentó, mientras una suave tibieza invadía su cuerpo.

“Diego, ¿creíste lo de la heroína?”

“¡Desde luego que no!” Afirmó, enfático.

“La policía interrogó a la Doctora Megan acerca de tus costumbres y luego me llamó a Ibiza. Me informaron que estaba muy indignada porque te denigraban y negó con vigor que poseyeras drogas en la habitación, ¡hasta les contó que eras alérgica al talco!”

“Mi querida Megan gracias Doctora” Sonrió Katherine.

“Pero, Diego, no me has dicho qué hacías en Ibiza.”

“¿Aparte de comprar ropa para ti?” Bromeó.

“Pues, negociaba otro préstamo para el Hotel Atenea.”

“¿Qué?” Gritó Katherine.

“¡Oh, Diego, ¡con todo lo que ha pasado lo olvidé por completo! ¿Y tuviste éxito?”

Diego alzó su copa, imitando al jugador de ajedrez a punto de hacer una jugada triunfal.

“Desde luego” Respondió.

“Entonces, ¿el hotel se ha salvado?” Insistió Katherine.

“Sí, después de todos los problemas, creo que el hotel y el pueblo pueden vivir felices para siempre.” Replicó con un suspiro satisfecho.

“Igual que nosotros, supongo.” Se puso de pie y le tendió una mano a la chica.

“Ven a contemplar la luna sobre el mar” La invitó.

“La noche es tan clara que puedes ver el Monte Athos.

Cada nervio de su cuerpo se estremeció al aspirar el aroma de la colonia y sentir sus brazos tibios, rodeándola para protegerla.

“¡Qué hermoso!” Se emocionó.

“Más hermoso porque estás aquí para compartirlo conmigo” Afirmó Diego con suavidad.

La camarera entró en ese momento, con una bandeja de frutas y café. Se detuvo para sonreír a la pareja y luego murmuró algo.

“¿Qué ha dicho?” Preguntó Katherine.

“Que si quiero pedirle prestado el piano de nuevo” Sonrió Diego.

“Después de todo, ¿para qué sirve una noche de luna, sin música? Exclamo”

Durante la siguiente hora Katherine escuchó canciones de amor, hipnotizada. Al fin, Diego dejó de tocar y le enmarcó el rostro con las manos.

“Siento que peleáramos en Ayios Dimitrios” Reconoció, humilde.

“Fue culpa mía.” Katherine sonrió y le cubrió las manos con las suyas.

“No importa” Le aseguró, acariciándole el cabello con sus dedos. El gimió y Katherine descubrió un brillo de deseo en sus pupilas.

“Cuando estuvimos aquí me preguntaste qué sucedería si fueras mi esposa y nos hubiéramos peleado. ¿Recuerdas?”

Katherine afirmó, sintiendo una tibieza deliciosa que se extendía por sus venas.

“Y tú me respondiste que la pelea se arreglaría en la cama” Susurró.

Diego la besó con los labios frescos y persuasivos. El beso se volvió más profundo y urgente. Ella arqueó la espalda, amoldándose a él, que la apretó con salvajismo hasta que tuvo que tomar aliento y apartarla un poco.

“Creo que ya es hora de que nos reconciliemos” Opinó, ronco.

Tomándola del brazo, la condujo a la habitación. Despacio, casi con reverencia, le quitó el elegante vestido para exponer sus delgadas curvas a los ojos. Sus dedos temblaban cuando le tocó los senos.

“Eres tan bella, te amo” Murmuró.

El contacto hizo hervir su sangre y todo su cuerpo latió, ansiando que esas manos siguieran acariciándola.

“Te amo, Diego”

Le confesó, mientras sus labios le recorrían la frágil columna del cuello. “Yo también te amo, Katy. Más de lo que puedo expresar.” Afirmó, apasionado.

“Ven, mi bien, déjame mostrarte cuánto.”

De algún modo se encontró en la cama junto a su poderoso cuerpo desnudo y cálido, que se apretaba contra su suave piel. Sus fuertes manos enviaron oleadas de deseo por su carne y sus labios la atormentaron sin cesar. Se acurrucó, suspirando con ansias, ofreciéndole caricias tentativas, hasta que ambos perdieron el sentido de la realidad y se movieron a un ritmo pasional, tan antiguo como el tiempo. Una y otra vez la llevó a la cima del éxtasis y cuando al fin se puso tenso y gritó, la apretó contra sí, musitando su nombre. Más tarde, descansaron abrazados, gozando de la tibieza y la cercanía de sus cuerpos. Katherine, un momento después, se estiró y le acarició el cabello.

“¿Diego?” Musitó, dichosa.

“Mmm.”

“¿Es gracioso? Cuando nos quedamos aquí por primera vez, fingiste que era tu esposa por esa noche y yo me pregunté qué sentiría si eso fuera verdad.” Él sonrió y le frotó el cuello con la nariz. Después le besó los párpados. Primero uno y luego el otro.

“Bueno, pronto lo sabrás, te amo mi eterno amor” Le prometió con ternura. Le pasó un brazo por encima y apagó la luz.

El Fin…